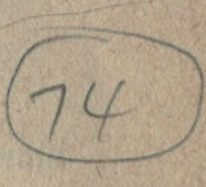

3 1761 05972817 0


74

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

EL DOCTOR BEBÉ

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Sus mejores poesias.*
II.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *Sangre patricia* y *Cuentos de color.*
III.—JOSÉ MARTÍ: *Los Estados Unidos.*
IV.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Cinco ensayos.*
V.—F. GARCÍA GODOY: *La literatura americana de nuestros dias.*
VI.—NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. GONZÁLEZ PRADA: *Páginas libres.*
VIII.—TULIO M. CESTERO: *Hombres y piedras.*
IX.—ANDRÉS BELLO: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo.* (Civilización y barbarie.)
XI.—R. BLANCO-FOMBONA: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—RUBÉN DARÍO: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—CARLOS ARTURO TORRES: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—PEDRO-EMILIO COLL: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—JULIÁN DEL CASAL: *Sus mejores poemas.*
XVI —ARMANDO DONOSO: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—ALBERTO GHIRALDO: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—GONZALO ZALDUMBIDE: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—JESÚS CASTELLANOS: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—JAVIER DE VIANA: *Gurí y otras novelas*
XXII.—JEAN PAUL (JUAN PABLO ECHAGÜE): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. BLANCO-FOMBONA: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—LUIS MARÍA JORDÁN: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—C. ARTURO TORRES: *Estudios de crítica moderna.*—4 ptas.
XXVI.—SALVADOR DÍAZ MIRÓN: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—CARLOS PEREYRA: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.)
XXVIII.—RAFAEL M. MERCHÁN: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—BERNARDO G. BARROS: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA: *Cuentos color de humo* y *Cuentos frágiles.*
XXXIV.—MIGUEL EDUARDO PARDO: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—DÍAZ RODRÍGUEZ: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—ENRIQUE JOSÉ VARONA: *Violetas y Ortigas.* (*Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolsttoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. GARCÍA GODOY: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.
XXXVIII—A. A. VASSEUR: *El Vino de la Sombra.* 2,75 pesetas.
XXXIX.—JUAN MONTALVO: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades)* y *Un vejestorio ridículo ó los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *El mirador de Próspero.*
XLII.—R. Blanco-Fombona: *Cancionero del amor infeliz.*—2,50 p.
XLIII.—RAFAEL MARÍA BARALT: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX.)
XLIV.—EDUARDO PRADO: *La ilusión yanqui.* (Traducción, prólogo y notas de Carlos Pereyra.)
XLV.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *El doctor Bebé.* (Novela.)

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

EL DOCTOR BEBÉ

(NOVELA)



EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25


LIBRARY
APR 15 1970
UNIVERSITY OF TORONTO

Maracaibo: 12 de Noviembre 1917.

SR. D. RUFINO BLANCO-FOMBONA.

MADRID.

Mi querido editor y compañero:

Ahora recibo su esquelita del 30 de Septiembre. Muchas gracias por el envío del recorte *guatemalteco y por el benévolo comentario de usted.*

Por este correo despacho, certificado, un ejemplar de Politica Feminista *(que ahora se llama* El Doctor Bebé*) y sólo lamento no haber terminado mi última novela* Tierra del sol amada, *que es ésta, la que usted tanto conoce.*

Leí, casi de lance, El hombre de oro. *Yo no puedo decirle otra cosa: sólo aspiro á seguir los claros rumbos que desde* El hombre de hierro, *modestamente llamado* novelín *por su autor, viene tomando nuestra literatura, á pesar de las trescientas ocas americanas que nos son ya familiares y hasta indispensables para vivir...*

El hombre de hierro *fué para mi una revela-*

ción; yo caí en ese camino de Damasco desde el asno cansino, campanilleador y pueblerino, en que venía... La lectura de ese libro me hizo romper cuartillas y hacer trizas la papelería ridícula de los veinte años, con la atenuante de que no publiqué jamás nada de aquello; sentía ese pudor instintivo de los seres deformes para desnudarse ante los demás. Ahora no: al sol, al aire. "Tenemos un árbol, un panal y un nido." ¡Qué gran labor es la suya! Dios lo ayude y á mí no me olvide.

Suyo afmo.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA.

A UN AMIGO

Estas páginas nacieron y formaron libro á tu lado; algunas las recogió tu lápiz de mis labios, todas las arrancó tu estímulo á la larga pereza del clima y de la ciudad.

A veces, releyendo lo escrito, salta á mi vista, al par de otros defectos de forma y de composición, la desnudez, la flacura casi, de estas vidas que corren por las páginas de la novela, sencillamente, como el agua de las calles por sus cañerías; y no muriéndose nadie de amor en ella—ni hay mártires de melodrama ni perversos de folletín—me asalta el temor de que el jovencito intelectual, la señorita romántica ó el crítico hacedor de frases, envenenados por ese literaturismo agudo de prosas "preciosas" y juegos malabares de palabras, no gocen el solaz de la risa un poco triste, un poco alegre, pero siempre sincera, que junta en un romance desaliñado y usual algunas vidas venezolanas: gentes observadas en

la calle, en la esquina, en la iglesia, en su vivir íntimo, desde la acera de enfrente.

Yo no aspiro á ser criollista del Distrito Federal ni á formar atmósferas criollas á fuerza de terminologías populares ó de "floraciones rojas de cafeto"; no, señor: cuando yo me puse á escribir este libro, ¡qué lejos estaban de mí los "herméticos" de Las Gradillas y las bibliografías de la camaradería letrada! Mis personajes piensan en venezolano, hablan en venezolano, obran en venezolano, y como tengo la desgracia de no ser nieto de Barbey d'Aurevilly ó hijo del Cisne lascivo, es justo que se me considere, y lo deseo en extremo, fuera de la literatura.

En cuanto al escenario donde se desenvuelve la farsa, lo mismo que Valencia pudiera ser Caracas, Maracaibo ó Ciudad Bolívar. No hay, pues, preferencias malsanas. De igual manera, si alguno se viere retratado en estas páginas, no lo considere oficiosidad del autor, quien no se ha propuesto retratar personas, sino fijar tipos.

Como no eres ni general, ni doctor, ni siquiera poeta, te dedico este libro con los mejores votos de mi afecto: eres mi amigo; ponlo en tu mesa, al lado de tus folletos de estadística y no muy retirado del ramo de claveles que te manda tu novia.

J. R. P.

I

Todavía á las tertulias de las Belzares iban los de costumbre, aunque ya muy mermadas sus relaciones. En Valencia no se halla qué hacer de noche: por eso las amistades perduran y se hacen consuetudinarias; y cuando en la torre da el lánguido doble de las nueve por el descanso de las benditas ánimas, las calles rectas y largas de la ciudad adormecida apenas recogen el eco de un paso apurado: un hijo de familia retrasado, algún marido que fué á la botica, quizá alguien de malas costumbres que sale á esa hora.

Las Belzares no contaban seguramente las mismas relaciones de sus buenos tiempos. Carmen y Josefina sabían algo de costura, bordaban disparates y sus vidas corrían paralelas á los monótonos días de provincia. La última era la más espiritual de la casa: á los once años regresaba de la escuela seguida de sus "conquistas" y llamaba "groseros" á los requebradores de esquina; siendo menor, ella aconsejaba á su hermana Carmen

Teresa, á quien una timidez natural sólo le permitía acompañarse en la guitarra canciones alusivas.

Misia Justina, viuda auténtica, hacía trece años que se dormía durante las visitas, bajo el mismo cuadro de "Los diferentes estados de la edad del hombre", en su mecedor de Viena. Bella, la mayor, que á los treinta y siete era muy recatada, mientras sus hermanitas cuchicheaban con los novios en las ventanas, continuaba impertérrita un tejido de soles de Maracaibo que nunca terminaba, como una alegoría del Pudor velando por la Familia. Muy poco amiga del matrimonio, á su decir, una señorita digna no debe casarse por casarse, sino escoger muy bien el hombre que pueda hacerla feliz, y entre contraer un mal enlace y *quedarse*, prefería esto último.—¡Y no es por falta...!—añadía con tono enigmático misia Justina.

Verdaderamente, se hablaba en familia de lo prendados que habían estado de Bella un inglés de la luz eléctrica, el sobrino de don Manuel Salvarsán, Luis María, y el padre Benítez antes de ordenarse. Pero ella los había despreciado. Había que oirla:—¡Dios mío! Quién se casa con un extranjero: un hombre que no profesa nuestra religión; salen muy buenos maridos, es verdad; pero, como dice el señor vicario—agregaba ruborizándose—, un padre debe enseñar á rezar á sus hijos; y Luis María ¡el pobre! no sabe cuándo

casarse, el negocio no le da, y tiene sus cosas...— Del padre Benítez, por respeto religioso, nunca decía nada. Se contentaba con suspirar recordando otras épocas en que, acompañándose á la guitarra, él rompía con su hermosa voz de barítono:

Que el bailar y no arrimarse
es comer el pan á secas.
A la jota jota,
las niñas que quieren,
cuando van bailando
de gusto se mueren...

El reloj del tiempo de misia Justina se atrasaba un año cada seis meses; eso fué el 92, cuando el Legalismo. Don José Antonio Belzares era administrador de Rentas. ¡Qué tiempos! Andueza le hubiera dado una aduana. Eran amigos del colegio; ¡pero luego vino el bandido de Crespo! Entonces sí que había sociedad: las muchachas se casaban por docenas, los hombres no eran tan resbalosos, había moralidad en las costumbres. Hoy, en vez de visitar, se meten en los botiquines, ó se paran de plantón en las esquinas á decir malas palabras. Las pobrecitas muchachas se componen, se asoman á la ventana, y nada, no les dicen ni por ahí te pudras. No faltaba razón á misia Justina para estas y otras penosas reflexiones que se alternaban conforme bajaran ó subieran los valores matrimoniales. Cuando los novios

pasaban esos tres ó cuatro días de despego á causa de celillos ó de exigencias intempestivas, negadas al principio, naturalmente, decía que hasta la palabra de caballero había venido á menos. ¿Romper antes un compromiso? Eso era casi sagrado y sólo fuertes motivos... Hoy cambian de novia como de camisa. ¡Qué perdido está esto de Crespo para acá!

Aquella noche Pepito Salcedo Gutiérrez, novio de Carmen Teresa, ausente hacía cuatro días, fué el primero en llegar con un cartucho de bombones guindado de un dedo.

Bella tejía junto á la luz; Josefina, con un libro entre las manos, á cada instante volvía sus ojos azorados y negrísimos hacia la ventana, al sentir pasos en la acera; y reanudaba la lectura de su novela, viendo que no aparecía el esperado, faltando ya un cuarto para las ocho.

—¡Santas y buenas! — exclamó alegremente Pepito en la puerta de la sala.

—Felices los ojos—repuso Josefina.

—¿Por qué tan perdido?—preguntó tímidamente Bella.

Pepito sentóse enfáticamente, alzóse los pantalones dejando ver una cuarta de media:

—Muy ocupado en la oficina. Trabajamos hasta de noche. (Suspiró.) ¡Es una calamidad la política!

Las mujeres le admiraron.

—De veras, ¡y tan expuesto!

Tornó á sonreir con seguridad irónica. Se informó de la salud de todos. No muy buena: misia Justina, con el hígado; toda la santa noche poniéndole fomentos, hasta la una que se le calmó.

—¿Y... Carmen Teresa?—se atrevió al fin á inquirir, después de deplorar aquel hígado de la señora.

—Está con mucho dolor de cabeza.

—Una neuralgia atroz.

—Como ella asistía á mamá y es tan nerviosa...

—Tomó antipirina, y nada. Se bañó la cabeza con agua de colonia, y tampoco le hizo bien... En fin, que aquí hemos estado de tribulaciones...

—Si hubiera sabido...—deslizó al fin Pepito entre la marejada de palabras de Josefina.

—... Vino el doctor: nada. Esta mañanita, ya á la hora del desayuno, se le calmó un poco con vendas de agua sedativa que le aconsejó don Matías Feo.

—¿Y está recogida?

Las dos mujeres, junto á la lámpara, referían al mismo tiempo el mismo asunto.

Pepito sentía un vago malestar ante aquella locuacidad, y quiso calmarla con bombones.

—En fin, los aprovecharemos nosotros—y les distribuyó sendos puñados.

Josefina, con el libro entreabierto, chupando melindrosa una almendra, se acercaba en ratos á la ventana.

—¿Usted no ha visto á Guillermo?—le preguntó á media voz.

—Hoy no. Ayer.

—¿Adónde?

—En la barbería de Luis Osorio. ¿Desde cuándo no viene?

—Tiene tres días.

En aquel momento Carmen Teresa, vestida de blanco, con aire lánguido y gesto de enferma malcriada, vino á sentarse cerca de él.

—¿Ya te pusiste buena?—le preguntó Josefina corriendo hacia la ventana, en donde, asido á los hierros, se había detenido un sujeto de lentes y sombrero de Panamá.

Bella bordaba silenciosa y atenta; comparaba un dibujo con otro; los ojos bajos, se abstraía de los diálogos: uno muy vivo, casi alterado, en la ventana; otro, quejoso y melancólico, en las dos mecedoras.

Carmen Teresa, con su vestido blanco, tomaba un delicioso aire sentimental. Era de esas mujeres pálidas de ojos grandes y claros que parecen agobiadas bajo la abundante cabellera.

Pepito la contemplaba oyendo el relato quejoso de sus quebrantos, los reproches por su falta de afecto, las reflexiones obligadas: "yo no debía quererte así..." "tú no lo mereces..." "mamá por eso dice..."

Él comía bombones y le ofrecía con la mano extendida, como quien oye llover.

—No, no...—añadió con los ojos húmedos—. A ti te importa muy poco, muy poco; yo lo comprendo. Tú quieres burlarte de mí... tú no me dices la verdad...

—¡Pero, hija, por Dios!

—Sí, muy ocupado que estás; ayer en la noche, casa de las Montesillo; el domingo anduviste en coche y ni una vez pasaste por aquí.

El diálogo continuaba como un susurro, después como un arrullo, y cuando Bella se levantó para atender al llamado de su madre, que con gemidos dolorosos pedía no sé qué desde el cuarto, los dos, tras el abanico abierto, se habían olvidado de los tres días, de la neuralgia y de Josefina, que, de manos cogidas, se resistía débilmente en la ventana.— ¡No, no, mira que viene ahí Bella!—Y después de un debate largo, larguísimo, muy sofocada, vino á reunirse con los demás.

Pepito, en pie, jugando con su foete, se despedía.

—¡Ah! se me olvidaba—dijo de pronto—, el maestro de escuela, este de la esquina...

—¿Verdú?

—Eso es, Verdú; está invitando...

—Sí, sí—interrumpió Josefina—, va á dar una velada; debe ser divertido—y añadió guiñando un ojo:—Tú debes ir, Bella.

La aludida se turbó un poco.

Verdú al pasar hacía saludos exagerados y caminaba diferente.

—¡No faltaba más—dijo ésta—, estaré loca!

—Iremos las tres con mamá.

—Si está buena...

—¡Primero Dios!

—Hasta mañana, pues—y Pepito tornó á despedirse, fijando en su novia unos ojos grandes y sin expresión, ojos bovinos, que se movían torpe y lentamente como siguiendo el vuelo perezoso de las ideas.

Todavía por la ventana hubo nueva despedida. Después se alejó entre la humareda del cigarro, silbando un compás de la *machicha*.

Bella dejó el tejido. Daban las diez. La luz tristona de la sala bañaba los rostros: el de Carmen Teresa, lánguido siempre, enfermizo, lleno de sufrimientos pueriles; el de Josefina, en cuyo semblante se retrataba el interés de su lectura—sin duda una heroína raptada por bandidos—, y el de la hermana mayor, serio y triste, con esa tristeza de la cesantía amorosa tan característica en las mujeres que tienen hermanas afortunadas.

Un borracho que llegó á la esquina gritaba obscenidades.

Las muchachas cerraron las ventanas.

II

Cuando Pepito llegó á la oficina, como de costumbre, Pedro pasaba el plumero al último escritorio silbando un pasodoble. Las cuatro mesas de trabajo, de distintos modelos y para diversos fines, ya despojadas de la capa de polvo que cuotidianamente se tendía sobre los mismos papeles y enseres, convidaban al reposo, aumentando más aún la paz del despacho algunos volúmenes de la última obra de Juvenal Anzola y del postrer episodio de Tosta García, que yacían en cada una, todavía vírgenes de lectura.

Del techo-raso, en donde las goteras trazaran caprichosos mapas; de las pesadas y desteñidas cortinas; de los escaparates entreabiertos, que dejaban ver un orden horizontal de legajos, caía aquella modorra de las cosas habituales, típica en las oficinas públicas y en los comercios de viejo. En una repisa de pino dos vasos y una pimpina causaban alguna impresión de frescura, mientras por las ventanas abiertas la calle caldea-

ba al sol de las tres de la tarde. Unos pasos que resonaban en el corredor, acaso el recuerdo desagradable de una cuenta insolvente, hicieron volver la cabeza á Pepito con aire inquieto. Sería el cobrador, seguramente, y ya estaba ahí tras del tabique. Pues bien, ¡que chille! No le atendería; y queriendo fijar su atención, releyó en la página tercera de *El Cronista* un aviso de la Cartilage Company, donde un doctor yanqui ofrecía mediante cierto aparato y treinta dólares "hace crecer á usted como una palmera". Pepito admiró lo práctico de aquella gente. Él tenía ese criterio de clisé para dar opiniones terminantes sobre todas las cosas y para abrumar la ignorancia de su mamá cuando discutían: "los yanquis no sabían sino vender tocino", "los curas son cuervos de sotana", "París es el cerebro del mundo", "Venezuela es un país perdido", "toda mujer se da". Como buen venezolano, careciendo de todo, tenía á bien burlarse de todo. Hijo de un comerciante quebrado, que luego se mezcló en la política, llevándose á la tumba algunas canas y siete mil pesos de la renta de Instrucción, habitaba con su madre una casita de siete pesos de alquiler, con unos cuantos muebles sin juego y el escritorio del antiguo negocio, con su baranda, suerte de palos transversales, que parecía el esqueleto de un ahorcado. Todavía existía en la casa el gato tuerto que compartió con su amo la responsabilidad de la quiebra.

Su apellido, Salcedo Gutiérrez, sirvió á Pepito para ingresar en la política como escribiente de la Dirección de Estadística, mediante un secretario general que fué amigo de su papá; y este carácter oficial y ciento sesenta bolívares de sueldo, habían incorporado al Club y á reuniones distinguidas al hijo de Salcedo Gutiérrez. Su madre era de apellido Barrios, pero él prefería firmar como su padre, porque lo consideraba más aristocrático, y además, su padre no había sido un anónimo en política... Era una familia venida á menos después de la muerte de su jefe.

La infancia de Pepito, descalzo, teñido de mango hasta las orejas, en pescas de días enteros ó tirando *pancadas* en el pozo del Jabillo; en procesión desde *el sitio de El Socorro* hasta el Morro, tras una jugada de metras ó de ladrillo que casi siempre terminaba en la policía, discurrió así, con intervalos de colegios distintos á los cuales le llevaba su madre después de súplicas á los directores para que lo tuvieran gratis, regresando á su casa zurrado, con las narices estropeadas, sabiendo muchísimas desvergüenzas. Se echaba á llorar en brazos de la pobre señora, y ésta terminaba llorando con él. Así que su educación fué esa mezcla de vagabundería y sentimentalismo, base de la educación venezolana, terreno magnífico para los productos que hoy colman el comercio, las universidades y las oficinas; especie de epicenos capaces de todo lo

malo y lo bueno, juventud sin fisonomía, con ambiciones ineducadas, que se emborracha á los doce años y padece de sífilis á los catorce, casi siempre servil, ahogada de compromisos por una magnificencia cursi, primer paso á los futuros expoliadores de la política si la suerte les lleva á lomos, ó á los politicastros de aldea que pululan por los tribunales, de muy mala conducta, pero con muy buen corazón.

Y sin embargo, ¡cuánto costó á misia Efigenia la educación de aquel hijo! Ropa de tropa, capelladas de alpargata á siete reales docena, *sanes*, bolas de nieve, cartas á personas pudientes: "Una madre desgraciada, etc.", reclamos de esa eterna pensión por un vago procerato, y que es como una prolongación del presupuestismo en la familia; décimos de lotería penosamente comprados, suficientes novenas á santos eficaces: toda una dolorosa procesión de miserias que se arrodillaba horas enteras ante el Santísimo ó soportaba la grosería innata de los porteros para conseguir una escuela.

Pepito á los veinte años sabía leer mal, confundía la *c* con la *s*, y en espléndida letra cursiva copiaba versos de Julio Flores en los álbumes de las muchachas de barrio. Hubiera podido colocarse como dependiente en algún comercio; pero la botica tenía muy malos olores, el aire de las cigarrerías enferma los pulmones, y un hijo de Prudencio Salcedo Gutiérrez no iba á estar

como un turco vendiendo varas de cinta. Así lo declaró misia Efigenia á un vecino que le insinuaba estas labores para emplear los robustos años de Pepito. Él aspiraba al bachillerato. Su madre, en esfuerzo supremo, llevó como á flor de su vida las aspiraciones del hijo, y en un brusco cambio de Gobierno seccional, después de arrodillarse, de capa, sollozando un "Prudencio" y algunas reminiscencias, logró verlo empleado. Entonces se consagró á él por entero; él era Dios en la reducida casita: "las cejas de su padre, los ojos de su padre, la nariz de su padre"; odió lo que él odiaba, amó lo que él amaba. Sus privaciones eran las mismas, pero las compensaba el goce de saber á Pepito en *la sociedad*, y desde la oscura ventanita de su casa llenábase de orgullo al verlo pasar en coche, la pierna cruzada, el pantalón recogido mostrando un pedazo de media y el rolando de piel de Rusia, con aquel aire de quien está habituado á fastidiarse en carruaje.

Vinieron luego tres novias que ascendían en categoría: primero la muchacha ingenua y modesta que se ruboriza á menudo y que se abre en la vida de todo hombre como la última flor de la infancia; ella no pide nada, no exige nada, quiere mucho, sufre sus ocultos amores, pasa y desaparece; después la joven honrada que aspira á casarse, que manda "vesos" y pide perdón por la "hoctografía"—sin tomar en cuenta los amo-

res unipersonales de la escuela hacia la señorita mayor de edad, amores unipersonales que tienen mucho de candor infantil y de vicios solitarios—. Carmen Teresa pareció fijar aquel devaneo que paseaba por Camoruco los domingos, atisbaba tras las columnas de la iglesia ó fumaba cigarrillos en la esquina acompañado de un poeta inofensivo. Era pobre, pero decente, y además tenía las simpatías de misia Justina.

Vinieron también las deudas: cuarenta miserables pesos no alcanzan para vivir á un hombre que tiene deberes de sociedad. Y cuando exasperada la pobre señora le hacía ver sus vacíos económicos, ó le rogaba más puntualidad, él, colérico, arqueando las cejas de su padre, lanzando rayos de indignación por los ojos de su padre, gritaba ante la angustiada señora:

—¡Bueno! No me friegues más la paciencia: pongo hoy mismo mi renuncia. ¡Qué caray! A ver dónde consigues para comer.

—¡Pero hijo! ¡por Dios! si yo...

—Tú lo que quieres es que yo ande como cualquier negro, y eso ¡nunca! Yo tengo que llevar un apellido y que vea la gente quiénes son los Salcedo Gutiérrez. ¡Acaso yo soy Verdú, que vive con quince pesos! Yo tengo compromisos, yo tengo gastos.

—Pero oye, hijo, cálmate.

Entonces él, imitando la voz de su atribulada madre, respondía furioso:

—¡Sí, cálmate! ¡Te complaces mortificando á uno y después... nada! ¡renunciaré, me empeñaré con el Gobierno para que me acepte la renuncia, y... yo sé lo que debo hacer...! ¡Maldita sea!—gritó ya encerrado en su cuarto, después de tirar el almuerzo al patio. Allí continuó murmurando largo rato.

La casita parecía aniquilada; apenas un sollozo muy contenido de la señora rompía el silencio... Él en el fondo tenía razón, ella le molestaba de más; había heredado el mal carácter de su padre, y ella lo exacerbaba...

Aquellas escenas concluían todas del mismo modo: él dormía siesta; quejábase ese día de dolor de cabeza por la incomodidad; almorzaba opíparamente en la calle, y esto le valía una ó dos semanas de *descanso*, pues misia Efigenia araba el mar en esos días antes que molestar á Pepito.

—¡Allí está el cochero!

Pedro, el portero, vestido de prendas usadas, complacíase en mortificar á los de la oficina, por odio de piel y de jerarquía: era él quien ponía en los pupitres, con verdadera delectación, los papeluchos que contenían alusiones; marcaba con lápiz azul aquello de "en caso contrario me veré obligado á publicar su nombre y apellido"; repetía con voz despótica las órdenes superiores, y llevaba en alto, como bandera de escándalo, las

cuentas frecuentísimas y ya sucias que llegaban á su portería hacía diez y ocho años. Su larga experiencia de portero dábale cierta irónica maldad que terminaba ante una chupa en buen uso ó en unos zapatos no muy perforados. En aquellos días Pepito le negara un chaleco deshilvanado, y estaba de malas; así que repitió en alta voz, para ser escuchado por algunos que entraban y otros que murmuraban afuera:

—¡El cochero! ¡El que está viniendo hace ocho días, dice que si no le paga le pasa la cuenta al presidente, porque él y que no le tiene confianza á empleado público!

—Voy para allá—contestó Pepito, enrojeciéndosele ligeramente una oreja; y para reponerse hurgaba papeles de su gaveta como quien solicita un dato.

El cobrador, detrás del tabique, ensartaba quejas de insulto: "Sí, eso es muy sabroso, cansar la pareja..." "Meterle una tarde y una noche de trabajo..." "y ni pa el cebo de las bovinas alcanzan los reales." "Estos patiquines del Gobierno son una pila..."

—¿Una pila?—y Pepito, indignado, ya con ambas orejas encendidas, salió. Todos se volvieron. ¡Pepito tenía tan mal carácter! El director de Estadística, especie de cabra silenciosa que rumiaba al dictar con voz nasal en ese momento: "varones tres, hembras diez y siete", alzó la cabeza asustado; el otro escribiente, recién colocado,

metió con prudencia la nariz en el *cuadro* de nacimientos; y hasta Pedro, regocijado, prometíase recrear en una de trompicones y arañazos.

El cochero era un mocetón robusto, de hermosas pulpas; portaba en una mano su chaparro grueso y nudoso y con la izquierda presentaba las cuentas á la juventud florida, por no fatigar la de las riendas.

Pepito, con voz temblona—fea voz de emoción, haciendo una mueca con pretensiones de sonrisa—, exclamó provocando una respuesta cordial:

—¡Guá, Mariano! ¿eras tú?

Pero la respuesta fué seca y humillante como un chaparrazo:

—Sí, yo; yo que tengo ya más de ocho días viniendo aquí; "que venga el jueves, que venga el sábado, que venga el quince"; que ya he perdido *tres carreras* por culpa suya, y que le voy á presentá la cuenta al presidente pa que vea qué gente tiene.

—Pero chico...

—Ningún chico: ó usted me paga ó nos echamos una varilla aquí mismo.

—¡Mariano se pone bravo...!—arguyó el pobre mozo, lívido, pero sonriendo con un lado de la boca, una sonrisa forzada, tiesa, llena de miedo; y como solicitando un apoyo de mediación en los demás, se volvía hacia ellos; pero los demás eran cobradores de Dachary, de "El Faisán" y de

Mosser. Pedro sonreía burlonamente, y como una cabra asombrada, la cara espantosamente pálida del director, más excitó la angustiosa cobardía del joven, á quien una mano invisible empujaba hacia el tabique...

Balbuceó de nuevo:—¡Mariano se pone bravo...!

Mariano, como todo cochero, cobraba en carácter y deslizó razones:

—Una cosa es la amistad y otra es el negocio; usted me dice á mí—y no sin cierta turbación, el director de Estadística sintióse designado y cogido por la solapa para servir de ejemplo tangible al cochero—: Mariano, "la pareja negra", que no es porque sea mía, pero es lo mejor de Valencia... y estamos hasta la una, y hasta las seis de la mañana también... si demasiado complaciente soy yo; usted cree que cargar en una *victoria* dos hombres, dos mujeres y hasta tres cuando á Tulia le da la gana de meterse...!

—Pero es que este Mariano se pone bravo...

—No, señor, no es que yo me pongo bravo; venga acá, señor—y trajo al centro del grupo, siempre cogido por la solapa y con mayor miedo siempre, al director de Estadística—. ¿Usted no cree que yo tengo razón?

—Sí, Mariano, sí tienes; pero mira—agregó deshaciéndose con disimulo y cogiendo camino hacia el tabique—: él te paga, él te paga, tú veras cómo él te paga—y con aquel estribillo se metió dentro.

—Guá, ya lo creo que me paga. No es que me pongo bravo, es que yo reclamo lo ajeno; si fuera mío... pero yo tengo que entregá cuentas en la cochera; si no, yo dejaba perdé eso. Yo no le tengo asco á siete pesos, ni á diez, ni á cien que sea.

—Pero es que tú te calientas—dijo con voz suavísima Pepito.

—No, no es que me caliento.

—Tú sabes que cuando yo tengo te pago... y hasta te adelanto.

—¿Usted? ¡No jile! ¿Cuándo me ha adelantao usted un centavo á mí?

No, aquello era una chanza; así se lo explicó entre dos sonrisas miedosas.

Le echó el brazo y se lo llevó bromeando hacia el extremo del corredor.

—¡Ah! ¡Mariano este, hijo epuya! Anoche la amarraste... Todavía te dura...

Allí, en voz baja, le relató quejosamente cosas íntimas: compromisos... el día del Carmen... una sortija para la muchacha—se la mostró; el auriga la metió en su dedo oscuro y velludo, valuándola: "sesenta pesos"—; *la vieja* enferma; el médico, la botica... Una cuenta casa de Ladislao Acosta... Luego hablaron de mujeres. Apartados ambos, Pepito, relatándole un lance hipotético, exclamaba en acento alto, para ser oído de los que á distancia presenciaban la escena:

—Porque yo soy hombre para cualquiera—etc.

El negro, con la sortija en el dedo, diciendo algo chistoso, se fué.

Pepito regresó á la oficina. En la antesala le cerraban el paso dos jovencitos y un vejete: eran los cobradores de Dachary, de Mosser y de "El Faisán".

—¡Seis sesenta y cuatro! Venga el sábado.

—¡Ochenta redondos! El quince sin falta.

Quedó el vejete.

—Una cena... tres tostadas... dos *cafeses*; total, cuarenta y seis centavos... Yo paso por allá esta tarde. Y es preciso que no me trabajen tanto cobrándome esas porquerías... ¡Dígaselo así á "El Faisán"!

Dió un portazo tremendo.

El director, que en ese momento leía los nacimientos, pegó un salto. Creyó que era un tiro:

—¡Cómo usted es tan violento, amigo Salcedo!

El escribiente se abismaba en el cuadro estadístico.

Pepito se irguió:

—No, lo que yo hice fué llamarlo al botón. ¿Usted no se fijó?

Y ante la admiración de los cagatintas, con fría calma, relató las cosas horribles que le había dicho; las incitaciones á la cólera que el auriga evadía; daba golpes en la mesa y se paseaba con violencias verbales.

—Yo, por respeto á usted, que estaba ahí, y además, la oficina... no fuera á saberlo el general

Pérez Pantoja; pero, francamente, tuve ganas de meterle una bala por los dientes. ¡Lo que tiene es que yo me sé contener!

—Sí—contestó el director—, lo mejor es la prudencia en esos casos; ese es un bicho; usted lo humilló...

III

La estación del gran ferrocarril de Venezuela—porque en Venezuela, entre otras cosas grandes, tenemos un ferrocarril—se hallaba concurridísima: hasta Cabrera, Guacara y Los Guayos habían salido comisiones á presentarle la bienvenida al doctor Bebé, nuevo presidente que Castro enviaba como genuino representante suyo en el Estado, para conciliar los intereses encontrados que allí se debatían. Entre ellos, onda rumorosa de opinión que ora engrosaba un bando, ora acudía á otros, la generalidad esperaba que la balanza determinara una oscilación cualquiera; y en efecto, los días de la aclamación habían demostrado en paseos cívicos, luengos discursos y sentimentales telegramas, que los presupuestívoros habían hallado el camino. Eran días fabulosos: se hablaba de millones adquiridos en dos meses, de consulados y aduanas otorgados por simpatía, de amorcillos traviesos, revoltosos, que iban á caer, rotas las alitas, tras el histórico biombo chinesco,

en algún baile que parecía "cosa de hadas". Y por eso cada cual, al restablecerse el "Jefe", el egregio Restaurador, "el bien amado caudillo", pensaba en el puesto, en el dinero, ó bien, con mayor ingenuidad, vislumbraba la casa amueblada, la hacienda de caña y el camino del porvenir alfombrado con billetes de banco.

Eran días amables; olía á Bay Rum; un vaho tibio dilataba las naricitas y ponía en la mente sueños de ambición: era Él; y no con aquel desagradable furor que los padres de la Iglesia asignan al demonio Asmodeo para antes del anticristo; muy distinto: repartiendo dinero á manos llenas; los cheques se firmaban en blanco; la parentela entraba á *figurar*, y las fulanas tendrían envidia y papá compraría una casita y se mandaría á hacer otro flux. Sueño color de rosa que borraba los ásperos contornos de las cosas vulgares y que perfilaba tras las barbas cerdosas y el semblante abotargado del general perspectivas de triunfo y de felicidad. Además, tras de eso la disculpa se presenta con muchos niños hambreados, el infierno de los días blancos y un papá sin empleo y de paltó levita verde. *El Constitucional*, de cuatro pliegos nutridos de lectura, surgía á media noche en el corazón de Caracas y echaba á volar diez y seis mil ejemplares pregonando las excelencias del vencedor de tres revoluciones, del enorme Restaurador que, caído como un estiércol bajo el vientre de su caballo en Tocu-

yito, ó aplastado como un guiñapo en las aceras de la Casa Amarilla la madrugada del 29 de Octubre, se incorporaba en la pluma de los escritores venezolanos para sombrear el Continente. Las primicias virginales eran las únicas flores de aquella planta servil que la Venezuela de la Aclamación abonó con todos los desperdicios hacinados en el corral doméstico. La Aclamación fué un sábado de la higiene nacional: aquí no se botaba basura desde el 46.

El jefe de estación, de barbas rubias, paseaba por el andén, donde unas doscientas personas se impacientaban. A poco el encargado de la Presidencia, el secretario general, el jefe civil del distrito, otros empleados y algunos señores á quienes sus deberes sociales imponían tales actitudes, se aglomeraron en primer término. Dos policías un poco más allá, con la carabina recostada en la pared y un cohete en cada mano, esperaban. Asimismo una docena de músicos estiraba el hocico hacia las boquillas, haciéndose sostener la partitura con un granuja que ora admiraba al presidente, ora al estrombón.

Detrás, empujado por la policía á culatazos, y en veces con el plan del machete, el pueblo soberano chiflaba cosas soeces.

Largo, metido en más de un palmo dentro de su cuello almidonado, las melenas lacias y aceitosas destilando caspa sobre las hombreras, un cronista de salón tomaba notas sobre la pared:

"Más de dos mil personas, todo el Valencia social, presidido por nuestro querido y progresista magistrado", etc. Por sobre el hombro, otro intelectual, menguado y de cabellera crespa, con redingot de dril, al leer las últimas frases las improbó:

—¡Pero chico! Tú nunca serás sino secretario de una Jefatura civil.

—¿Por qué?

—¡No trabaje! Estás viendo á este viejo caído y le pones "nuestro querido magistrado".

—¿Y eso qué tiene? ¿Se va á disgustar el doctor Bebé?

—¡Ya lo creo! El "progresista" debe ser uno no más. ¿Quién ha visto dos progresistas? Y tiene una susceptibilidad de solterona.

—Es que este señor me ha hecho servicios...

—Y tú se los has hecho á él: ¿no pusiste más de cincuenta telegramas cuando se aporreó la rabadilla? ¿No le llamaste honorable y digno? Quítale eso de *querido:* pon "nuestro magistrado, etc."

El del cuello tachó lo indicado y se sonrió: á él tampoco le gustaba. ¿Qué había hecho en Carabobo? Ni un almuerzo, ni una ordencita; era un avaro... ¡Nadie le ha mordido un fuerte nunca! Y él gastando sus piropos, que en tiempo de otros presidentes, un "sensato" bien metido, ó aquello de "cabeza y machete", colado en prosa decadente, eran cien bolívares seguritos para una comisión del *Servicio Público.* A él no le gustaba, pero por consecuencia...

—No seas zoquete: la mejor consecuencia es la que no tiene consecuencia.

Rieron. Buscaron cigarros entre los demás. Un rumor se percibía hacia la línea.

—El tren.

Y estrujándose, pisoteándose, el presidente, el secretario, el gobernador, los partiquinos y personajes que no hablan se precipitaron.

Pero era una carreta que pasaba el puente Morillo.

Un grupo distante, á la puerta del botiquín, hablaba con cierto calor. Eran *oficiales* descontentos. Todos la misma indumentaria: dormán azul, cuello de celuloide, zapatos amarillos con cortaduras para los callos. De lejos se oían conceptos enconados, se injuriaba á los plumíferos, á los escribidores de no sé qué, que no van al plomo, que se les agua el guarapo, que se les caen los pantalones. En cambio, todos ellos habían dado carreras por el Alto de Uzlar y Mucuraparo, todos habían estado en campaña con las gallinas de don Juan José González. Casi todos "hombres de causa", creían en los godos y en las glorias del gran partido. El Gobierno no recompensaba servicios: cada uno de aquellos hombres había pasado caños crecidos á media noche, pegaba asaltos, con una guerrilla sometía el Estado y fusilaba hasta al padre Arocha si era preciso.

Les rodeaba una atmósfera de pavor donde germinaban cosas heroicas.

Los dos intelectuales buscaron refugio entre algunos señores comerciantes, más pacíficos: allí gustábase un aire sereno, casi lánguido, que evocaba hileras de géneros, cuartos de café, pipotes barrigudos y tranquilos. El diálogo corría preciso y detallado como un folio de jornal:

—Sí, la paz; con paz Venezuela no necesita más nada. Debemos sostener la paz á todo trance.

Aquella declaración gustó. Estaba en boca de un señor que había contribuído á todas las perturbaciones y que usaba la conspiración por agua común.

Pero el asombro fué grande cuando don Perfecto Delgado, exaltado y coloradísimo, afirmó á media voz con un tono de amenaza: —¡Sí, la paz, amigo Oronoz, la paz de los sepulcros!

Del grupo, un viejecito suspiró tristemente. Sus negocios iban mal, muy mal... Con aquel estribillo y la lástima ajena, escondido tras siete piezas de madapolán, amasaba sosegadamente el diario de su familia.

Y otros terciaron: los capitalistas que tienen un criterio más sereno y hablan de esos *seis ú ocho mil pesos* perdidos sin quejarse; los dependientes de primera categoría que aprueban con la sonrisa y el gesto las opiniones de su principal, y hasta un prestamista rubicundo hizo algunas consideraciones acerca de la miseria.

De pronto, al abrirse un poco la fila, apareció Pepito: le acompañaban varios amigos; su *cuer-*

dita; él dirigía la palabra á todos y se movía nerviosamente. Trataba de establecer entre él y el Gobierno, allí parado y sudando, una como corriente de frialdad, una como atmósfera propicia al reactivo discurso que le traía preñado en párrafos de una independencia de ideas poco comunes... Unos pasos retirados, Verdú se mantenía grave, detrás de su eterna corbata, donde una rosa salmón abría tres pétalos. Cuando desde ocho días antes Pepito se aprendiera aquel discurso, él había hecho elogios en casa de las Belzares augurándole un triunfo, un verdadero triunfo. Ya Carmen Teresa lo conocía: con voz entrecortada por la emoción y por las comas que con parsimonia dramática habíale distribuído Verdú, Pepito leyólo á la familia después de hacérselo *tomar* varias veces por misia Efigenia. Lo sabía al dedillo. Así que cuando rompieron los acordes del Himno Nacional y media docena de cohetes se elevó sobre la húmeda atmósfera del Cabriales, solidariamente rodeado por sus amigos, bajo la mirada tutelar de Verdú, él aguardó que el doctor Bebé descendiera del vagón, que le saludaran todos, que se le preguntara por su salud, por su viaje, y que en corporación cerrada se dirigiera á los coches, por entre los cuales circulaban bandadas de granujas injuriados por los cocheros Allí con un gesto lo detuvo.

El doctor Bebé, caderudo y amable, hizo alto graciosamente. Tenía cierta sensualidad en el an-

dar, debido quizá á sus formas mórbidas, poco viriles, compuestas de presas gordas y sanas. Verdú tiróle del paltó á Pepito. Era el momento.

—¡Ciudadano presidente!

De pronto resonó el Himno y otra media docena de cohetes reventó en el aire. Los caballos se encabritaban; dos cocheros decíanse á gritos atrocidades, y el *allegro* del "Gloria al Bravo Pueblo" se acalló como de susto ante los *chits*, *chits*, que algunos oyentes enfurecidos dirigían á la orquesta importuna.

—¡Que no tiren más cohetes! ¡que no tiren más cohetes!

Los pirotécnicos estaban en pleno entusiasmo, y hubo necesidad de que fuera un policía y les insultara á nombre del jefe civil.

Por fin reinó silencio.

Verdú susurraba por lo bajo:

—¡Ahora!

—¡Ciu... da... dano... pre... si... deeente!

—¡Chits!...—Era uno que mandaba callar á Verdú. Esto provocó sonrisas.

El Ejecutivo y la ciudadanía resollaban grueso.

—¡Ciudadano presidente, señores!

Y al cabo, sudoroso, con el cuello tumbado, lívido, las manos temblonas y los dedos caídos como las patas de una gallina en viaje, Pepito dijo el primer párrafo sin vacilar. Allí se excusaba de ser él "acaso el más humilde hijo de Carabobo, pero no el menos ingenuo", y terminaba

con aquello de "este heroico y sufrido Estado". Lo interrumpió una salva de aplausos.

Lo de *sufrido* era alusivo al Gobierno caído y de un sabor independiente. Los pueblos altivos tienen perspicacia para recoger las frases de intención. Y en medio de un rumor aprobatorio, comenzó el otro párrafo. Prometía ser breve en obsequio de las fatigas del viaje; Verdú ansioso esperaba la frase de efecto que había preparado y que, arrastrada penosamente por sobre consideraciones histórico-políticas, colmadas de adjetivos, llegó al fin: "mañana empuñaréis, señor doctor, el timón de la nave del Estado, y daréis curso á las virtudes cívicas, entre las cuales el apostolado de la instrucción es la fuente primordial del saber humano y..."

Verdú rompió á aplaudir. Todos se volvieron asombrados. Pepito, con la emoción, perdió el hilo del discurso... "y..." "del saber humano y..." "del saber humano y..."

Tosió, sacó el pañuelo, se puso intensamente pálido.

Una sonrisa leve salió á los labios del doctor Bebé. Se oían rumores impacientes y frases crueles:

—¡Hum! ¡Hum! ¡Hum!

—¡Se le trancó el máuser!

—¡Está haciendo más fuerza que un parihuelero!

Verdú, rojo hasta el blanco de los ojos, le es-

tripaba un callo á un vecino con enorme fuerza nerviosa y apuntaba enronquecido:—... ¡y ungido con el voto de los pueblos! ¡y ungido con el voto de los pueblos!

—¡Que se calle!—exclamó uno.

—¡Que no se calle!

—¡Chits! ¡Chits!

—"... y ungido por el voto de los pueblos—empató el infeliz mientras tres gotas de sudor gordísimas le perlaban la frente—trazaréis una nueva era de honrada administración, secundando así la labor grandiosa de ese hombre, de ese hombre... de ese hombre que hoy fatiga"—y se volvía hacia Verdú.

Todos reían ante el azoramiento del maestro de escuela, que involuntariamente se veía designado por Pepito en busca de ilación. Este empató: "... los corceles de la fama".

Hubo una pausa. Verdú echaba llamas por las orejas. La gente creyó terminado el discurso; pero la voz quebrada del orador se enronqueció, se tornó brusca y descomunal, y en un esfuerzo supremo de memoria, vociferó con un desafuero que le violentó los puños de la camisa fuera de las mangas y entre un reguero de saliva:

—Acompañadme, señores, en un viva el general Cipriano Castro, Restaurador de Venezuela. ¡Viva el doctor Manuel Bebé! ¡Viva la República!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!—berreó todo el mundo.

Pepito cayó en brazos del doctor Bebé, y así

fué, de pecho en pecho, estrechando una emoción desmesurada, sonreído, feliz, hasta que Verdú logró atraparle y meterse con él en un coche.

—Exito completo—dijo enderezándole la corbata.

El joven orador tenía ese aire, mitad susto, mitad alegría, que se observa en las paridas novicias. Se le saludaba amablemente.

Y en larga hilera de carruajes la comitiva hizo su entrada por la calle Real.

En la ventana de las Montesillos, Carmen y Josefina esperaban el paso de Pepito. Tras ellas asomaba con timidez curiosa la hermana mayor. Verdú sacó la mano é hizo un gesto de triunfo. Pepito sonrió amorosamente.

Llegado á su alojamiento el doctor Bebé, la verborrea no tuvo límites. Era histórica, era financiera, era religiosa, era sentimental. Una niñita chilló un soneto *ad hoc*; otra más grandecita, á nombre de las escuelas de segundo grado, dijo un discurso y presentó un ramo de flores.

Cada ambicionzuela tomaba formas distintas: ya un niño precoz hablaba de la República futura, presentado por su papá; ora se obsequiaba un *lunch* en el Club, donde algún orador retardado daba á luz felizmente. Una semana, con sus correspondientes retretas extraordinarias y fuegos de artificio, duró aquello. Los periódicos se lle-

naban con reseñas de actos sociales y con el aviso del bacalao. Decían: "Valencia despierta á la vida de la cultura".

Pero Verdú se encargó de hacerla dormir dando una velada artístico-literaria.

VI

—"...Toda vez que el Gobierno, atento á las necesidades..." ¡una *coma* en Gobierno!

Pepito, bajo la mirada del doctor Bebé, puso el signo requerido. Este continuó el oficio presentado á la firma:

—"... Toda vez que el Gobierno", *coma*, "atento á las necesidades del pueblo que *representa*..." representar, representa... es con *s*, amigo Salcedo.

Pepito, con las orejas encarnadísimas, se excusaba vagamente.

—Es verdad... representar... representa... Perdone, doctor; uno escribe así, tan de carrera, que... la ortografía... le sale mala.

—Es cuestión de fijarse —dijo simplemente á su subalterno; y como notara la confusión del joven corrigiendo aquella importuna c que se había enganchado á su ignorancia, agregó dulcemente:

—Usted tiene muy buena letra.

Pepito, esa tarde, al salir de la oficina, ponderó en grupo de amigos la ilustración del doctor Bebé, con quien había hablado de letras; era un hombre leído, indudablemente.

—¡Ah! si ustedes conocieran al hombre como yo, con esa intimidad, así con esa confianza, pues.

Y refirió una consulta que le hiciera á propósito de cierto personaje político de actualidad. Pepito *estaba muy bien* con el hombre, á juzgar por aquellas manifestaciones que él decía en la calle, en las barberías, en las tertulias... — El doctor me dijo: "Amigo Salcedo, usted es el que puede hacerme eso..." "¿Qué opina usted del asunto, amigo Salcedo?" O bien, indignado contra todos los de la oficina, diciéndoles cosas que sólo por la cuarta parte de ellas él pusiera incontinenti su renuncia, se volvía hacia su joven colaborador, como diz le llamaba: "A ver, amigo Salcedo, á ver, amigo Salcedo, hágase usted cargo de la cuestión; si no, no saldremos nunca de esto", etc.

Las Belzares estaban encantadas, Pepito tenía mucho porvenir. A Carmen Teresa la tenía asegurada; ¡pero la otra...! ¡Aquella Josefina era un quebradero de cabeza, con flatos ó con alegrías intempestivas! Hoy una cosa, mañana otra; la muchacha, de día en día, tenía un carácter...; para colmo, emprendía amores con un *bicho*.

—¡Sagrado Corazón de Jesús! Esto ya no tiene remedio; tú eres loca. Dios todo lo dispone.

¡Si tu padre estuviera vivo! El, un hombre tan decente, tan distinguido.

La niña se mesaba los cabellos. Pasaba un día sin comer, se deshacía los rizos, daba alaridos declarándose víctima, y terminaba, entre el asombro lloroso de la señora, con amenazas incoherentes.

Por la noche, en la ventana, á escondidas, relataba al sujeto de lentes y de sombrero de Panamá escenas terribles: toda la familia en contra de ellos, el convento, el abandono, el *impace*. En su ardiente imaginación, los folletines cobraban relieve propio, y alternando con besitos débilmente evadidos y protestas fogosísimas, se hacía protagonista de una novela de amores contrariados, y se enardecía á sí misma en una lucha sentimental, que por otra parte no se empeñaba mucho en sostener su mamá. Intimamente, por lejanas benevolencias, misia Justina consideraba aquello cosas de la juventud. Josefina protestaba enérgicamente, furiosamente: "¡A él es á quien yo quiero, á él, y á más nadie que á él!" Verdaderamente, no se sabía de otro candidato que provocara tal exacerbación.

La buena señora, empeñada en su loable propósito de casar á Carmen Teresa, dejaba casi libres los caprichos de la otra hija, como esos militares imprudentes que por comprometer la acción de una guerrilla hacen perecer parte del ejército. Así sostuvo los principios de la familia. Una matrona, á pesar de todo. Verdú, que de vez

en cuando atrevíase á ir de visita, dijéraselo:

—Yo admiro, misia Justina, las virtudes de la familia venezolana, especialmente de la valenciana. Porque en Venezuela ocurre con las costumbres lo mismo que con las hallacas: dondequiera son mejores.

—Muy verdad es eso, Verdú, por más que digan...

—¡Calumnia, señora, torpe calumnia! A cualquiera que me dijera eso, argüiríale: ahí tiene usted, difamador, ahí tiene usted á una honorable matrona, á una honesta madre de familia rodeada de su prole, á misia Justina García de Belzares!

—Muchas gracias, Verdú—respondía la matrona.

Con el éxito de las frases hechas, Verdú suspiraba conceptos acerca de una sociedad como la de antaño, gala y prez de la sultana del Tacarigua, hoy tan venida á menos á causa de los malos Gobiernos. Sobre todo, de Crespo para acá.

Bella sumíase en una admiración muda, rematando los puntos de un *sol*, é inspiraba á Verdú loas tremendas á las virtudes domésticas que prefería: la Instrucción y el Trabajo. Él la medía con la vista mientras hablaba; conformábase con seguir la urdimbre del tejido, y en tanto emitía conceptos con voz reposada cual conviene á un institutor. Algunas veces llevaba libros que sólo

leía Bella. Josefina burlábase de las lecturas de su hermana:

—¡Qué ridiculez! Unas necedades de un tal Severo Catalina, que tiene más de *Catalina* que de Severo, ó las majaderías de doña María del Pilar Sinués.

Carmen Teresa celebraba aquellas donosuras; por hábito, por carácter quizá, se adhería en todo á su hermana. Ella quien le aconsejaba los trajes y las palabras, ella quien regañaba á Pepito ó la reprendía como á una chicuela, y desde misia Justina hasta Petronila, una negra que las había cargado á todas en la casa, ceñíanse á los caprichos de aquella muchachota frescachona y violenta que daba carreras antes de bañarse cantando á todo pulmón, ó salía valientemente, con la vela en la mano y la sábana sobre la camisa, al sentir ruidos nocturnos en el corredor.

Esa tarde, un papelito de una de las Montesillos para Josefina había provocado discusiones al ser leído: "*Chica: dile á tu mamá que si te deja ir con nosotras al Cinematógrafo, para hirte á buscar esta tarde y comes aquí que nosotras mismas con papá te llevamos, si no tienes sombrero te pones el azul de Isolina que no ba porque le duele mucho una muela, te besa Ana Luisa*".

—¡Ay, qué bueno!—gritó palmoteando.

—No me parece tanto; al contrario—y misia Justina observó que la invitaban como suplefalta; que si no hubiera sido por la muela de Isolina...

—¡Ah, sí! ¡Cuándo no ibas á salir tú con tus cosas! ¡No ve que yo nada más soy en Valencia amiga de ellas!

—¡Pero niña! ¿Tú no estás viendo el papel?

—Verdaderamente—se atrevió á terciar Bella.

Pero Josefina se volvió como una leona:

—¡Tú no te metas, ña pasguata!

—Oye, Finita, ven acá—suplicaba Carmen Teresa desde el cuarto en donde se lavaba—. ¡Oye, Finita!

La habían armado gorda misia Justina y la hija rebelde: decíanse sátiras tremendas; Josefina oyó un *descocada* y dos ó tres refranes; la señora, entre una marejada de argumentos, sintióse tratada de vieja pasada y ridícula. La mayor se refugió desde el comienzo en la sala y se puso á tejer abrumada, como si dos campanas de escándalo continuaran sonándole en los oídos: pasguata, pasguata.

A todas estas, la sirviente de las Montesillo esperaba en el anteportón asombrada.

Ya misia Justina se abalanzaba sobre su híja, enfurecida, cuando Carmen Teresa, á medio vestir, se llevó abrazada á su hermanita, que, hecha un mar de lágrimas, chillaba horriblemente.

—¡Finita, niña, por Dios! ¡Que te oye la muchacha, Finita! ¡Estás loca!—y queriendo calmarla, le hacía cariños, le aseguraba que iría, que ella la defendía, que no llorara más, que su mamá era temeraria...

Entretanto Bella decía despachando á la sirviente:

—Dígale á Ana Luisa que Finita tiene mucho gusto en ir, que nosotras también; que las espera esta tarde; muchos saludos por allá, cariños á las muchachas; dile eso, que tenemos mucho gusto— y la llevó casi hasta el portón, queriendo apagar con el recado los gritos de Josefina.

Muy empolvadas, metidas en dos levitas largas, suerte de sotanas de color cuyas piezas unían encajes, bajo dos sombreros enormes, los codos ligeramente arqueados á causa del guante, cubiertas de *guarandingas* y de flores y seguidas de su papá, Ana Luisa y Amelia Montesillo estallaron en besos al mismo entrar. Las líneas angulares que en el semblante de la primera prensaban la piel de los pómulos y de las quijadas, se habían curvado en el de la otra, gastando las facciones como el puño de un bastón de plomo.

Don Cruz, entorpecido, cohibido, trataba de enganchar el sombrero en una repisa.

—Qué buena moza, chica.

—¿De veras?

—¿Quién te hizo el vestido?

—Mamá—repuso modestamente la aludida.

Las mujeres vieron atentamente el traje.

—Muy *chic*, chica; muy bien adornado.

—¡Estás dando el palo!

—¡Tonta!

—¡Ya sé que tienes muchas cosas!...

—¿Yo? No sé qué cosas serán.

—La que no te conozca, que te compre.

—No, francamente, no sé—y Ana Luisa abría los ojos cándidos haciendo con el abanico un gesto aprendido en una postal.

Por último, después de una discusión de sombreros, por entre cuyas plumas se asomaron media docena de amigas, pudo hablar don Cruz:

—Hace calor—vió el cielo y aseguró:— es la *Carnícula*.

—Muchísimo—agregó misia Justina, con quien hacía *pendant* su mecedor—; y dígame, ¿cómo está Ana Josefa?

—Bien por lo conforme. Es decir, bien no: antier se purgó, ayer no le había hecho *defecto* ninguno; es una tapia. Hoy le iban á poner unas ayudas.

Las muchachas formaban grupo aparte. Sin embargo, sufrían tanto las hijas de don Cruz con las llanezas de su papá! ellas que eran tan *chics*. Pero don Cruz no se corregía, soltaba ternos, escupía por el colmillo. Su educación era una alarma, y eso que tenían al pobre hombre como embozalado: la mujer le daba pisotones de aviso por debajo de la mesa; sus hijas le quitaban la palabra de la boca temiendo una de las suyas; y tan contenido le tenían, que cuando por cualquier cir-

cunstancia se descuidaban, las soltaba todas antes de que le quitaran la palabra.

—Pues bueno—continuó impasible, haciendo como que no veía los ojos fulgurantes de sus hijas—, yo le dije á las muchachas: cómo vamos á perder los tres reales del billete; ya que Isolina no puede ir... ¡Convídense una amiguita...!

Misia Justina dirigió á su hija una mirada horrible y movió la cabeza.

Las Montesillo, muy ruborosas, muy charlatanas, besábanse con Finita, que acababa de salirles.

—¡Así me gusta verte!

—¡Conquista segura!

—¿Y....?

Pero la niña hizo un gesto prudente y las tres cuchichearon.

—¡Ay, niña! cosas horribles.

—Ana Luisa, acuérdate que no lo íbamos á decir.

—Eso no importa: Finita y Carmen son como de casa.

—Ya lo creo, no faltaba más....

—Caramba contigo—agregó por todo descargo Amelia, preparando á Carmen Teresa con palabras vagas—; "eso debe ser embuste", "tú sabes cómo son aquí".

—¿Tú conoces á Manuel Menéndez?

—Sí, chica; hijo de don José del Carmen: uno que anda "con su sombrero colocado así".

—Y luciendo todo lo que Dios no le dió.

—¡Ah! Sí... el del baile, Carmen Teresa—concluyó Josefina volviéndose á su hermana en inteligencia risueña—, el del baile.

Esta, levemente cortada, se acordó al fin:

—Ajá, bueno; ¿qué pasó?

Las Montesillo soltaron el trapo á reir.

—¡Es lo más gracioso!

—¡Divertidísimo!

—¿Quién, Manuelito?

—No, niña, el cuento... Manuelito es un necio.

—¡Ah! es aquel que tú...

—Un imbécil; yo nunca le hice caso.

—Figúrate que antier, el santo de la novia que ahora tiene...

—Una tal Cleofe Núñez...

—Una fulana de la calle San José—ayudó Amelia.

—...y le mandó de regalo un prendedor—terminó la primera.

—No le veo la gracia á tu cuento, chica—observó Josefina.

—Verás—... el prendedor era una P de oro, y el padre, que es medio bruto, lo corrió de la casa.

De la carcajada débil de Carmen Teresa, hasta la más violenta de las Montesillo, corría la convulsiva risa de Josefina.

Los viejos volviéronse risueños, con el frescor

que dan al rostro de los padres las alegrías juveniles.

—¡Qué divertidas!

—Feliz edad—suspiró misia Justina sobándose la rabadilla.

Morían las últimas risas en sollozos ó súbitos retrocesos á la hilaridad, cuando, sombrero en mano, don Cruz se despedía:

—Vaya, pues. Esto ya va largo. Me llevo las muchachas; aunque ya nosotros somos gente al agua, misia Justina. A mí me gusta mucho la linterna mágica.

—El cinematógrafo, papá.

—Bueno, el tereque ese. ¡Miren que esos *musiús* saben! ¿Usted no lo ha visto? Sale la gente así como usted y como yo, caminan, comen, y, con perdón sea dicho, hasta hacen necesarias delante de uno.

—¡Papá, por Dios!

—¡Las cosas de papá!

Pero aquello dió que reir. Misia Justina no hallaba mal sencilleces de don Cruz, que era tan bueno. El insistía en su elogio de lo que sabe "esa gente". Y manifestó mucha complacencia en llevar las muchachas á divertirse.

—Eso es muy barato y uno goza. Pero esas representaciones de títeres y reyes, ¡no embromen! Yo gozo con las muchachas.

—Finita no quería ir, pero por tratarse de ustedes...

—Muchas gracias.

—Y estas hijas mías que se quieren tanto unas con otras.

—Así debe de ser. Lo que yo les digo á éstas cuando pelean. Y á la madre lo mismo; miren á misia Justina y á sus hijas: allí no se oye nunca un alboroto, esa es educación.

—Pero cualquiera creería que nosotras...

—Ya lo creo si me cuestan un sentido: que las monjas de Curaçao; para casa de las monjas de Curaçao, que la madre de don Simón, para casa de la madre de don Simón; que las clases de pintura... ¡no me diga! Antes uno daba el Catón y el Fleury, sabía poner su nombre, se jaguaba la boca y se bañaba todos los domingos.

—Pues Finita—cortó misia Justina viendo el azoramiento de las muchachas—tiene mucho gusto en ir; ella no quería y que porque le daba pena con usted la frecuencia de las invitaciones. ¡Porque estas muchachas mías son así! Penosas... Pero por fin yo me empeñé y Bella también.

Nadie se había acordado de ella, y entonces preguntaron á una:

—¿Dónde está?

—Fué á la hora de la adoración. No falta nunca.

—La pobre...

—A Carmen no la invitamos porque sabemos que ella no va—dijo con carácter de excusa Ana Luisa.

Se despidieron por turnos. Don Cruz repitió que él tenía mucho gusto y echó abajo la repisa al coger su sombrero.

Estallaron de nuevo besos.

—Adiós, negra.

—Adío.

—Muchas cosas por allá.

—Del mismo modo.

Salieron, no sin antes darse un vistazo en el espejo de la consola.

—Que se diviertan—les gritó Carmen Teresa por el postigo de la ventana.

De pronto las detuvo:

—Oye, Finita.

Esta se devolvió disgustada. Una vez cerca, aquélla le advirtió á media voz:

—Llevas la manera abierta.

Las Montesillo y su papá se impacientaban.

—¡Válgame Dios, otra parada!

—¡Qué fastidio!

—¡Qué monerías!

—¿Quién tiene la culpa?

—¿Quién la va á tener? Tú que te pones á invitar gente cursi.

Toda la tarde fué de ventana. Se tocaron valses criollos de Díaz Peña, á cuatro manos. Después de comida don Cruz las llevó al teatro, no antes de cerciorarse si el programa era mo-

ral... Pero se trataba de *La Pasión del Señor.*

La señora Montesillo supo que algunas veces salían en *las vistas* cosas indecentes: una mujer bañándose, dos enamorados sin miramientos... Advirtióles desde su severidad que si no eran malas *las vistas*, podían ir. Para ella la moral era lo primero; sus hijas así lo comprendían y podían dar fe de lo cuidadosamente que tapaba algunos desnudos en los cromos, expurgaba los periódicos antes de que los leyeran y no permitía libros de cierta índole en su casa. Algunos eclesiásticos, entre ellos el padre Benítez, tenían gran influencia en la familia. ¡Como Cruz era tan descuidado!

Por línea materna misia Ana Josefa era Rodríguez Pérez; los Rodríguez Pérez en tres generaciones representaban una familia de Baruta, gentes muy distinguidas en aquella sociedad. Había casado con Montesillo, algo inferior á ella, es cierto, pero por otra parte un sujeto muy honorable, agricultor de buenas costumbres. Ella educaba sus hijas á lo Rodríguez Pérez: Religión y Gente Decente. A la casa de Rodríguez Pérez no entraba todo el mundo: de ahí que no aceptara con mucho agrado á *algunas personas* con quienes por deberes sociales tenía que codearse.

Usaba timbre, y en un cuadrito á la entrada leíase: "Dios bendiga este hogar", bordado por las niñas cuando se estaban educando.

—Oye, ese es... Vuélvete con disimulo de aquí á un momentico.

Josefina, entre ambas Montesillo, desde una butaca volvióse hacia el palco presidencial: había cuatro hombres. De distintas fisonomías, no obstante, todos cuatro tenían el mismo aire imbécil.

—¿Cuál?...

—El de la derecha tuya...

—¿Ese?

Del patio muchos le contemplaban. Era más divertido que el cinematógrafo. Tras el joven magistrado algunos no menos jóvenes se inclinaban galantes como tras un escote... En ese momento, la mirada del presidente se detuvo en ella. Inclinóse éste un punto á su compañero de localidad, díjole algo y entonces ambos tornaron á mirarla. Era con ella. Bajó los ojos. Ana Luisa decíales no sé qué; ella, para poder fruncir graciosamente los labios y abrir mucho los ojos en mirada ingenua hacia el proscenio, contestaba sin sentido... Con el rabillo del ojo observó que él no dejaba de verla, y dos ó tres veces habló de nuevo al otro.

Al apagarse las luces, vagamente percibía la mirada del doctor Bebé. No era tan feo: un bigotico bien cuidado ornaba su labio, tenía buen color... y buscó algunos parecidos en las figuras que desfilaban por el telón... Uno de los sayones que entre las rechiflas de galería aporreaba á

Nuestro Señor en la película de *La Pasión* era exacto á Guillermo. Sólo que no llevaba lentes, y en vez del sombrero de Panamá tocábase con un casco romano. La película contristaba los ánimos: un Jesús flaco como un arenque, atado á la columna, recibía latigazos imitados tras la tela con golpes dados en un cajón. La sonoridad de carnes de Nuestro Señor causaba profunda lástima y ponía odios en aquellos corazones cristianos... Algunas lágrimas acudieron á los ojos de las mujeres.

—¡Ay, chica, pobrecito; mira cómo le dan!

—Mira, chica, ya se cayó.

Pero Josefina sentía una angustia mortal de ver á Guillermo entre los sayones, á quienes de chiquita rompía los rostros en la Historia Sagrada...

Un rumor de distintas modalidades acusaba el sadismo de las multitudes ante aquellos suplicios grotescos y las contorsiones con que el yanqui que hacía de Jesús aparecía en las terrazas del Pretorio. De un golpe, por sobre la historia y la tradición, pasaba por la calle de la Amargura, se daba tres caídas, desfilaban las piadosas mujeres, y por último le enclavaban á la cruz, le propinaban la esponja, le daban un lanzazo, se moría, y surgiendo luego en apoteosis complicada sobre nubes de algodón absorbente, subía al seno del Padre, como se nos dice en la antigua exégesis.

El público, emocionado, aplaudía.

Aquella impresión se borraba con otras cosas chistosas: "perros inteligentes", "niños que vengan á su papá", "escenas cómicas de hombres en pantaloncillos".

La proverbial orquesta atacaba los valses en moda: *Siempre invicto, Copey, ¿Quién paga el palo?...*

Don Cruz fumaba en el pasillo. Las tres muchachas paseaban de brazo.

—¿Viste? Es el mismo de ayer tarde.

—¡Niña, tres horas en la esquina!

—Tan antipático.

—Pero, hija, ¡qué sombrero el de Beatricita! Es una torta.

—No tendrá otro.

—De veras. A falta de pan...

—Mira cómo te ve...

—¿Quién?

—¡Te haces tú la tonta!

—La pobre Elisa.

—Adiós...

—Adío...—contestaron desde el fondo de un palco.

Mozalbetes rizados recostábanse á las barandas, al paso, tomando posturas de retrato, con ese aire postizo de énfasis amanerado que tienen los elegantes de provincia. Tras ellos un poeta grasiento asomábase para despreciar el país.

—Ya con ése van tres...

—¡Tres!...

—Es decir, de la última estación, porque ya está madura.

—Pero, niña, ese vestido de punticos es como aquello que cuentan de la túnica de Nuestro Señor.

—Desde que la conozco...

—Dicen que los novios por eso se cansan.

—Y misia Rita que escupe á uno cuando habla.

—Si no engancha á éste... ¡me parece!

—Mira, chica... Otra vez.

—¡No sean tontas!

—¡Vaya, la presidenta! Te das ya humos...

—Oye, una escuela de corte y costura para mí.

—Para ti, de corte nada más...

—Dejemos que cosan las Melindres... Chica, ¡qué tamaños! Han engordado á lo largo.

—A Joaquincito Ruda cuando se case le van á tener que poner escaleras...

—O vivir en casa de alto. Ella en los bajos.

—Y las dos tías en el entresuelo.

—¡Pobres... son muy buenas!

—Bonísimas. Y que gustaron mucho. Les hacía versos Patricio García cuando "La Primera Piedra".

—Mira... y ¡qué mirada!

Pero Josefina, mortificadísima, había visto á Guillermo en galería. ¡Una desilusión! ¡Su mamá tenía razón: un... cualquiera! Las bromas después de aquellas miradas se le metían cabeza adentro.

Con optimismo de veinte años dió por hecha la conquista... Un tropel de cosas confusas, como una red de caminos á un mismo punto, llevábanla por vías sentimentales, sociales y prácticas hacia aquel palco. Y no vió *Los perros contrabandistas* ni *El corazón gobierna la cabeza;* sólo advirtió, por las carcajadas de don Cruz, detalles fugaces de *Los percances de Estefanía:* una infeliz á quien un dirigible arranca las enaguas en plena calle.

A la salida, rodeado de sus amigos y empleados (todavía no existía el Himno eucarístico de Carabobo), el doctor Bebé esperaba al pie de la escalera. Desfilaron algunas familias. Una señora de edad, gordísima, temiendo el tropel, salió adelante cojeando de una manera lamentable. Le precedían dos niñas flacas y tristes.

Al pasar Josefina entre las Montesillo, éstas le dieron con el codo... Ella sonrió ruborizada.

Él doctor Bebé alzó su sombrero cortésmente.

Todavía en la calle, sacó la cabeza del coche para verla marcharse y ella se volvió dos ó tres veces para hablar á don Cruz.

En la esquina del Colegio Nacional halló á Guillermo. Pasó sin darle las buenas noches. Se acordó del sayón barrigudo con túnica plegada hasta las rodillas. Lo encontró ridículo.

Al siguiente día cuando lo vió venir se quitó de la ventana. Por la noche, él pasó corriendo un *trueno* con dos mujeres, cantando aquello de

"Costas las de Levante...
playas las de Lloret".

El coche de Bebé comenzó á recorrer la calle por las tardes. Los vecinos lo notaron. Una lavandera que vivía en la cochera de la esquina, y con quien Guillermo llevaba relaciones, le insinuó algo. Este le dirigió entonces una carta llamándola "pérfida" y ella le contestó devolviéndole un montón de cartas y papelitos, el retrato y varios pelos pegados en una tarjeta. A los pocos días *El Cronista*, en la sección "Remitidos", publicaba un soneto firmado X Z y dedicado "A una ingrata".

V

Como el nuevo Gobierno tenía ya diez días de existencia, el grupo de comerciantes quebrados ó de arribistas á cuya cabeza manteníase Goenaga, por especial aptitud, se había insinuado comenzando por el saludo de deber al magistrado; seguíanse las visitas obligadas en fuerza de la situación comercial que es necesario asegurar "para que no se metan con uno"; y merced á pretextos más ó menos lícitos, la reunión casual, entre algunos íntimos, las cosas "en confianza" y puramente familiares. Casi ninguno de los patanes que se allegan á posiciones políticas resiste al encanto de sobar cojines y de hablar con niñas decentes. ¡Cómo, cómo rehusar al atractivo de quien les presenta su señora y sus hijas, les recibe en su sala, enciende más luces en su obsequio y les pone delante una sonrisa y un amable gesto de complacencia!... La más burda psicología puede darnos idea del intenso placer con que han de verse cristalizados, en mujeres her-

mosas, antes imposibles, y en caballeros galantes, antes desdeñosos, los sueños calenturientos de la choza, de la barriada lejana ó de en medio de la calle.

En aquel especie de palenque que á cada nuevo orden de cosas se abre en Valencia y en cuya liza se va consumiendo el decoro de antaño, las Montesillo llevároonse el trofeo, lo instalaron en el mejor sitio de su sala, bajo el retrato que don Juan Antonio Michelena hiciera del abuelo Pérez Estropajosa; le dieron de almorzar, le agasajaron de todas suertes y misia Ana Josefa logró, á instancias del padre Benítez, un decreto de Fomento disponiendo mil bolívares para la capilla de San Benedicto, que, á decir de la señora, era un santo como de la familia.

Don Cruz no tuvo reparo en ofrecer dos ó tres reuniones y asistir con las muchachas á un baile, á una comida, á un paseo á la Laguna... Después la atmósfera íntima se condensó en expansivas visitas y en extender sus simpatías amistosas por las relaciones de aquella familia á quien Bebé debía ya tantos servicios...

Eran habituales las peregrinaciones que de su casa para la de las Montesillo emprendían misia Justina y sus hijas. Josefina, particularmente, se pasaba días enteros con sus amigas. Bebé demostraba algún interés por ella, y queriéndole hacer grata la casa, se la mandaban á buscar para que les tocara guitarra. Aquello llevaba buen

camino; sin embargo, todavía muy vagamente, parecía que Isolina Montesillo también le hacía buena sangre. Ambas se hallaban en ese período en que, estando enamoradas de un mismo hombre, cómense á besos sin saber por qué. Pero misia Justina, que era una madre prudente, se enfermó del hígado, determinando la fugaz escena en que los cariños entre hombre y mujer se quitan la careta de "afecto" para convertirse en lo que verdaderamente son. Viene luego la palabra incoherente, penosamente arrastrada.

Y así vino la de Bebé en una de esas aburridas reuniones de cerveza nacional y dulce de higos donde se dicen tonterías, se pierden dos ó tres horas de sueño y que se caracterizan con aquel resumen piadoso: —Muy bonita la fiestecita, muy sencilla.

Así, sencillamente, Bebé redactó, después de frases entrecortadas, piropos de su tierra... Desde que la viera en el teatro... "¿Se acordaba ella?... Ciertamente, él no supo qué *daban*.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!...—suspiró colocando con tacto blando las manos en las rodillas.

—*La Pasión del Señor*.

—Y la mía—tornó á decir con voz suavísima.

—¿Es usted apasionado?

—No lo era. Desde esa noche...

—Sin duda la película...

—¡Qué mejor película!... (Aquí se cortó: comprendió que había dicho una necedad.)

—¿Cómo decía?

—No... que... usted, tú, sólo tú tenías mi atención.

—¿De veras?

Pavorosamente cursi se deslizó aquel diálogo. Las muchachas bromeaban de lejos. Isolina tuvo una alegría súbita, extemporánea, mal simulada, y con el esfuerzo le dolieron las muelas. Pepito, nerviosísimo, al lado de su novia. Misia Justina, entre una tía de las Melindre, que sufría de sordera, y la señora Montesillo, que se había quedado muy seria, ponía en aquel sofá distante donde su hija hablaba con Bebé, los cinco sentidos y las tres potencias; en mientes ofrecía un fuerte para el pan de San Antonio.

Esa noche, al acompañarles Bebé hasta la puerta, se empeñó en que aceptaran su coche. Carmen Teresa sufría una ligera tos. Había sereno. Por un momento, ante la victoria presidencial, vacilaron. Josefina acogió gozosa tal idea, pero Pepito dió un codazo á Carmen Teresa y ella y su mamá se opusieron.

—No, doctor; muchísimas gracias por la atención. Es cerca. Iremos á pie... Pepe nos acompaña.

¡En ese caso, de ningún modo... él también iría! Y luego de insistir nuevamente despidió su coche.

Hasta su casa las condujo. Iba adelante con Josefina, diciéndole una vez más cuanto ya le dijera en la sala de las Montesillo. Pero ahora sentía el ánimo más ligero, y ella, apoyada en su brazo, parecía abandonarse en aquel aire de sentimentalismo y de medias palabras: "... los hombres eran ingratos..." "... no había felicidad en este mundo..."

Las estrellas altas y brillantes daban una luz metálica á las calles desiertas. Algunos perros ladraban en los portones. De tiempo en tiempo los gallos cantaban prolongando su canto muy lejos.

"... No todos... algunos resisten y se consumen por una pasión única que acaba primero con las ilusiones y después con la vida..." Aquella frase de Pérez Escrich le salió bastante bien.

Al bajar una acera él la sintió casi encima, á causa de cierto tropezón... Sonrieron.

—¡Qué aceras, Dios mío!

—Se compondrán—repuso con suficiencia.

Un poco alejados, rumoraban atrás misia Justina, Pepito y Carmen Teresa. Entonces, faltando apenas dos cuadras para llegar, ella suspiró:

—Ya...

Y él, apretándole el brazo, como en un momento de fiebre, le dijo ternuras confusas; frases hechas que el deseo sacudía como un león entre periódicos, é inclinándose mucho, besó la mano que se apoyaba en su antebrazo. Ella la retiró prontamente. Estaban frente á la casa.

—Qué corto el camino!—exclamó él con voz grotesca.

—Así es el amor de los hombres—suspiró de nuevo envolviéndole en una mirada húmeda.

Bebé regresó con Pepito. Se mostró tan contento esa noche, que apeándole el tratamiento comenzó á tutearle...

Habló del porvenir de los jóvenes... él siempre se interesaba por ellos. Castro tenía una gran virtud: su amor á la juventud... Largamente disertó acerca del *elemento joven*, del hogar, de la instabilidad económica en que se vive. Hacía su autobiografía... todo lo debía á esfuerzos propios...

Algo afectuoso germinaba en aquellas frases que Pepito recogía con aquiescencia de monosílabos. Después dejó entreverle que pensaba hacer algunos cambios en las oficinas, y quizá lo mejoraría...

—Bueno, chico, hasta mañana.

—Hasta mañana, mi doctor.

Y con un regocijo inmenso en el alma, el cigarro en la boca, y el paso acelerado de un cazador de fortuna, se alejó calle abajo, á la luz metálica de las estrellas.

Un mes más tarde Pepito fué llamado al despacho de la Secretaría general. Como de costumbre, creyó que se trataba de hacer alguna

nota ó indicación; sin embargo, entró algo inquieto.

—Lo he mandado á llamar—comenzó Bebé, pasando con él hacia el juego de sillones que en un extremo del salón han desteñido los traseros políticos de la parroquia—para hablarle seriamente de un asunto en el cual quiero inmiscuirme, y quiero inmiscuirme en provecho suyo... suyo y de los de su casa.

—Yo le agradezco mucho—se atrevió á interrumpir—; misia Justina me ha dicho...

—De eso iba precisamente á hablarte—la voz presidencial, suavizándose, llegaba al tono del tuteo.

En aquel momento, Pedro, como una sombra fatídica, dijo desde la puerta:

—Aquí está López.

—¡Ah! que pase inmediatamente...—y Bebé, alzándose de súbito, fué al encuentro de un hombrecito barroso, de aspecto menguado, que andaba como sobre algodones.

—A sus órdenes, doctor—dijo con acento sumiso.

En un ángulo del despacho hablaron mucho rato. Pepito, intrigado por lo que acababa de oir, trataba de explicarse aquel exordio.

De pronto se alzó despótica la voz del presidente:

—Es eso, ¡no saben sino coger el sueldo!... ¡no representan el puesto ni sirven para nada!

—Pero la mujer...—balbuceaba el empleaducho.

—¡No, no, yo estoy mejor informado de lo que usted se figura! ¡yo sé todo lo que pasa en la República y no voy á saber lo que usted hace en San Blas!

—Pero la mujer...

—No me diga más nada.

—Pero la mujer...—gagueaba el infeliz.

—¡Le repito que ni una palabra más! A ver—dijo volviéndose á Pepito.

Este se alzó como movido por resorte.

—Llame á usted á la Jefatura civil de San Blas y dígale al general Piedrahita que destituya al señor—y designó al hombrecito sin verlo—y que nombre secretario...

Se detuvo. Pensó é hizo un gesto vago aplazando el telefonema. Luego, con aire imperativo, despidió al destituído.

—Hemos terminado.

Lívido, retrocediendo de espaldas hasta la puerta, el pobre hombre hizo una cortesía abyecta y salió.

—¡Miren al hombre! ¡le doy el cargo, le aumento el sueldo, le perdono dos ó tres vagabunderías, va y se saca una muchacha de una casa de familia respetable! ¡Un gran bribón! Y yo le tengo dicho á mis empleados: la primera condición, moralidad.

Pepito tembló. Aquella maldita *Miso* era tan

escandalosa... Pero volvió á tranquilizarse cuando Bebé, tras algunas consideraciones que él apoyó con la doctrina de "¿qué hora es? la que usted quiera", abordó de nuevo la interrumpida conversación:

—Bien, yo voy á depurar esto—y demarcó un perímetro—; he pensado nombrarlo á usted director de la Sección de Estadística, y le voy á aumentar el sueldo; sólo que, como en el presupuesto figuran cuatrocientos bolívares, yo le daré doscientos más por otro respecto.

¡Por otro respecto! Por otro respecto él ascendía de aquel modo... Tenía la confianza de Bebé. Cada día, pródigamente, las Belzares recibían atenciones de éste, que Pepito agradecía, solidario con la familia y como "más viejo en la casa". ¡Ahora aquella protección se extendía hasta él, y de qué modo! Ya no era la Escuela de corte y costura para Bella, la inspectoría de Escuelas para misia Justina, y la pulsera, la cadena y el solitario para Josefina y Carmen Teresa... También hasta él llegaba la onda de bienestar. Refieren algunos viajeros que en la pampa argentina á veces sopla cierto aire que exacerba el sistema nervioso; en Venezuela cuando "sopla brisa" las gentes le toman al favorecido un cariño súbito y entrañable. A ellos les soplaba: el saludo era más expresivo, llovíanle las invitaciones para toda suerte de actos y el nombre de las Belzares ocupaba sitio primero en la "lista de las

damas que concurrieron". También hasta él, además del afecto de muchos amigos y del aprecio de todo el mundo, llegaba á una dirección con su carpeta y un subalterno a quien dar con voz imperiosa las órdenes tantas veces recibidas. Estar arriba: coche, dinero, diversiones, despreciar á unos cuantos, la *Miso* iría á emburrar cañas. Estar arriba: la popular fábula de la troje donde duermen las gallinas, que las que están encima...

Bebé siguió con acento suave, con modales persuasivos:

—También, y esto acá en confianza—agregó sonriendo como una meretriz—, ¿no crees que sería bueno pensar en casarte?

Pepito pensaba en lo de las gallinas.

Con voz meliflua contestó vagamente:

—¡Sí, cómo no! Yo no pienso en otra cosa.

—Esa muchacha tan virtuosa, tanto que lo quiere, la misma familia tan buena, esa es una gente inmejorable.

—Pero es que...

—Mire, Pepito, esa gente es muy buena. Ninguno como usted lo sabe. Yo deseo ayudarlas de todos modos, y naturalmente, á usted también, que además es buen amigo mío; yo no quiero que, por falta de unos centavos, *eso* no se haga.

Eso no era así, como si dijéramos, muy grato; pero Pepito, adormecido por la voz insinuante de aquel hombre á quien veía adorable entre su flux de casimir claro, seducido por un magistrado tan

lleno de almíbar, habló fogosamente de su amor por Carmen Teresa, de lo que ella era para él, de lo caro que salen los muebles, de lo "virtuosas que son esas muchachas", de sus pocos medios...

—Por los medios no se preocupe.

¡No, que iba él á preocuparse por los gastos, tratándose de un hombre como el doctor!

Con sensualidades veladas uno, casi enternecido el otro, hablaron de aquel enlace y consideraron algunas ideas generales acerca de la necesidad de tomar estado, sobre todo á cierta edad en que ya el hombre necesita de los goces puros del matrimonio.

Bebé con tono enigmático le dejó entrever que él también pensaba... Eso sí, se iría con calma, decía; se requiere que en el marido concurran muchas condiciones de que yo carezco.

—La tranquilidad—afirmó Pepito...

Las Belzares, radiantes, supiéronlo esa misma noche. Hasta muy tarde, en camisa, sentadas en el borde de las camas, comentaron la noticia. Indudablemente que la Divina Providencia había tomado cartas en el asunto. ¿No lo estaba diciendo todo lo que ocurría como por encanto? Las amistades aumentaron en número y en afectos. A Josefina la idolatraban sus amiguitas. Era un ángel, un ángel caído del cielo en plena calle del Mercado, compartiendo al lado de Bebé el culto

que Carabobo rendía á su joven magistrado. Larga hilera de coches desfilaba por la avenida, entre una polvareda, bajo el alegre sol de los domingos. El álbum de recortes y calcomanías fué sustituído por otro en que se leían versos de Valdés Pacheco, aforismos del doctor Antolín Reyes y unas "Emociones de Biscuit" por Cróquer García. No se trataban con las Montesillo: notaran cierta reserva en aquellas "ridículas", como decía Josefina. Verdú, recibido por dos veces en el corredor, tuvo á bien ausentarse, no sin antes decir una ironía tremenda que por fortuna nadie entendió. Misia Justina compró una gorra marrón para reemplazar el solideo que había coronado desde el 86 su viudez auténtica. Dieron bailecitos con mermelada y entre ambos novios se costeaba la cerveza.

La madre de Pepito preparaba una mistela deliciosa, que Bebé tenía la pena de no saborear á causa de sus frecuentes irritaciones intestinales.

Aquel enamoramiento comentábalo la sociedad, y ponía envidiosos á los otros empleados que tenían muchachas buenas mozas en su familia, cuando de mediodía la sirviente se presentaba á la oficina presidencial portando una jarra de guanabanada ó caratillo de arroz con su rajita de canela; entre la servilleta, un papelito rogaba: "Mi negro, no dejes á tu amor esperando como anoche", ó bien: "Dime cómo sigues del estóma-

go; yo estoy muy triste; mándame la otra jarra que está allá."

Suavemente, á la luz de la pantalla donde Bella bordaba, un sueñecillo abatía de tiempo en tiempo la cabeza de la mamá, bajo el cromo de "Los diferentes estados de la edad del hombre"; las muchachas conversaban con sus novios en los extremos de la salita, á la delicia de una media luz que ponía sombras movibles en el empapelado.

Periódicamente, el hígado de misia Justina tenía la benevolencia de afectarse. Bella asistía entonces á los coloquios, pero los novios sentían una sed abrasadora y la servicial muchacha iba en busca de sendos vasos de agua.

Próximo el matrimonio de Carmen Teresa, no era preciso aquella intransigente vigilancia, y tratándose de Bebé, su reputación circunspecta alejaba toda prevención.

—Ese es un caballero—decía misia Justina entre eructos que le cortaban la voz—. Ese es un caballero; me hace recordar á Belzares.

Así, que aquel noviazgo asilado en la ventana de celosía parecía presidir el bienestar de la familia. Tenía algo de paternal. Las hermanas de Josefina llamaban familiarmente á Bebé *cuña*. Era un apodo de lo más comprometedor.

—Tú no me quieres tanto como dices—suspiraba Josefina de manos cogidas.

—Te adoro.

—Si me adoras, ¿por qué me exiges eso?...

—Pues...porque te quiero mucho... muchísimo. Oye, ¿qué tienes? ¿No confías en mí? ¿Crees que sería capaz de engañarte?

—No, mi amor; pero quién sabe...—respondía con un mohín.

Entonces él se inclinaba: tras el abanico, uno de esos besos glotones que estrujan los labios unía sus bocas, y como el tinajero estaba lejos y Bella se demoraba, aquel beso, venciendo débiles resistencias, bajaba por el cuello, recorría los brazos desde la punta de los dedos: "... aquí no se compra carne, ni aquí, ni aquí, ni aquí, ni aquí... tampoco; pero aquí... sí".

Y era una cosquilla tremenda. Con sus caricias inocentes hacían golpear en veces los batientes de la ventana, y se quedaban entonces perplejos, asustados, ó exclamaba él con voz grotesca:

—¡Hace un calor...!

Bajo el corpiño, el corazón de Josefina saltaba. Las manos pequeñitas y gordas se cruzaban sobre el pecho:

—En la boca no más, mi amor; en la boca no más.

Pero, ¡Dios mío! Cómo contener aquella ola de ternura que turbaba sus sentidos y que ponía en sus miembros un perezoso abandono. Sin darse cuenta negaba los labios para otorgar luego mucho más, y desfallecía pálida, con los ojos cerrados, rodeándolo con sus brazos y suplicándole:

—¡Ay! No, mi bien; suéltame, negrito, suéltame.

En los días inmediatos al matrimonio de su hermana, el apasionamiento de Josefina cobró alas. Aquellos aprestos de ropa blanca, aquel aire lánguido de Carmen Teresa, cuyos ojos se humedecían á menudo, toda la atmósfera sensual de las bodas, le llenaba la imaginación de ternuras locas, en abandonos pudorosos... la envidia de las amigas... el rumor de los coches... las flores... el dulce misterio que envuelve á las desposadas y que poetisa las mismas máquinas de Singer: ¡la felicidad! Esa felicidad que llena de esperanzas á las doncellas y cuyo culto no extingue ni las primeras canas ni las últimas pasiones.

Por acaso, un libro de medicina caído en sus manos, cierta reticencia de las novelas, aquel algo misterioso de los cuentos de infancia y toda la sabiduría de la escuela, evocábanle cosas agradablemente extrañas, con las formas inmediatas; después de aquellas caricias en lentas meditaciones forjaba escenas de abandono, estrechando las almohadas, mordiendo las sábanas; sus ojos se inundaban de lágrimas que corrían por su ardorosa piel.

Comenzó á bordar de un figurín el dibujo de un gentil cazador, pero cierta puntada convirtió la escopeta en una escoba. Rabió. Rompió la labor. Pasó un día contrariadísima; para mayor

fastidio, una visita que se fué á las cinco la retuvo todo el mediodía, interrumpiendo los primeros párrafos de una carta de reproches tristísimos en donde llamaba á Bebé "monstruo cruel y sin entrañas" por no haber ido á la misa de nueve en el santuario de María Auxiliadora. Y esto, estrenándose ella el vestido de moticas. Era horrible. Tuvo jaqueca. Por la noche le declaró que lo odiaba, le halló ridícula la corbata y confesó que á ella le encantaba el mocho Hernández.

—Pero, niña, ¿y eso qué es?—decía él asombrado.

—¡Eso! Eso es que usted me es odioso, que no lo quiero ver más, que usted es un... que yo no lo quiero ya.

Y destrozó un abanico.

Contra su costumbre, Bebé faltó tres noches á la visita. Era seis de Julio y el matrimonio de Pepito estaba fijado para el diez y seis, día del Carmen. Pero esa tarde, bajo la jarra del caratillo, la letra tortuosa y atrabiliaria de Josefina pedía un perdón tan melancólico, tan sumiso, que Bebé sonrió... Era, indudablemente, un seductor.

En aquel momento entraba Pepito con varios paquetes.

—Oye—le dijo Bebé chasqueando la lengua para extraerse de las muelas una hilacha de guanábana—, ¿como con cuánto tendrás tú para lo que te falta?

—¿Metiendo en la cuenta el cura y los sandwiches?

—Sí, con todo—repuso después de sacarse con el pulgar y el índice aquella molesta incrustación.

—Unos...—miró al techo un rato y dijo, de pronto, como resolviéndose—: ¡con seiscientos tengo!

—¿Pesos?—preguntóle alarmado Bebé.

—No, bolívares.

—¡Ah! Entonces díle á Luis que te extienda eso en tres resoluciones: dos á cargo de Fomento y otra para una comisión del servicio, y te vienes para que me acompañes á ver los trabajos del Morro.

Detúvose un punto reflexionando, y agregó:

—Mira, no; mejor es que figure en Fomento la otra también; como eso hay que publicarlo... Pones un telegrama para *El Constitucional*, dirígeselo al mismo Gumersindo. Duque te lo puede escribir, participando que se han erogado seiscientos bolívares para el Fomento y tal. Tú sabes cómo es. ¡Ah! no te olvides decir algo del hombre.

—Bueno, bueno; ¡un palo de telegrama!

Volvióse guiñando el ojo desde la puerta.

—¿Se resolvió por fin la chica de Las Cocuicitas?

—No; todavía está con que ella es una muchacha honrada y que sólo la necesidad...—repuso con una sonrisa cínica.

—Ah, caramba, doctor. De esa cabulla tengo yo un rollo. Mire: una vez enamoraba yo una muchacha de buena familia, pero venida á menos; ¡estaba admirado de lo virtuosa que era! Muriéndose de hambre, que no hay boca más elocuente que la boca del estómago, mire que yo le daba, la instaba de todos modos, hasta le ofrecí casarme... ¡Nada! ¡Era una piedra! No se dejaba ni ver las piernas, hasta que por fin dí con la causa de aquella virtud.

—¿Cuál era?

—¡Que tenía el túnico roto!

VI

Vivieron los primeros meses de matrimonio en una pequeña quinta de Camoruco Viejo, medio oculta entre guamos, á dos cuadras del río, donde se oía á ciertas horas el trueno lejano de las locomotoras que cruzan la vía allá abajo.

Una modesta existencia de muebles de mimbre, cocktail al mediodía y veladas leyendo los periódicos de Caracas que él traía todas las tardes de la oficina.

El cielo, infinitamente límpido, recortado por los cerros que como una ola de piedra azul descienden desde las alturas de Bárbula abriendo paso á un aire impregnado de sales; la fresca visión de las vegas del río; la inmóvil actitud de los árboles; los caminos de tierra muy roja por entre herbazales muy verdes, y aquella dulce paz de las noches de luna que pone blancos los senderos y negros los matorrales como en un panorama fotográfico; todo ese vago encanto de los temperamentos urbanos, entre árboles altos y

agua fresca, despertados á la vida de la ciudad por el repique matutino de las iglesias que quedan lejos, adormeció los primeros días el amor tierno y reservado de la luna de miel.

Algunas veces, ya en las últimas faces del cuarto menguante, se reunían en el corredor á tomar el aire los de la familia. Josefina casi siempre estaba con su hermana casada. Bella bordaba en su casa pensando en Verdú. Misia Justina continuaba mal del hígado. Templaron el viejísimo Pleyel. Finita al principio molió el instrumento, pero prefería estar en Camoruco, gozando las apacibles siestas, bañándose en el río, comiendo mangos, pudiendo pasear sin corsé, entonando con los ojos entrecerrados, en la reunión de familia, al lado de su novio, canciones alusivas:

En estas soledades
que me recuerdan, que me recuerdan...

y aquel recuerdo se distendía en el bordoneo de la guitarra con adormecedora lentitud.

Mediaba Agosto. Un viento persistente comenzaba á batir los ceibos; los últimos aguaceros lavaban el polvo de las hojas y encharcaban los caminos.

Cierta noche, la música de una serenata llevada para Bebé improvisó un baile casi de familia hasta muy tarde. En la madrugada, los compases de un vals anunciaron que la música se alejaba hacia la ciudad. Josefina la escuchaba pensativa

y callada. Bebé, del lado afuera, veíala también en silencio. Era un antiguo vals de Waldteufel, un vals muy viejo, oído muchas veces, tarareado distraídamente en horas de fastidio, pero que escuchado así, de lejos, desde la sombra, á la hora en que se mueren los postreros entusiasmos del baile, evocaba cosas idas de otros tiempos en la cadencia de su coda y en las graves notas con que la primera parte gemía dolores confusos ó estallaban en el sollozo ahogado de los violines.

—Qué triste es...—suspiró ella.

Bebé se apoderó de la mano que, apoyada en el balconcete, surgía muy blanca de entre el chal obscuro en que ella se envolvía. Sentía también que aquella música le ponía triste, con una melancolía incoherente, y exclamó, besando la mano apresada:

—Muy bonito vals, tan bonito como esto.

—Es tarde...—repuso, tratando débilmente de zafarse.

Pero él, sin contestar, le besaba uno á uno los dedos de uñas corvas y parejas.

—Te vas á trasnochar...

El estaba tan cerca de su rostro que la besó en los labios.

—Vete, mi amor; mira que sienten que estamos aquí—suplicó.

—No; yo me despedí de ellos y no advirtieron que me acercaba por la ventana.

—Pero saben que estoy levantada.

El sonrió picarescamente:

—¡No seas tonta! Esos tienen sueño.

—Vete, pues.

—¡El último...!

—Pero el último de verdad, bribón—dijo amenazándolo con el dedo—; ¡todos los tuyos son el último!

Hubo una confusión en la cuenta. Era necesario volver á sumar.

Esos números que se salen de columna encalamocan las fracciones y se suman pesos por céntimos...

—¡Quieto, pícaro!

—¡Válgame Dios! ¡Si con los dedos es que uno no se equivoca!—decía riéndose.

—No, señor; la gente decente no cuenta con los dedos.

—¿Cómo no? ¿Y entonces, pues?

Ella se defendía á media voz:

—¡Ni con las manos tampoco!

Saltó vivamente hacia atrás:

—¡Y con los brazos, menos!

En la lucha, la manteleta descubrió el brazo blanco, torneado, provocador en su actitud defensiva. Fué preciso hacer las paces. Se entablaron negociaciones: las partes contratantes se obligaban á retirar toda actitud beligerante, fijando una *entente* cordial al día siguiente, en el mismo sitio y á igual hora; se estipuló condición indis-

pensable y como prenda de seguridad que no llevarían escolta.

—Pero bueno, hombre, una guardia de honor.

—El honor no necesita guardia.

La frase feliz destruyó aquella precaución diplomática.

—Adiós, caramelito—le dijo Bebé haciendo una pirueta ridícula.

—Adiós, mi amor—repuso ella sacando el cuerpo por sobre el antepecho del balconcete.

Antes de darse cuenta él había saltado estrechándola por la cintura, cubriéndola de besos los ojos, el cuello, la boca, que devolvía aquellos besos y protestaba con voz angustiosa.

Se habían violado los tratados. Él era un traidor.

—No, no... ¡Dios mío! déjame... ¡no seas loco! mira que nos oyen... mañana... ¡pero suéltame, me estás maltratando!... suéltame, mi amor—suplicaba.

Él, casi suspendido de los hierros del balconcete, jadeaba, y con los labios convulsos, la cubría de besos á cada nueva resistencia, la colmaba de caricias y casi no terminaba las palabras, exasperado y obsceno como un animal... De pronto sus brazos se aflojaron, las manos quedaron suspensas y con un suspiro de rabioso cansancio exclamó sordamente:

—¡Está bueno! Sanseacabó, ya veo que no me quieres.

Ella, sin contestar, refugiada en un extremo de la ventana, lo miraba ruborizada.

—¡Yo sé que tú... bueno! Sanseacabó—repetía como velando una amenaza.

—Pero, mi amor, ¡tú eres muy exigente!

—Es que tú no eres capaz por mí ni del menor sacrificio.

—No seas injusto; ¿qué te he negado yo? A ver, dime; ¿qué te he negado yo?

—Todo.

—¿Todo?... ¡Mentira!

—Pero yo sé lo que debo hacer; yo soy el que tengo la culpa...—continuó él como siguiendo una reflexión sorda.

Entonces, advirtiendo aquel tono de voz casi colérico, se acercó confiada á los balaustres:

—Oye, mi amor.

Él no contestó. Con la cabeza gacha, dando golpecitos en los hierros, afectaba un aire de distracción y de resentimiento.

—¿Estás bravo?—preguntó tímidamente.

Bebé guardaba silencio. Un semblante de profundo disgusto. Como todo cobarde, era cruel para con los seres débiles.

Entonces ella se acercó más; le tomó las abandonadas manos, se las llevó tiernamente á las mejillas:

—Ten juicio, amor; comprende que yo tengo razón.

Él, exasperado, la rechazó.

—¡Déjame... no quiero cariños! ¡Déjame!

Su voz temblaba de despecho. Pero era tan mimosa aquella queja con que ella se defendía, inspiraba en el seno confuso de las ideas tal perplejidad, que una lástima sensual, á veces más voluptuosa que todas las posesiones, iba germinando en él, un estado de ánimo incoherente, pueril. Como un niño, como un niño estrechó contra su hombro la mano posada en su cuello, besando la otra con un beso suave, dulce, como inspirado en un sentimiento reposado y casi respetuoso. La ternura invadíales, y más que ternura, ese cansancio indefinido del día siguiente de las fiestas.

Josefina habló entonces, quedamente, con razonamientos sutiles. Y quería convencerlo así, cariñosa, suavemente; estaba tan triste por aquel vals, y también por algo... por algo que no podía, que no sabía cómo explicar y que surgía en pequeñas frases, en breves expresiones.

Ya casi finalizaba la noche, cuando Bebé se alejó de la ventana, volviéndose varias veces para ver aquella sombra amorosa cuya mirada sentía tras de sí.

Y muchas noches más, después de la visita *oficial*, en aquella ventana que daba al parque vecino, acusado apenas por la sombra movible de los árboles, se entablaba el mismo diálogo que siempre les dejaba como incompletos.

Él se lo manifestara así. La vida no era todas

esas cosas convencionales que cercan nuestro campo de acción, lleno de obstáculos, de cortapisas sociales, de prejuicios religiosos. ¡El amor!

—Eso sí es bueno — añadía teniéndola estrechamente abrazada, besándole los párpados. ¡El amor!... Pasaban horas enteras abstraídos en una misma caricia que á veces desmayaba en laxitud infinita, ó se interrumpía de pronto ante alguna agresión concreta. Que ella se inculpara más tarde, que ella se admirara del terreno recorrido á tientas, con los ojos cerrados, guiada por unos brazos desconocidos; acaso no era el amor de sus heroínas, el amor de Miss Dora, de Amanda la de Oscar, de María la de Efraím, de las heroínas de *Corazón de Oro*, de las apasionadas inglesas de Carlota Braemé.

Por otra parte, si como decía el padre Benítez, el diablo estaba en aquellas cosas, qué mal había cuando no lo veía pasar.

Pero aquellos días serenos se interrumpieron. Una noche, ya en mitad de la visita, jugando con unas rosas, so pretexto de celillos por su amiga Isolina que antes poníanle á él ufano, Bebé declaró que se fastidiaba, que ya era imposible aquella majadería!...

—¡Cada rato es esto! ¡Pues bueno, sí, tú lo has querido!...

Antes de terminar la frase, ella había destrozado la flor con que jugaba, muy encorvada; sin decir una palabra, púsose á ver el cielo claro de

luna por donde pasaban tropeles de nubes. Sintió dolor de cabeza. Fué á recogerse... Bebé, luego de charlar cosas indiferentes con el matrimonio por cuyas ternezas desfilaba todo el reino animal: "ratoncito mío... mi pichoncito", se despidió.

Varias noches estuvo de visita casa de las Montesillo. Isolina, con dos moñas enormes, acompañada al piano por Ana Luisa, mientras Bebé bajo el retrato de Rodríguez Pérez se adormecía en deleites musicales, persistía con ese falsete *moderato* tan proverbial de las educandas de Tarbes:

Connais-tu le pays
où fleurit l'oranger...

ó atacaba piezas fuertes á cuatro manos.

Algunas veces, la hermanita menor, destornillando el taburete, encaramábase hacia el cuaderno de "Bombonières des Pianistes" para moler la *Mandolinata* ó acompañarse con una monotonía atroz "Himne de l'enfant à son reveil".

Bebé hallaba encantadoras aquellas veladas; sobaba los cojines, sonreía á la señora, departía afablemente con don Cruz y hasta se atrevía á volver las hojas de las partituras. Le deleitaba hallarse en aquella sala de elegancia burguesa, entre gentes bien presentadas que olían á comodidad.

Pepito adoptó un aire reservado en la oficina. Transcurriera una semana y ya había advertido cierto enfriamiento en sus relaciones; por último, una vez preguntara Bebé al oficial mayor:

—¿Esos oficios que desde ayer debían firmarse, y el telegrama circular de los distritos?

—Es que como el director no vino ayer tarde...

—Dígale usted que digo yo que es necesario más atención á las cosas.—Y volvió la espalda amostazado.

Cuando Pepito entró, buen cuidado tuvo su subalterno de repetirle el recado con una como lástima deprimente.

Fué á dar excusas: Carmen estaba indispuesta, y él, creyendo que no había que hacer...

Bebé no contestó. Luego le mandó á extender una nota para el jefe civil, ordenándole pasar á la cárcel pública "todos aquellos sujetos sin profesión... los vagos". ¿Usted entiende?

—Sí, señor.

—Así mismo dígalo: "con mano de hierro" y tal y tal. ¡Ah! otra cosa, ¡nada de literatura!

El que por aquellos días hacía de secretario general—una pobre rata de oficina—celebró el chiste.

Pepito llevaba rojas ambas orejas.

Se sintió por primera vez—después de su encumbramiento, paseado en coche con Bebé, confidente, íntimo, por sobre el pica-pleitos que pasaba recibos quincenales como secretario priva-

do; por sobre el director de la Sección política, siempre manchando los cuellos con parches de ungüento mercurial—como caído. Era un malestar semi-melancólico, semi-rencoroso, que humillaba cualquier chanza tomada en días de éxito como prueba de confianza, que se exacerbaba ante las sonrisas de los émulos en privanza; porque el politicastro venezolano, ascendiendo sin vergüenza, descendiendo sin decoro, es asiduo y discrecional como odalisca favorita ó lastimoso é indigno como ramera repudiada.

Estuvo trabajando hasta después de las cinco. De su puño y letra extendió el nombramiento de alcaide de cárcel para un pariente de Bebé. Comprendió entonces la "circular sobre vagos" y la "mano de hierro"... Puso erario con *h* y terminó ordenando que el ciudadano jefe civil *devía* apersonarse del asunto. Bebé firmó y se marchó á dar su paseo habitual.

Cuando Pepito, con los periódicos bajo el brazo, por una coincidencia amargante, tuvo que ir de pie en la plataforma del tranvía, se dijo desolado:

—¡Maldita sea la política!

Y llegó echando pestes. La sopa estaba fría; ¿por qué no le compraban el pan de trigo á Marregot? El no comia caucho. Y estrujó dos bollos.

Carmen Teresa, muy pálida, muy quebrantada, estaba recogida. ¡La pobre cómo iba á estar en la cocina!

—Y tú, ¿tú qué haces?—le preguntó á su cuñada.

Josefina bajó la cabeza.

En ese instante entró la sirviente con otro plato de sopa.

—Llévese eso; yo no quiero esa porquería.

Después murmuró colérico:

—Boten á esa mujer. Ustedes que cogen siempre unas sirvientas tan hediondas.

Josefina se indignó.

—No seas grosero, Pepe.

Él alzó entonces su viejo vozarrón de las discusiones con su mamá:

—¡No faltaba más! ¡Mire que venir ésta á faltarme al respeto!

—El que me falta al respeto eres tú.

—¡Niña, por Dios!—gritó Carmen Teresa, saliendo á medio abrigarse.

—Yo no consiento que me traten sin consideración.

—Entonces se mide en lo que dice... Yo tampoco voy á soportarle á usted malacrianzas... que se las soporte su mujer...

—¡Acuérdese que está usted en mi casa!—bramó.

—¡En su casa!—Y Josefina lanzó una carcajada humillante como un latigazo.

Pepito, en pie, con la servilleta de corbata, se desató en improperios. ¡Era el colmo del atrevimiento... que una arrimada se atreviera!

—El arrimado es usted, canalla—gritó la muchacha fuera de sí—. Usted, que lo que tiene es por mí, porque si no fuera por mí estaría comiendo fríjoles con misia Efigenia... por mí... por mí...

Se golpeaba el pecho á dos manos. No oía á su hermana, no veía nada... Los dicterios le estallaban á flor de labios con la pasmosa facilidad de las mujeres.

—¡Ave María Purísima!—exclamaba la cocinera, asombrada.

Y el escándalo crecía, las pullas se alternaban... Cada sátira de Josefina exasperaba más y más á Pepito, que se sentía heroico entre las mujeres y cuyas voces desaforadas se oían en el vecindario.

—... Por ella... ¡Cuando yo más bien soy el perjudicado en esos consentimientos!

—Pepe, por la Virgen Santísima, ¡miren que están dando un escándalo!

Y la pobre Carmen iba del uno al otro lado tratando de calmarlos.

—... Por ella... Eso, eso no es sino despecho, y me alegro que se salve de esa fiera.

La alusión colmó la medida.

—Ruégale á Dios—decía ella con la voz que le temblaba en cóleras—, ruégale á Dios que eso no suceda, ¡por que tú y tu mujer se mueren de hambre! ¡Tú eres un desgraciado, un bicho!... Das asco... Yo no sé cómo te aceptaron en casa...

—Niña, ¡por Dios santo!

—Pues dile que se calle ó me voy para el vecindario... para gritarle lo que es... un atrevido, un cobarde, un sinvergüenza.

Los ojos negrísimos, preñados de lágrimas, le relampagueaban, la voz se le anudaba en la garganta.

Pepito, cada vez más furioso, la arrojó de la casa.

—Vete de aquí, vete, que no vuelvas á pasar por esta puerta.

—Sí, sí, me voy; pero te va á pesar.

Y corrió como una loca á ponerse el sombrero; hizo un bojote de ropas, metió en el pañuelo la polvera y el peine. Lloraba y vociferaba insultos.

Carmen, angustiada, mortificadísima, trataba de detenerla:

—No seas loca, niña; ¿cómo te vas así? No, no, yo no lo permito.

Y luego corría para donde Pepe, á hacerle reflexiones... Entonces Josefina se devolvía del portón para lanzar alusiones mordaces:

—Veremos quién pierde; ¡ésta te va á pesar!

Cuando la detenía su hermana era que se desesperaba por irse. Tras mucho batallar, rogar y suplicar, quedóse; pero era por ser de noche, que si no... Le escribiría un papel á su mamá para que viniera á buscarla. Todo había terminado. ¡No se trataría más con ese... hombre! Ella sabía guardar las cosas. Ya vería. Y que no viniera después con satisfacciones...

Hasta muy tarde estuvo despierta, con jaqueca, oyendo en el otro cuarto á Pepito y Carmen, que discutían. A él le daba pena aquello al cabo; pero si conocía su carácter. Su mujer se quejaba débilmente, mucho rato, después de haber apagado la luz...

Las últimas lágrimas corrían hasta las almohadas. Ella era muy desgraciada... No tenía á nadie en el mundo, todos la desdeñaban. A causa de *él* también éste que antes la acataba llenándola de consideraciones... Y ahora, ahora las faltas, las humillaciones. Punzábala el recuerdo de Isolina Montesillo con dos enormes moñas, también esa necia de narices arremangadas. Una pobre ambulante... *arrimada.* Verdaderamente que así era: una arrimada... Sin quien sacara la cara por ella.

—Hasta él me abandona—suspiró anegada en llanto.

Por las rendijas de la ventana entraba en rayitos la luz del corredor, que Pepito mantenía á causa de los ladrones. Y entraba como ideas pequeñas y luminosas á la oscuridad poblada de cosas hostiles.

Una congoja, mitad sueño y mitad tristeza, presentábale la vida áspera, dolorosa, erizada de deberes y de dificultades... El tinajero dejaba oir sus notas claras, intermitentes; un silencio vasto se sucedía, los árboles susurraban y de tiempo en tiempo un grillo evocaba los insomnios del tifus. La tristeza infinita del abandono, exacerbada por

aquella imaginación novelesca, se le presentaba en toda su desolación como si marchara muy sola por un camino muy largo...

Y en un delirio repentino se abrazó á la almohada como á un cuello invisible.

Contra su costumbre, al día siguiente, ya muy alto el sol, salió de su cuarto. Pepe se desayunó temprano y salió. Debía estar temprano en la oficina.

Durante varios días no se hablaron; el domingo halláronse en el corredor. Ella iba á darle la espalda. Pepe la agarró por un brazo y con acento zalamero le cogió la barbilla.

—No estés brava, prenda.

Y Carmen, bromeando, los reconcilió. Tomaron cocktail juntos. Josefina lloró de *sentimiento*. Pepito la convidó á pasear en coche.

Uno de esos ramos de flores, que no existen en ninguna flora y que son tan corrientes en los *patrones* de los figurines, ornaba la papelera de pana roja, donde, bordadas en oro, las iniciales de Bebé se enlazaban casi eróticas. Bella había consumido muchos días en aquel delicado trabajo, que una vez terminado admiraron en el vecindario. El padre Benítez hubiera querido un bordado más alegórico: la balanza de la ley, el caduceo de Mercurio; pero era más complicado, podría luego tener semejanzas grotescas; aquello estaba así, qué sé yo, más íntimo, más afectuoso.

Y el día de San Manuel, en amplia bandeja,

Bebé recibió una dulcera llena de *islas flotantes*, y á la papelera, cuidadosamente prendida, una tarjeta escrita con letra de Josefina:

Justina G. de Belzares é hijas,
al amigo ingrato.

Bebé le propinó dos fuertes á la portadora y envió un recuerdo muy afectuoso, agradeciendo la *cuelga*.

Pasaron varios días y él no volvió.

Por algunas amiguitas que se interesaban en eso, ó bien por las sirvientes con quienes las niñas tenían relaciones cordiales, supieron que Bebé no dejaba transcurrir cuatro días sin visitar á las Montesillo.

Josefina prorrumpía sarcásticamente:

—¡Como ellas son ricas!

Misia Justina observaba prudentemente:

—¡No es eso, niña, es que hay gentes muy indignas!

Celebrábase en esos días el Jubileo.

Misia Ana Josefa, celadora de la Adoración Perpetua, tenía su *hora* de once á doce concurridísima. Asistían sus hijas, Inesita y Carlota Guedes, una de las Melindres con la sobrina, Emeteria, aquella piadosísima muchacha que había sabido conservarse á pesar de las desgracias

de sus hermanas. También iban Josefina ó Carmen Teresa, pero desde que se habían disgustado cambiaron de celaduría. Por último no fueron más. Eso desagradaba á misia Ana Josefa, que en cuestiones de dogma no transigía. Por eso adoraba á Pío X. Aquello era herético, por decir lo menos... No estando legítimamente impedidas, la hora debía hacerse en la capilla.

—¡Vanidades mundanas!—suspiraba con severidad.

Con gran asombro vió llegar ese día á misia Justina y á Finita. Sonrióles levemente. La muchacha se arrodilló tras de Isolina, que en aquel momento abstraíase en oración... Más allá, entre las demás mujeres, rezaba Ana Luisa.

Las dos señoras cambiaron una mirada amistosa. Misia Ana Luisa comenzaba su avemaría con voz serena, como inspirada de la fe que en aquellos mismos lienzos de la capilla tendía sus mantos ante la borrica de Nuestro Señor ó extasiaba á los doce comensales de la última Cena.

—*"Dios te salve, María, llena eres de gracia."*

A través de los vitrales donde los apóstoles recortan sus símbolos, penetraba una luz moribunda, como de día de invierno... La llama de los cirios manteníase inmóvil; la lámpara de plata ponía á su alrededor una mancha sanguinolenta é inquieta.

—*"Santa María, Madre de Dios, ruega, Señora..."*

El rumor se prolongaba hasta afuera, corriendo á lo largo de las naves; apenas se interrumpía por el ruido de algún reclinatorio ó el leve golpe de tos, que es como una epidemia bronquial en las iglesias y en la cámara del Senado.

Al salir, después de tomar el agua, reunidas todas en la cancela, las dos familias se entrevistaron:

—¿Cómo estás, Justina?

Y la celadora le echó el brazo:

—Al fin, Dios te llama, hija — agregó sonriendo.

Ella, tomando por testigo á su hija, se excusaba: —Los mil inconvenientes: primero, el matrimonio de Carmen Teresa, las diligencias; después, los *trousoses*...

Las dos Montesillo cambiaron una sonrisa.

—...y luego, pregúntale á Finita, Carmen Teresa siempre delicada. Esta que se la pasa con ella en Camoruco...

Haciéndose la ignorante, con superioridad de niña bien educada, Isolina le preguntaba:

—¡Ah! ¿viven ahora allá?

Josefina sentíase humillada. Una cólera sorda la devoraba por dentro. ¡Aquella ridícula dándose importancia! Pero su madre contestó afablemente:

—Sí, Pepe está temperando.

—¡Ay, niña—exclamó Ana Luisa—, Camoruco tan triste!

—¿No te fastidias allá?—agregó Isolina con tono compasivo.

—No, yo no me fastidio en ninguna parte.

Luego, como un desafío, comenzaron á charlar cosas indiferentes que envolvían ironías sangrientas ó respuestas mordaces.

Las señoras se reconciliaron. Hubo disculpas de ambas partes. Verdaderamente, ellas se estimaban, y queriéndose tanto las muchachas, ¿por diferencia de caracteres iba á entibiarse una amistad tan antigua?

—No faltaba más—dijo misia Ana Josefa volviendo á abrazarla—. ¡Ya sabes, anda por allá con Josefina, déjate de cosas...!

Josefina reclamaba visitas:

—Nosotras fuimos las últimas que estuvimos...

—Nada de eso—interrumpió Ana Luisa—; ya vienes con esas.

Y riendo, abrazadas, se besaron. Isolina también se despidió de igual manera, pero con tono frío, casi desafiante, le dijo:

—Ya sabes, no dejes de ir por casa. Allá nos lo pasamos animadísimas.

Todavía se entretuvieron. ¡Estaba tan mortificada misia Ana Josefa con la enfermedad del padre Benítez! ¡Tan pálido, el pobre! Y teniendo que decir misa de ocho, con esa debilidad... ¡Es de lo más humilde; cuesta hacerle lavar la ropa!

Recomendó por última vez:

—Bueno, Justina, ¡cuidado si no dejas ir las muchachas!

Josefina, seguida de su mamá, se alejó, muy guapa bajo su mantilla, con ese andar bizarro de las mujeres que se sienten más bellas que las demás.

Y como las hijas de misia Ana Josefa la interrogaran por aquella afabilidad con quienes tan mal se habían portado, que en la gravedad de don Cruz no mandaron ni un recadito, que habían roto con ellas así, de sopetón, que eran unas cursis, que ellas las agasajaban por no hacerla quedar mal, la señora exclamó suspirando:

—Sí... ¡Debilidades humanas! pero son muy buenas las pobres. Vamos á preguntar en la Parroquial cómo sigue el padre Benítez.

VII

Un grito agudo, persistente, la despertó de súbito.

—¡El tres mil... ciento... sesenta... y cuaaatro...!

Casi junto á la ventana, por cuyo postigo abierto entraba el sol de la calle, aquel chillido, sobresaltándola, la hizo abrir los ojos trasnochados, que sin querer recibir la luz mañanera volvían á entornarse con la misma pereza que le inmovilizaba todo el cuerpo en el huequillo tibio de los colchones, bien arrebujada entre las sábanas.

El reflejo movible que en la pared ponía el espejo, el rayo nebuloso por donde ascendían hacia el postigo abierto en una faja iluminada moléculas de polvo doradas, grises, de color naranja; la idea friolenta del agua de la jofaina, la pereza de los pequeños menesteres de la mañana, teníanla allí, todavía á las nueve, sumida en grato estupor que incita á provocar los últimos sueños de la madrugada ó á contemplar fijamente detalles de la habitación: un pliegue de vestido, cier-

ta disposición de tal objeto. De aquella somnolencia hubo de sacarla el trueno de las carretas que van á la estación Inglesa y que pasan por el empedrado crepitando bajo las cargas, con el ruido ensordecedor de un convoy de artillería.

Entonces pensó levantarse.

El tocador en desorden, con sus polveras abiertas y la jabonera llena de agua, la silla donde sobre el traje de la víspera se abría el corsé, la palidez de unas flores que en la loza del aguamanil mustiara el aire enrarecido de la habitación, toda la atmósfera de los recuerdos del día anterior reteníanla otra vez en la cama. Con los ojos muy abiertos, revivía cuanto había pasado, en el agradable convencimiento de haber sido un sueño la persecución del toro furioso, y las grandes caídas desde muy alto que oprimen el corazón aun después de haber despertado. En verdad, casi era un sueño, pero un sueño tan grato... ¿Cómo había sido?... ¿Iría esa noche, iría de nuevo, persistiría en aquella nueva cadena que con su sonrisa y con sus palabras de mártir había tendido alrededor del cuello, antes de apoyarse apasionada en su hombro durante el baile, antes de tomar aquel aire de reina ofendida? Las mil pequeñas humillaciones, el desvío de largos días, los desdenes manifiestos hacia lo que con ella se relacionara, todo eso había sido olvidado por la dicha de un instante, por un triunfo fugaz.

¿Fugaz? No podía ser; él, á pesar de lo que dijeran, á pesar de lo que ella misma suponía, la amaba; ¿no se lo había dicho con la mirada? ¿no se lo había repetido con voz emocionada al dudar de sus atenciones inesperadas? Sí, indudablemente. Sentía un gran orgullo de saberlo subyugado á su sola presencia... Recordaba perfectamente los detalles. En ese momento Goenaga ofrecíale el brazo. Acaso fuera simpatía, tal vez notara, con su especial perspicacia de cortesano parroquial, la probabilidad de una reconciliación... Hasta no lo halló feo. Su gratitud de mujer veía en él un caballlero excesivamente amable, donde el ojo certero del hombre hubiera visto un rufián disfrazado. Y con qué gracia les sonreía al tropezar á Bebé á la vuelta del corredor:

—¿Ustedes... no se conocen?

Bebé, inmutado, no respondió á tiempo. Y como presentándolos por vez primera, añadió con acento cómico:

—Josefina, la mejor amiga y la más adorable de las mujeres...

Se celebró jovialmente la chanza. Bebé deseaba bailar aquel vals; pero ella lo tenía comprometido... ¡Comprometido! ¡Pero eso era terrible!

—A ver, á ver, muéstreme su carnet.

Con su mohín habitual, desprendiéndolo del corpiño, mostró la tarjeta. Su meñique corvo y coquetón recorría la lista... ¿El tercero?... no; ¿el cuarto?... tampoco, era de ese joven Iztueta; y el

quinto, que es una polka, desde que se lo prometiera, por nada dejaría de bailarla con Gerundio García!

—Entonces...—exclamó desconsolado Bebé.

Josefina, muy turbada, jugaba con su abanico y contestaba las bromas que las demás le daban al pasar.

Bebé continuaba deplorando su mala estrella. Goenaga hacía observaciones amables:

—Pero, bueno, embrollen á uno.

Josefina protestó sonriendo. El simpático Goenaga insistía:

—Sí, hombre, ¿qué tiene? ¿Cómo no van ustedes dos á bailar juntos?... No, no. Yo me opongo formalmente.

Y mientras aducía graciosas razones, tratando de vencer los escrúpulos de Josefina, é incitando á Bebé, éste la encontraba realmente adorable con su traje encarnado. Retorcido en un haz, los cabellos tan negros y hermosos como los ojos, formaban dos bandós virginales sobre las sienes; del escote surgía un cuello maravillosamente torneado, flexible, cuello ágil y robusto de mujer meridional, cuyas líneas musculares, al mover la cabeza, se dibujaban en ondas á lo largo del pecho, alto, lleno, prensando á reventar el surah rojo. Un ramo de "amor ardiente", marchito por el calor, palpitaba al compás de la respiración sobre la piel morena del seno.

Él se sintió invadido por un enternecimiento

voluptuoso. La halló encantadora. Cada detalle lo entusiasmaba: ¡qué ojos! ¡qué labios! ¡qué hombros!

Ligeramente inclinada hacia el carnet que Goenaga le había quitado, su cuerpo, envuelto en el traje rojo á la luz verdosa de los globillos, surgía en líneas deliciosas, en pliegues ondulantes que bajaban como culebras oscuras por la falda.

Todavía protestaba:

—¡No, por Dios! ¡Me daría tanta pena!... Crea que lo siento muchísimo. Si hubiera sabido...

—Si hubiera sabido ¿qué?

—En mi programa siempre hay un sitio para usted, pero yo no adivino.

Y lo envolvió en una mirada húmeda de reproche y de abandono.

Los dos hombres insistían. ¡Qué tontería! ¿Quién iba á reclamar *piezas?*

—Y mucho menos al doctor—observó Goenaga.

—¡Es que eso es tan feo, tan qué sé yo! Me da mucha pena hacerlo.

Pero en aquel instante Isolina, de brazo con Pérez Iztueta, salía del salón hacia el comedor.

Al pasar, entre el saludo y las frases cariñosas, las dos mujeres se midieron con la vista. Isolina, dirigiendo la palabra á su compañero, rió con él de algo que se referían. Entonces Josefina, golpeando ligeramente con el abanico á Bebé, le dijo de pronto:

—Bueno, sí. Bailaremos el quinto.

—¡Bravo!—exclamó Goenaga—. ¡Ese es el de Gerundio García!

—Ese era.

Y Bebé, de seguida, la tomó del brazo.

Después... Parecía estar viendo las miradas de todos puestas en ella, los ojos despreciativos de misia Ana Josefa, los ojillos grises de las dos Montesillos, las pupilas amarillentas de Isolina, que fulguraban como las de los gatos en Agosto, las miradas todas de la envidia ajena, desde la fijeza tenaz preñada de ofensas hasta la ojeada despreciativa; y todas crueles, insultantes.

Ahora, recordando esos instantes, tornaba á sentirse orgullosa como cuando cruzara del brazo de él por ante aquella gente.

¿Vendría? Lo había prometido formalmente. Parecía estar oyendo sus excusas por la ausencia de tantos días:... "á mí me duele eso más que á ti misma, pero era necesario, era necesario"... ¿Necesario? Ella no comprendía tal necesidad. ¿Necesario aquel desdén? ¿Necesaria aquella frialdad? ¿Necesarios los amores con Isolina?

—No, eso no, te han engañado—protestaba—. Absolutamente; yo no he tenido nada con esa niña.

Insistía ella por el placer femenino de que tornaran á negárselo. ¡Estaba casi convencida... pero como á ella se lo dieran á entender!... Qué ridículas, pensó; pero dijo con aire tristísimo:

—Así son los hombres, engañan á una y después lo niegan.

—Pero si yo te aseguro...

—¡Nada, ni que lo jures! Tú haces eso porque estás seguro de que yo te lo perdono, de que como te quiero tanto...

—¿Qué?

—Soy incapaz de hacerte lo mismo... Por eso... por eso...—y las lágrimas le acudieron á los ojos.

Se habían retirado al ángulo de un sofá, y con la actitud indiferente del que se halla en público, decíanse á media voz cosas apasionadas... Como una música resonaron aquellas palabras de perdón en el oído de Josefina; y revivía el encanto del antiguo vals de Waldteufel, que evocaba otros tiempos en la cadencia de su coda y en las graves notas con que la primera parte gemía dolores confusos ó estallaba en el sollozo ahogado de los violines... el balconcete... la calle obscura... los árboles altos, negros, inmóviles.

Una polka vulgarísima, de esas que entre las selecciones de algunos bailes estallan como una interjección canallesca, sacólos de allí y se marcharon al salón para bailar.

Después sus recuerdos eran muy vagos; las espaldas desnudas que giran en el agua azulenta de los espejos, un rumor de palabras furtivas, tal peinado que se descompone y el aire loco, ó gentil, ó grotesco que forma un torbellino de faldas y de fracs. Por un extremo de la sala pasó Isolina

bailando con Gerundio García... Ridícula... ¿cómo iba vestida? De amarillo, ¡pero qué color! ¡qué mal gusto! Una criatura tan amarillenta. Si parecía un jojoto tierno con su pelusa, pues los cabellos no eran otra cosa... Y luego aquellas moñas verdes, y el peinado tan raro... ¡Estaba atroz!... Todavía sonreía al recordarla. Puso una cara cuando la vió bailando con Bebé, ¡qué necia! Trató de hablarle á Gerundio, de reir con él, de llevarlo danzando en derredor... se comprendía... no dejaba de ver para allá. Pero Gerundio, bailando desaforado, como cumpliendo una misión devastadora, se abalanzaba apartando todo á su paso, tropezando los muebles, pisando á las infelices que devoraban pavo en los rincones, jadeante, sudado, el cuello vuelto un rodete, la cabeza metida entre los hombros y éstos inclinados parando las faldas agudas de la casaca como las antenas de esos insectos que muerden con el trasero; con los ojos extraviados, parecía acometido de un frenesí epiléptico.

Ella, recordaba, uno á uno, los detalles de su triunfo, el goce intranquilo de los pequeños éxitos. Y de pronto, saltó del lecho, alisóse con ademán ligero los alborotados cabellos todavía ahorquillados con algunas flores estrujadas en el peinado, y en camisa, descalza, fué luego á hundir la cara en la jofaina. El agua fría reanimó sus nervios, excitó los tejidos del cutis y le puso dos rosas encendidas en las mejillas. Luego, mientras

deslizaba la media á lo largo de la pierna desnuda, que al alzarse evocaba coreografías del género chico, rompió á cantar alegremente:

Alza y dale,
yo tengo un morrongo,
de pelo muy fino...

Mucho rato, en tanto se vestía, repitió aquellas coplas. Voces frescas se oían desde la calle. Abrió una hoja de la ventana. La calle larga, empedrada á trechos, á trechos llena de lodo, se animaba al paso de dos chicuelas que iban con sus cestas para la escuela. Detrás marchaba una sirviente con su canasta de compras. Algunos pasos más lejos, el cura del Asilo de Huérfanos se alejaba tosiendo entre su pañuelo. El sol á torrentes inundaba la ciudad; un sol de verano, cálido, voluptuoso, que doraba los techos, deslumbraba en el cemento de las aceras y casi cegaba á la perspectiva del día. En un cielo de añil, luminoso y limpio, varios zamuros con las alas inmóviles descendían hacia el Sur.

Josefina tarareaba de nuevo al cerrar la ventana:

¡Ay morrongo!
¡Ay morrongo!
¡Ay qué pelo que tiene el minino!

El padre Benítez continuaba mal. El sábado en la tarde su estado comenzó á inquietar á Emeterita, que le asistía, pues la pariente que le acompañaba, á decir de las piadosas mujeres, no sabía hacer ni un atol.

—¡Y tan solo, el pobre!—clamaba á cada instante misia Ana Josefa.

El caso era que el santo varón podía reventar de un momento á otro: una hidropesía espantosa henchía su abdomen. Cuando, acompañada de Isolina, la señora de Montesillos fué á verle, quedó impresionada:

—¡Santo Dios!—relataba—, aquello es espantoso; ¡qué quebranto!, ¡qué ojeras!, ¡qué estómago!

Un tinte amoratado invadía su rostro; las pupilas angustiosas nadaban en una córnea amarillenta; el abdomen se hinchaba violentamente bajo la bata blanca.

Cuando lo arrastraron hasta el corredorcito colgado de enredaderas, al trasluz, las piernas cristalinas sostenían su hinchazón como dos estacas miserables. Las devotas, unas á otras, se manifestaron con la mirada el temor que les causaba el estado del enfermo.

—¡Ay, hija, se nos muere!

—¡Dios mío, mi confesor!

—¡Un santo, hijas, un santo!

Podía ser. De todos modos, era un santo gordo.

Reunidas en el corredor, dos noches después, las Belzares, las Montesillos, Emeterita, ambas Melindre y Verdú, comentaban la gravedad á media voz. El enfermo dormía. El doctor Vizcarrondo recomendó que le dejaran así y que le propinaran otras píldoras.

—¡Los médicos! Ya ven... que lo dejen... que le den más píldoras...

Emeterita, solterona, no creía en los médicos. Y basaba sus razonamientos muy bien: á ser ella, le hubiera dado los tres aceites y rezado la novena de Santa Eduvigis.

—¡Ay, Juana Paula, niña—prorrumpió misia Ana Josefa—: el agua de Lourdes!

—¡De veras!—exclamaron todas.

—Yo tengo... yo tengo en casa. Me trajo un litro el padre Arocha cuando estuvo allá. Lo cogió en el mismo pozo donde se bañaba un tío político de Bernardita.

Verdú, escéptico, ateo, "enemigo personal de Nuestro Señor Jesucristo", terció de pronto en la conversación, escandalizando á las piadosas mujeres. Dijo que se ultrajaba á la Ciencia. Habló de Razetti; precisamente en esos días había leído un *Lunes Científico*...

Las mujeres le vieron con horror. El se cortó: quiso borrar un poco la impresión.

—No, había verdades reveladas, hechos; el doctor Requena exageraba. En el fondo podía tener razón Fides.

—¡Ese sí es un escritor!—asentó misia Ana Josefa—. No como esos que por hacerse nombrar escriben contra los curas, contra la religión.

—De veras—suspiró una que usaba el hábito del Carmen—; almas descarriadas...

Pero Emeterita, que era una beata chocante, dijo con sarcasmo:

—Y lo peor es que después de sus ridiculeces, cuando se están muriendo piden á gritos un padre.

Rieron. Verdú se indignó. Trajo ejemplos: ¿y Renán? ¿y Voltaire? ¿y don Tomás Michelena?

—Todos, todos han pedido á gritos un cura.

—Pues yo, no. ¡Que rodeen mi lecho mortuorio, que se me impetre, que se me urja, que me ruegue la familia de rodillas: nada! ¡Seré inflexible en las creencias de mi grandiosa filosofía!

Misia Justina, por deferencia, le interrumpió, queriendo librarlo del *vade retro* general:

—No, Verdú. No diga eso. Usted es un hombre de bien. Puede ser mañana un buen padre de familia. No, no. Esas son cosas que dicen los hombres, que yo estoy cierta que no las sienten.

—Lo que es los de casa...—apuntó misia Ana Josefa.

Verdú se indignaba con el tono compasivo, piadoso, con que le querían derrotar. Y de seguida manifestó ideas horribles: él nunca se confesaba, escribía Dios con minúscula. No creía, no creía. Cada cual con sus ideas. El juzgaba

proceder bien. Respetaba las creencias ajenas, para que se respetaran las de él. Entre un frenesí de palabras sucumbió, asediado por razonamientos: ¿Qué sabios tenían los masones? ¿Renán? Ahí estaba Don Bosco. ¿Voltaire? No podía parangonarse con Pío IX... Las Melindre le llamaron protestante. Sucumbió diciendo mordacidades: la San Barthelemy, Torquemada, *e pur si muove*. Embuste todo, decíanle, invenciones de los judíos...

Por otra parte, las muchachas se fastidiaban. Formaron reunión aparte.

—Ay, chica; Verdú está insoportable.

—¡Pero si se ponen á hacerle caso!

—Si estuviera aquí Bella, no diría esas necedades.

—De veras.

—¡Se quedó cuidando la casa, la pobre!

Una Montesillo exclamó:

—Tan buena esa hermana de ustedes; ojalá tuviera yo una así... ¡Esta—y designó á Isolina—que no me deja un alfiler!

—Oye, Isolina, muy lindo tu traje amarillo.

—¿Cuál de ellos, niña?—é hizo un gesto de ropero surtido.

—El que tenías en el baile del club. Te quedaba muy bien.

—¿Sí? Por eso me mirabas tanto. Tú también estabas muy buena moza.

—¿Eso... es en pago?

—No, es que te lucía mucho el color encarnado. ¡Dicen que lo encarnado trae fortuna!

—Pues á mí...

—¿Y eres capaz de negarlo?

Pero cuando las rivales se preparaban á combatir, el santo varón dió un pugido. La viejecita Juana Paula corrió hacia el cuarto. A poco salió angustiada:

—¡Se muere! ¡Se muere!

Un torbellino de mujeres invadió la habitación. El santo varón sobre un catre de copetes hacía pucheros.

—¡Un viento encajado!—clamó Emeterita.

Era la agonía. La agonía angustiosa de los hidrópicos, estertorosa, desesperada. Se encendió la vela del alma. Emeterita se oponía:

—Les digo que no, que es un viento encajado—y ahuecando las almohadas, comenzó á sobarle las espaldas.

Tras de la enorme panza, con esfuerzos de asfixiado, los ojos extraviados, muy abiertos, el borde de los labios amoratado, más oscuro aún bajo las cerdas de la barba crecida durante la enfermedad, boqueaba y se agarraba á las sábanas descubriendo una pierna transparente y velluda.

Todos le rodeaban. Misia Justina trataba de hacerle sujetar la vela. Unas pedían paregórigo, otras improvisaban ventosas con un vaso y un algodón encendido... El santo varón, escondiendo

las pupilas dilatadísimas en el agua amarillenta de la córnea, abrió más la boca...

Emeterita exclamó:

—Es un eructo... ¿ya ven? ¡Viento encajado, viento encajado!

Y cuando cayó sobre las almohadas rendido por el esfuerzo, las mechas grises pegadas á las sienes, agregó:

—¡Ya lo echó!

Pero el santo varón estaba muerto.

A poco, paró un coche en la puerta. Eran Bebé y su secretario general, vejete de aire subalterno, que se presentaba siempre en segundo término como acostumbrado á facilitar relieves. Le rodearon. Verdú hizo una frase que tuvo mediano éxito.

Un instante quedaron Bebé y Josefina solos, pues la familia Montesillo se despidió y las demás daban vueltas por toda la casa, lloriqueando y sonándose con el ruedo del fustán.

—Esta noche, prenda...

—No, no.

—¿Cómo que no?

—Es que vendremos á la Matriz, al velorio.

—No importa; mejor. Te quedas allá...

—Pero es que...

—Nada, mentira.

—Oye, oye...

Él la estrujó casi con rabia un brazo, haciéndola quejarse.

—Pero, oye, negro...

—¡Ni una palabra...! ¡No te quedes dormida, sabes!

Y sin oir otra negativa muy débil, salió. En el corredor, despidiéndose, dirigió piropos á las muchachas:

—Muy bueno era, muy bueno; pero no llorar mucho, ¿no? Se afean los ojos.

Josefina sufrió cierto despecho. ¡Tunante éste! Y tuvo tristeza, y luego una alegría loca de persona que se resuelve. Sólo que duró poco aquel relámpago entre la luz amarillenta de los cirios. La casa de Monasterios se había encargado de poner imponente el hidrópico difunto. Con su sotana negra, la sobrepelliz muy blanca, las manos regordetas sosteniendo el cáliz, listo para ser expuesto en la iglesia mayor á las rogativas de sus feligreses, pero cada vez más hinchado por la vida triunfadora y múltiple que comenzaba activamente su eterna reconstrucción de formas, el difunto presbítero perdía toda la solemne gravedad de la muerte. Algunas mujeres rezaban de rodillas, asesorando la monótona oración de dos curas. En la pared, sobre el semblante abotagado y lívido, un Cristo imitación marfil violentaba sobre la cruz la anatomía de su tórax. Por toda la casa se difundía un áspero olor á tomillo y á licor de labarraque.

VIII

Pepito Salcedo Gutiérrez era al fin de los escogidos. Hay cierta reserva de hombres que suenan unos días al amparo de políticos locales, á quienes algún nexo los une: un parentesco lejano, un matrimonio probable, el regalo de un gallo. Pepito Salcedo Gutiérrez, miembro de club, primer cacao en todo, paseó muchos días sus rolandos de charol y sus medias caladas en coches pagados por el situado constitucional. Y le rodeó lo clásica media docena. Aquel mozo, aventado desde los días blancos de su miseria, revivió el apellido paterno, que ya estaba archivado. Entonces Goenaga recordó la amistad íntima que le uniera con el viejo Salcedo, de quien Pepito heredara la "viveza", porque, á juicio de sus contemporáneos, al viejo Salcedo lo único que le faltaba era volar.

Pepito fué tuteado por afecto. Bebé le estimaba cada vez más. ¡Qué mozo tan bien inspirado!—exclamaba en la jerga oficial—. ¡Ah! ¡si

muchas madres de familia lo hubieran sabido!... A ciencia cierta no estarían echando grandezas por ahí esas ridículas Belzares, que *estrenan* todos los domingos...

Muy indirectamente, al rumorarse el matrimonio de Bebé, el señor vicario manifestó deseos de ser él quien bendijera aquella unión. Por indicaciones de misia Justina, el plazo matrimonial quedaba á voluntad del doctor. En fin, que no se fijaba fecha: podía ser hoy, podía ser mañana...

Edificaba aquella sala de los Belzares. A la señora se le humedecían los ojos al pensar en las satisfacciones de que se privaba el difunto Belzares. ¡Ver otra vez la abundancia y la comodidad en su casa, como cuando él era administrador de Rentas! Hasta se sentía inclinada á perdonar á Crespo, y se acusó de la alegría que tuvo por el balazo de *La Carmelera*. ¡Apasionamientos humanos! ¡Dios le haya perdonado lo que hizo sufrir á Belzares!

—¡Ay, hijas!—exclamaba consternada—. Seis años sin puesto, y todo por haberse negado á venderle un derecho que teníamos en "Los Congrios". ¡Pero Dios es muy grande!: ¡sin marido, sin riquezas, sin ningún apoyo, el Señor me trae dos hijos á la casa!

Para aquella fecha, y como vivían en Camoruco, instalaron teléfono. ¡Maravilloso aquel aparato! Verdú tenía razón, ¡Valencia estaba muy adelantada! De ahí que los primeros días el transmi-

sor no tenía descanso. Ya era Bella que solicitaba en las tiendas telas absurdas, ó Carmen Teresa encargándole al marido que cuando se viniera debía recoger las cucharadas en la botica de Herrera. Algunas veces misia Justina, con voz atronadora que se oía en el vecindario, solicitaba en las quincallas "calleras para hombre". Pero la que siempre asaltaba el aparato era Josefina:

—¡Despacho Ejecutivo!

—...

—Una persona que desea hablar con el doctor Bebé.

—...

—Sí, con él mismo.

—...

—Oye, ¿eres tú?

—...

—Ahora me convencí.

—...

—Tampoco.

—...

—Sí, se quedó dormido.

—...

—Más tarde.

—...

—Sí, desde el sábado.

—...

—Sí.

—...

—No.

—...

—Nó es necesario. A menos que tú lo creas.

—...

—Que á menos que tú lo creas.

—...

—Digo que... á... menos... que tú... lo creas.

—...

—Hasta la noche, pues.

—...

—Antes es imposible.

—...

—Por muchas razones.

—...

—Sí, es preferible.

—...

—Hasta luego.

—...

—¡Tonto!

—...

—Adío, pues.

—...

El 19 de Marzo Pepito tuvo un aumento de cuatrocientos bolívares en su sueldo. Era día de su santo. Aquella delicadeza de Bebé conmovió á la familia. ¡Qué corazón de hombre! ¡qué nobleza! Misia Justina lo halló exacto á Belzares en sus cosas. Entonces la existencia se hizo gratísima. Los antiguos mediodías de apuros habían pasado. En la casa silenciosa, mientras se dormía la siesta y el sol calcinaba el cemento del patio,

las pailas de dulce sobre sus anafes borbotaban delicias de melazas y de huevos hilados. Por las tardes, se detenían siempre en las ventanas amigos de la familia. Unas parientes del Ave María Sanchera se pasaron dos meses con ellas. Samuel Poncio escribió un vals criollo de dos partes, una triste y otra animada, con coda del género chico. Lo puso "Josefina", dedicándoselo á Bebé; pero Díaz Peña, que no era el otro extremo de lo que los chicos llaman en sus juegos "prenda de oro", escribió otro vals: "El Colaborador", y se lo dedicó á misia Justina. La familia engordó. En el mercado, sabíase por los datos de las cocineras, se gastaban cuatro y cinco pesos diarios, sin contar la cuenta corriente de Vilariño, el pan, la leche, la carne y otros extraordinarios.

Los domingos ó entre semana, paseaban en victoria á seis bolívares la hora. Ese frenesí de malbaratar que explota en los pobres de nacimiento cuando disponen de dinero, crecía y se sobreponía á la prudencia de la señora, que ya conocía esplendideces efímeras, pero que á pesar de eso, se anegaba en satisfacciones y se dejaba arrastrar por los caprichos de sus hijas, de bata de muselina, con los anteojos cabalgándole en la grupa de la nariz, examinando el *punto* de la conserva, poniéndole un cordón nuevo á los escapularios ó balanceando su obesidad respetable tras el paseo de sus hijas y de las amiguitas entusias-

tas, para ir á caer como una mole en los escaños de la Caja de Agua ó en el mecedor de "los gorros".

En todas las existencias, aun en las más miserables, algunos días de la piedad divina caen como rocío y como rocío se evaporan más ó menos pronto, bajo el bochorno de la hora igual é inmutable que nos vive y que nosotros creemos vivir.

Pepito llegaba á las diez á la oficina, una hora después que Bebé; leía los periódicos ó *Las trece noches de Juanita*, bostezaba, hablaba mal de alguno, recitaba á Vargas Vila, fumaba tendido en la poltrona, elevando al techo larguísimas espirales de humo que se desenvolvían suaves y vagas como aquellos días, si no se marchaba al salón presidencial á compartir los piropos que Blanco Barboza, Octavio Ñougué y algunos más desfloraban de ocho á once y de tres á cinco en los sillones que sus traseros han desteñido. Suerte de ablución diaria que nuestros parroquiales hacen en cada piscina sucursal de la Lourdes política, en donde se bañan todas las horruras que nos vienen de Caracas por tren rápido. Goenaga casi nunca se baña allí. Asiste muy poco. El tiene regadera en su casa.

Bebé, cada vez más enamorado de Finita, no pensaba en otra cosa. Y como intercesora eficaz, á ella se la encomendaba el buen éxito de una pensión, la libertad de algún preso, el puestecito para un sobrino... Porque, niña—solía decir ella

confidencialmente—, es incapaz de negarme lo que le pida.

—Pídele que te pida—repuso insidiosamente Isolina.

Pero no; él sabía cuándo. Acaso él era un jovenzuelo cualquiera. Ya verían... ya verían... Lo que es el gusto de bajar y subir la escalera de los palcos como presidenta, con himno de Landaeta y todo, ella se lo daría. Ya verían. Hasta tuvo el buen gusto de seguir siendo amable con las Montesillo. Ahora se daba el placer de invitarlas... Isolina asistía poco á fiestas. Era de esas criaturas que parecen tener más muelas que los demás: tal es la suma de caries que las martirizan. Debajo de puentes y orificaciones, cada caverna encerraba un nervio vivo como una ostra. Hubo que llevársela á las Trincheras; pero entonces Ana Luisa, á quien la cesantía de amores decoloraba, los emprendió con un guarda-agujas de la estación y don Cruz cargó con toda la familia para Antímano.

Cierta noche, al saltar la tapiezuela en calzoncillos, Bebé no halló la ropa que tirara adelante. Muy azorado anduvo en cuatro pies buscando el vestido. Nada. Se lo habían robado. No estaba ni enganchado en las tejas, ni por todo aquello. Se vió perdido. Aunque era muy tarde, ¿podría así, en calzoncillos, atravesar las calles hasta su casa? Era espantoso. Y luego ¿quién lo había espiado? Corrió hacia la esquina. No se veía á

nadie. Volvió al callejón, nada... Ya iba á emprender camino, temiendo amanecer en aquel estado, cuando advirtió un hombre que huía hacia la Avenida. Sin pensarlo, sin pantalones, corrió tras de aquel hombre como un desesperado. Pero el que huía iba lejos y tenía buenas piernas.

—¡Eh! ¡eh! ¡el amigo! ¡el amigo! ¡un momento!

Corrió dos cuadras. El corazón le saltaba, las sienes le latían, el hígado le pesaba una arroba. Se ahogaba de rabia, de susto. Estaba absurdo.

Entonces, ya llegando á los puentecitos de de mampostería del ferrocarril, gritó:

—¡Párate, vagabundo, párate!

¿Párate? Y gracias que dejó caer en la carrera el paltó.

Un sujeto de lentes y de sombrero de Panamá que estaba sentado ahí, recogió la prenda caída. En aquel momento llegó Bebé casi asfixiándose.

—Eso es mío.

—Sí, señor, mío no es, aquí lo tiene usted—y se lo alargó, quedándose admirado ante aquella rara indumentaria.

Pero en aquel instante, á la luz del foco el sujeto se quedó estupefacto. Le había conocido. No supo qué decir. Bebé rugió sordamente:

—¡Maldito sea, no son los pantalones!—y se caló el paltó.

—Doctor, Guillermo Huerta González, un servidor.—Y el sujeto saludó con el sombrero á aquel magistrado en calzoncillos.

Ya conocido, Bebé sonrió forzadamente y ensartó excusas vagas. Había un calor horrible... salió á dar una vuelta; le provocó bañarse en el río... En su tierra se bañan así... le robaron la ropa, y se puso á perseguir al ladrón... así lo mismo que en su tierra.

Jadeante se sentó en el pretil. Sentíase humillado.

—En Valencia hay mucho ladrón—exclamó Huertas González con tono definitivo.

Bebé creyó percibir sorna su voz. Una atmósfera ridícula le agobiaba. Trató de despedirse. Entonces el otro le protestó su reserva de aquel lance desairado y, por otra parte, capaz de ocurrirle á cualquiera. A él mismo, sin ir más lejos, en días pasados le robaron una bigotera de su cuarto, habiendo perro en la casa. Era el colmo. Ambos se pusieron en camino hacia la casa de Bebé. Por el camino Huertas González fué ensartando historias de robos, coincidencias telepáticas, casos espeluznantes que había leído en Flammarión. Al llegar á la esquina de "El Empedrado", refería haber visto en un periódico que ya cuando Moisés se conocía el esperanto. Bebé no le contestaba; pero él quería manifestarse ilustrado y culto á la vez, y le arrancaba algunos monosílabos á Bebé, que así, en calzoncillos, se sentía feroz...

Ya en la puerta de su casa, respiró. Con cordialidad súbita despidióse de aquel extraño acompañante; le ofreció su amistad. Le exigió

una visita para después, ya que no quería pasar adelante por las circunstancias y la hora. Estaba muy agradecido.

—Mañana, doctor, mañana me será grato hacerle una visita.

—Lo recibiré con mucho gusto, joven.

Pocos días después, Finita, muy sorprendida, le preguntaba entre dos besos chupados:

—¿Y ese tal Huertas que va con un puesto para Puerto Cabello, negro?

—Es un... un mozo amigo mío, ¡¡muy callado!!

Tuvo vergüenza de referir aquel incidente ridículo. Y embargado por ideas antipáticas, oyó la serie de quejas. Ya él no la quería; se lo notaba. Ya parecía fastidiarse; ella lo comprendía así, estaba harto...

Y se puso á llorarle á media voz su resentimiento...

Una semana después supo que él se escribía con Isolina á Antímano. En un rapto de celos quiso arañarlo, lo insultó, se resistió cogida por las muñecas... ¡no, no lo dejaría acercarse más! Quería irse, soltarse, desaparecer; y cuando las manos de él se aflojaban cansadas, ella saltó á su cuello apasionadamente, tratando de besarlo, aunque él esquivaba el rostro; y toda su cólera se abatió sobre las rodillas del hombre amado... Hubo protestas. No era cierto; mentía quien tal le informara; era á ella, á ella á quien él quería, por quien se sacrificaría, por quien todo lo diera,

hasta la vida, hasta la presidencia del Estado.

Otra sombra se interpuso: aquellos amores así, de noche, saltando tapias, eran peligrosos. Había que combinar la manera de verse, de hablarse sin riesgo. Podían sorprenderlos, y aunque él comprara á la sirviente, el día menos pensado...

—¿Y entonces?—dijo ella desconsolada.

—Hay que tener juicio.

—¡No tenías tanto antes!

—Es que era distinto, niña.

—¿Distinto? ¿Cómo distinto?—y frunció el ceño.

Bebé vió venir la tempestad.

—Pero, niña, digo que era distinto.

—Sí, sí... que entonces yo no era... lo que soy... lo que tú me has hecho ser... lo que ahora me echas en cara!

Y un llanto amargo, sincero, colmado como un río en creciente con todos los limos de la falta, un llanto que es como saliva en el rostro de los miserables que lo hacen verter, la hizo doblar el cuello, retorcerse las manos y caer contra la madera del lecho sollozando.

Él, por consolarla, mezclaba frases piadosas y frases brutales:

—Pero no seas tonta, mujer. Si yo no digo eso, si tú no me oyes... llora, pues, ¡mátate llorando!... oye... negrita, eres una necia... ¡No llores más, pues!... oye, mi amorcito... ¡Estás insoportable! Si yo no lo digo por eso. ¿No entiendes? Bueno,

¡qué demonio! Pero ¿vas á seguir llorando? oye...

Nada oía; rechazaba palabras y caricias con gesto seco, firme; las lágrimas le corrían silenciosamente de los ojos negrísimos rodeados de una ancha ojera azul. La boca pequeñita y roja, por primera vez, desdibujaba sus líneas insustanciales en una mueca amarga y fría que destacaba la barbilla pálida. Sollozos en tumulto le agitaban el pecho, y con la tranquila impudicia del dolor, sin cuidarse de las mangas del túnico rodadas, apoyando la frente en ambas manos, y éstas en las rodillas, ocultó el rostro que nuevos hilos de llanto cruzaban otra vez...

¿Era odio? ¿Era resentimiento? ¿Era humillación? No sabía; pero algo sentía en su corazón que se le iba desgarrando; algo intenso, profundo, recóndito... De esos desgarramientos que sin rumor casi, al borde de las barrancas inundadas hacen las crecientes, cuando descuajan lentamente los grandes árboles y los arrastran entre la espuma á las luces pálidas de la madrugada.

Bebé, agotada la paciencia, viéndola dispuesta á no dejarse consolar, se vestía silbando.

Aquel domingo en la tarde, Carmen y su marido estaban en el *matinee;* ella quedose en casa con Petronila y despachó luego á ésta. Bebé entró por la puerta de campo que daba al callejón del río.

Abotonándose el chaleco, por decir algo, exclamó:

—Me voy. Es tarde; esa gente ya debe venir por ahí—y vió su reloj.

—Sí—continuó.—Las cinco menos cuarto... y vienen á las tres... ¡con tal pueda salir sin que me vean!

Ella debía asomarse á la ventana para espiar, como de costumbre, cuándo podía él escaparse; pero como obstinada en una idea fija, no se movió...

Bebé, impaciente, le dirigió la palabra:

—¡Oye, me voy! anda, asómate.

Tenían sus palabras un eco de desprecio, de mando; él mismo percibió el acento burdelesco y trató de reponerlas á un tono jovial:

—¡Ya van á dar las cinco, negra!

La niña se echó el traje en silencio, y cuando fué á asomarse, pasándose la mano por los ojos y por las mejillas encendidas, él la atajó rodeándole la cintura:

—¡Mi leona!

No resistió. Contestó con una voz triste, resignada, en donde desfallecía mucho orgullo, casi sin rubor, dejándose estrechar:

—¡Mi querida! más bien...

Siempre sumisa, sin contestar á las protestas atropelladas de él, se abandonó una vez más en sus brazos, dócil á sus caprichos, encerrando el ardor arrebatado de las antiguas horas de amor en una actitud obediente, pero como ajena al placer que se comparte, tan habitual en las con-

cubinas, si alguna vez tuvieron una pasión verdadera, y en los dispépticos que dan banquetes.

Un estupor inmenso la dejaba en el lecho, los ojos muy abiertos, sin apercibirse de si él se había ido ó si estaba ahí... coordinaba pocas ideas y sufría un profundo malestar... Una angustia, una desazón, una tristeza vaga; pero al mismo tiempo pensaba que no podía dejar de pertenecerle. Lo amaba mucho, mucho, mucho... víctima, elegida ó humillada, era lo mismo si era por él... No, él no se casaría. Aquello era una mentira para que ella consintiera. La tranquilidad con que desviaba sus insinuaciones así se lo daba á entender... Aquella perpetua frasecita que le decía entre un par de besos: "el matrimonio es la tumba del amor", frase que ella también había leído en alguna parte y que le parecía, dicha así, con indiferencia, una desilusión, una amenaza... acaso el castigo de un pecado imaginario.

¿Cómo fué? Dios mío, ¡quién lo sabe! Un vértigo, una hora menguada; era horrible, era muy feo, pero era divino... Con todo, si él quisiera, podía remediarse el mal, ¡serían tan felices! Y después de todo, ¡cuántas no habían pasado por lo mismo, y sin embargo!... ¡Pero también cuántas, cuántas otras!... ¡Un recuerdo la torturó: aquella Juanita, aquella muchacha que habían criado en su casa, la de los amores con el panadero!... ¡Qué horror! Una mañana dió á luz allá afuera, en el solar. Petronila al entrar sintió un

quejidito... Cuando avisó alarmada á su mamá, todas corrieron. Petronila lo tomó en brazos; era un infeliz recién nacido, medio coloraduzco, los ojitos pegados, calvo, tan sucio... tan sucio. Aquella idea la hizo estremecerse. Ella lo vió de cerca; tenía entonces mucha curiodad de ver un recién nacido, así, acabado de salir, como si dijéramos, porque los que ella viera antes no ofrecían gran interés; todos muy limpios, fajados de blanco, gordos como canónigos... Este no: el labio superior partido, enseñaba las encías. El doctor dijo que era *lidéparo*, *lidóptero*. Una palabra, así, rara...

De pronto sufrió un desvanecimiento, una oleada de sangre le inundó el rostro y bajó luego helándole los pies y las manos... Después sintió como un nudo en la garganta y una obsesión inquietante de asir algo blando. Su estómago se contrajo, y sin dar tiempo á correr hacia el tobo, vomitó un líquido blancuzco, con estriaciones amarillas y pedazos de flema y de bilis.

No quiso llamar... Inundada en sudor frío, se refugió en la cama, la cabeza se le iba, algo ardiente, como un vino viejo, algo subía por sus venas hasta su corazón haciéndolo latir dualmente, como respondiendo á otro latido, recóndito, casi presentido, que formaba la armonía de aquella sangre tumultuosa desde el fondo de los ovarios.

Días después, en un rapto de abandono, con

un orgullo miedoso, temblando de emoción, se lo confesó...

La fisonomía de Bebé enserióse más que de ordinario, una mueca angular de contrariedad mantuvo su semblante perplejo. Ella, escondiendo la cara ruborosa en su hombro, esperaba que aquellos brazos que la rodeaban débilmente, la estrecharan, que un beso de amor desflorara en sus labios aquella confesión íntima, con el fuego del macho que se siente creador; que á sus labios acudieran palabras, palabras locas, pero que sonaran á contento de amores. Los brazos se aflojaron más hasta soltarla, de los labios contraídos cayó una palabra seca, contrariada:

—¡Qué broma!...

Y cuando ella, á través de sus lágrimas pudo verle, él movía la cabeza de un lado á otro, repitiendo aquella frase á media voz:

—¡Qué broma!... ¡qué broma!...

Con una frialdad humillante agregó:

—Bueno, ahora hay que tener juicio.

¡Tener juicio! Era la eterna palabra. Todavía con la cabeza inclinada, llena de confusión, volvía á escucharle aquella frase ambigua que sonaba, dicha así, como deprimente, sin afecto, sin ternura, en momentos en que ella esperaba un pecho noble donde reclinar consolada la frente que escondía. Siempre inclinada ante su contrariedad, experimentaba una sensación de culpabilidad, mientras él daba á su actitud un aire de

dispensador... En su turbación, ella no dijo nada; supo que él protestaba cosas vagas, que le pedía detalles con insistencia: ¿cómo lo sabía? ¿desde cuándo? Creyó oirle algunos términos extraños: "consideraciones", "era una fatalidad", "todo tiene remedio" y sobre todo "pensar con mucha calma, nada de imprudencias, confiar en él, confiar mucho en él..."

—Yo... yo creo en tí;—le dijo arrebatadamente—yo sé que tú no me abandonarás, ¿verdad, mi amor? Que no me dejarás ahora así... Dímelo, dímelo.

Se arrojó á su cuello como loca.

—¡Qué cosas tienes! Eres una niña... ¿Por qué voy á abandonarte ahora?

Ella le besó en los labios:

—Ni ahora ni nunca, ¿no es verdad? ¡Ni ahora ni nunca!

Y se estrechaba á él buscando un refugio en los brazos amados, tratando de vencer una resistencia invisible que flotaba entre ellos y que procuraba él dominar con pueriles protestas.

—Pero, oye, ten calma.

—Dime, dime...

Sentada en sus rodillas como una chicuela, comenzó á escuchar reflexiones que él le hacía, mientras jugaba con el dije de su leontina. ¿No era una locura proceder á tontas y á locas? Aquello tenía que pasar; era cuestión de tacto; eso sí, ¡nada de imprudencias, nada de locuras!

La voz de Bebé se iba velando; á medida que hablaba, conocíase que buscaba un camino para deslizar consejos; con la mano de ella cogida le daba palmaditas en la pierna:

—Yo mismo, yo que soy médico, conozco modos y medios de que eso no suceda. ¡Es tan fácil evitarlo...! Ahora que es tiempo... sin demorarse... sin demorarse.

De pronto, Josefina se puso en pie. Había comprendido... Muy pálida, cerrando los párpados con fuerza, abriéndolos luego como asombrada, protestó altivamente:

—No, no. ¡Eso nunca!

—Pero, tonta, ¿qué tienes?

—No.

—Te aseguro que nada sucede... nada absolutamente; una papeletica, una píldora... ¡Cuestión de nada! Además, yo estaría en cuenta para el caso...

Una ola de sangre le bañó el rostro:

—Lo que me dices es horrible... No sigas. No quiero que me digas eso... no... nunca. Prefiero todo... todo... ¿Un escándalo? Bueno. Yo estoy desamparada. Mi pobre mamá, mis hermanitas. ¡Ah! ¡es horroroso esto; es horroroso!

Se sujetó la frente con las manos, y sin oir nada, estalló en sollozos y en reproches:

—Ya, ¿qué más quieres de mí? ¿No me engañaste? ¿No te has burlado? ¿No he sido todo lo que tú has querido? ¡Dios mío! Y ahora pretendes...

La voz se ahogaba en su garganta:

—¡Eso es infame, infame! ¡Eso nunca!...

—¡Qué cabeza la tuya! Te busco el modo de que salgas bien, sin escándalo, por ti, por tu familia, por mí mismo... ¿y qué me contestas? Que soy un infame, un bribón, un... ¡Vaya, que esto ya es ridículo!—exclamó trantando de imponérsele por la cólera—. ¿Qué prefieres? ¿Que todo el mundo se aperciba, que haya el escándalo, o que, siguiendo mi consejo, salgas de eso? ¿Crees que es un crimen?

—Sí, sí es.

—¡Qué tonta! ¿Un crimen? Un crimen si existiera el ser, algo consciente; pero un embrión, un embrión, una cosa que todavía no existe... Crees que yo te aconsejaría una mala acción. ¡Ah! eso no lo haría jamás... ¿Acaso lo que te propongo está nada más que en tus manos? ¡No! Eso es mío también; yo tengo derechos... derechos que tú me has dado, que yo reconozco, que yo no puedo aceptar de otro modo que de éste: salvarte a ti y matar *eso*.

Las palabras cínicas caían con una lógica de sacos de estiércol, una á una; fríamente á veces, á veces con el calor de quien se empeña en evidenciar un propósito, en otras con la suavísima insinuación revestida de afectos...

Josefina, cada vez más pálida, le oía. Instintivamente retirábase á cada nueva palabra como ante una amenaza... De tiempo en tiempo le interrumpía:

—¡Ah! eso nunca. No, eso nunca.

La ira que antes la ponía sumisa, el resentimiento que la inquietaba, las amenazas que ahogaban todas sus protestas, ahora se estrellaron ante las palabras firmes y el semblante pálido...

Entonces él optó un recurso extremo. La estrechó entre sus brazos, colmándola de caricias enloquecedoras; apretándola contra su pecho, trataba de convencerla amoroso y rendido... Eran súplicas, gemidas dulcemente, eran ruegos por el amor que le tenía, por ella, por él, por lo que más quisiera.

—¡Mi vida, hazlo por tí, piensa en el escándalo espantoso! Tu nombre en boca de todos. Yo mismo, ¿qué podría hacer después de semejante escándalo? ¿cómo remediaría el mal, aunque quisiera? ¿Cómo? ¡Dímelo, á ver, dímelo!...

Pero la niña, sacando energías desconocidas, en brazos del amante, debilitada por el calor de su pecho, todavía se sostuvo:

—¡No, mi amor, nunca!

—¿Entonces?

—Entonces... nada. Suceda lo que Dios quiera. Yo sé que tú no te casarás ya conmigo.

—Pero...

—No, no te casarás—afirmó resuelta—, yo lo sé, y no de ahora. Te quise, fuí tuya hasta donde puede serlo una mujer que quiere como yo te quiero... ¡Ya... ya estás harto de mí! ¡Ahora te molesta que yo esté embarazada! Temes el es-

cándalo; quieres obligarme á una mala acción por tu nombre, por tu puesto, por el qué dirán. Yo no puedo nada contra ti. Y aunque pudiera, te quiero demasiado para hacerte el más pequeño daño...; pero lo que me propones, óyelo, no insistas... Lo que me propones, nunca. Eso nunca; me da asco; no me lo digas más, no quiero que me lo digas más.

—Y tú—le preguntó con voz casi despreciativa—¿prescindes de todo, de tu familia, de la sociedad, de?...

—¿De mi familia? Mi familia no me abandonará como tú. ¿La sociedad? ya no puede importarme... Desde que hice contigo lo que hice, no me ocupé de ella; ¿acaso tú mismo no me enseñaste á despreciarla?

En vano él ensayó todo. No consiguió sino repasar de un extremo á otro el rol de su comedia. A la virgen loca, herida en lo más profundo del sexo, de su herida le brotaron flores como de poda nueva; al fecundarse recuperó una dignidad extraña; y erguida, altiva, concluyó asegurándole que perdía su tiempo, que sucediera lo que sucediera ella viviría para que viviera aquel ser desconocido, aquel pobre ser inocente que desde la sombra de su falta, entre el mismo desprecio que trataba de abatirla, asomaba su carita color de rosa...

Esa madrugada, Bebé se prometió no volver más. Arreglaría aquel desagradable incidente del

mejor modo posible. Cuestión de dinero... ¡Sí, dinero! ¡Pero era una broma pesada! Diantre, ¡y tan buena la mujer!

Un maldito espermatozoario trepando hacia arriba, un insignicante germen despreciable y abyecto le costaría, cuando menos, quinientos ó mil pesos. ¡Era el colmo!

Muy preocupado esa mañana, oyó las conversaciones de costumbre. A poco entró Pepito:

—Sabe, hoy ha amanecido Josefina muy quebrantada.

—¿Sí?—repuso sin inmutarse—y se lo dije á esa niña; debía tomar con juicio su glicerofosfato. Eso es anemia. Lo mismo que tu mujer... Es una familia anémica. Bella es caquéctica, eso no te quede duda, Bella es caquéctica.

—¿Y qué opina usted para eso?

—Pues... fortificantes... hierro... reconstituyentes...

—Me dicen que un temperamento.

Bebé vió un relámpago.

—¡Ah! sí. Unos baños de mar; ese es el mejor remedio.

—Sí; pero, por ejemplo, ¿cómo me las llevo á Puerto Cabello?

—Lo mismo que las tienes aquí.

—Yo llevaría á Carmen...

—Bueno. Y á Bella... ó á Josefina. Sobre todo á Josefina. Tú crees que ella está muy bien, por-

que la veas así gorda... Ella es robusta y todo lo que quieras; pero, ya te digo, esa niña está anémica. No tienes sino verle el color...

—Sí; ahora días le daban mareos. Dos ó tres veces tuvo vómitos. Y muy desvelada, sin apetito. ¡También esa niña es muy caprichosa!

—¡Ah! sí; pero, mira, es cuestión de carácter.

Guardaron ambos silencio. De pronto Bebé le dijo:

—¡La pobre! Si te quieres llevar la familia, yo te ayudo.

Pepito reflexionaba.

—¡Es lo mejor que puedes hacer; siquiera un par de meses!

—Bueno—dijo semi-resuelto—; yo se lo voy á proponer hoy mismo.

Después hablaron de asuntos del servicio.

La misma tarde, Pedro el portero llevó una cartica para Josefina. Eran cuatro líneas lacónicas, imperativas: "Acepta la proposición de tu cuñado. Es necesario que la aceptes. Hablaremos. Confía en mí. B."

Al recibirla tuvo una jaqueca horrible. Misia Justina, poniéndole compresas de agua de colonia, murmuraba malhumorada:

—Estas muchachas de ahora, ¡yo no sé! Antes una, cuando tenía novio, aumentaba quince y veinte libras, estaba contenta, de buen color, respirando vida. Ahora parece que con es-

sumen; todo se les va en flatos y ojeras. ¡Válgame Dios! ¡Así está la otra; parece que el marido se la chupa! Y contigo peor... Cualquiera diría que los novios no son novios, sino murciélagos.

IX

El tren de las tres partió al fin.

Hasta última hora, ya en el vagón, entre su mamá y Carmen Teresa, despidiendo las amigas que fueron á acompañarles á la estación, esperaba que él llegara en un coche, á escape. Cada carruaje que entraba hacia el andén le parecía ser el de Bebé, y con desaliento veía salir de él ó un señor gordo, ó el cura de Naguanagua, ó un paciente que iban á bañar á Las Trincheras.

Nada. No venía.

Pepito dió abrazos calurosos en el andén. Ellas saludaron con los pañuelos á las amistades que las despedían, y lloraron, por esa costumbre de derramar lágrimas en cualquiera estación ó en el velatorio de difuntos desconocidos.

En las dos horas de viaje apenas si Josefina se fijó en las caras indiferentes de los demás pasajeros. El paisaje, desde las ventanillas, era de una tonalidad gris, con grandes manchones de niebla y de humo que á veces se descorrían para

mostrar cañaverales ó corrientes de agua muy clara entre peñascos azules.

Él no había ido. No había ido. Ni un simple recado de despedida. Por todo, aquel papelito imperioso: "Acepta la proposición de tu cuñado. Es necesario que la aceptes; confía en mí..." ¿Estaría muy ocupado? No, ¡cómo antes no lo estaba! Antes... qué lejano, y apenas hacía cuatro meses, veía todo aquello: los sueños enloquecedores, las promesas más enloquecedoras aún: él dejaría la política, se irían lejos, solos, á una casita, á una quinta. Ella la quería así, con enredaderas, con árboles grandes y teléfono; pero también prefería una casa central, bien amueblada... y de pronto, nada de eso era cierto: la bruma se rasgaba, caían los castillos de baraja, no quedaba en pie más que aquella verdad desnuda, desnuda y fea... Un abandono vulgar, con su cortejo de mortificaciones, con su eterna historia de la promesa de matrimonio, y la caída, igual siempre para la pobre muchacha de alcabala que para la señorita de la calle Real.

Un aire puro, penetrante, impregnado de sales y de resinas, invadía el vagón, en donde los espejos invertían el paisaje multiplicando los rostros; entre ellos el semblante distraído de su hermana, á quien su marido le indicaba un picacho, alzando la voz, que el ruido del tren apagaba; con el rabillo del ojo observó que Carmen Teresa estaba alegre, infantilmente alegre, como muchacha

que por primera vez viaja; y decía atropelladamente todas las incomodidades:

—Las pobres mamá y Bella... Allá estarán organizando el desastre... En fin, ya salimos de eso; pero fué una carrera, un desbarajuste. ¿Tú traes la receta del doctor Raz? Y se quedó el frasquito de las gotas... Ya se me ponía que algo se debía quedar... No se te olvide poner el telegrama al llegar...

Pepito buscaba en los carrieles:

—¡No, aquí está el fulano frasquito!

Sonrieron. Luego echóse hacia atrás, encendió un cigarro y se absorbió en la lectura de los periódicos.

Josefina recordó aquellos días de preparativo: los rótulos de los baules, las indicaciones á Pepito cuando fuera una semana antes á buscar casa en Puerto Cabello; debía estar situada junto al mar ó cuando menos que se viera bien. Y de alto. Las casas de alto son mejores... Tornaba á ver el corredor con los equipajes, las sombrereras, una cesta, dos bojotes, un cajoncito de fideos para el reverbero y los remedios de Carmen Teresa, la botella de glicerofosfatos, envuelta en un número de *Caín*. Misia Justina creía que no estaría demás llevar una pimpina y los bacines; pero ¡qué ocurrencia! ¡iban á cargar con todo aquello! ¡Lo que faltaba era que llevaran la jaula del loro y la perrita!

Josefina no discutia... varias veces, en mitad de

los aprestos, guardando un sombrero ó envolviendo el cepillo de dientes, quedábase perpleja, con la frente apoyada en la tapa de baul. El día antes, del cofrecito de recuerdos donde alternaban una estampita de su primera comunión, el programa de cierto baile, una receta para las pecas y los versos de Guillermo, tuvo un acceso de ira que terminó en llanto. Pero los flatos no intranquilizaban la casa: ahora no eran los gritos de antes, las palabras mordaces: el llanto solitario, disimulado con abluciones en los ojos y pasadas de mota, se desbordaba calladamente desde el fondo de sus sufrimientos, y caía gota á gota sobre los papelitos apasionados que, ordenados por fecha, comenzaban con el "estimable señorita", y pasando por el "amor mío", "mi idolatrada", terminaban con "mi negra querida", ó reprendían severamente: "Josefina". Ocultaba aquellas lágrimas que enfurecían á su mamá y que sus hermanas reputaban de ridiculez; pero volvía á ellas con un placer extraño de desesperarse á sí misma, figurándose escenas terribles en que lo sucedido provocaba un conflicto entre su cuñado y Bebé... De pronto, sobrecogíala un miedo cerval y se internaba en devociones patéticas ó en optimismos inefables. No, él no era malo, él la quería, cuando aquello sucediera, la querría más. ¿Acaso no lo sentía ella así? ¿No era eso lo natural?

Por fin llegó el día del viaje. Tres cartas y dos

recados quedaron sin contestación. En la mañana, á las ocho, estando todos en el corredor despidiéndose de varias vecinas, llegó Bebé en coche, muy de carrera; dió disculpas aceleradas; estaba muy ocupado; el mismo Pepe podía decirles. Ella trató de hablarle aparte. Las demás procuraban escurrirse. En un momento dado, cuando la conversación general cubría las medias voces, ella le dijo:

—Me abandonas, lo comprendo. No tienes ni siquiera un poquito de afecto ahora.—Muy pálida, su acento era amargo y firme—pero él repuso con presteza:

—¡No seas tonta! Tú te convencerás. Vete tranquila. Eso lo arreglo yo...

Y alzando la voz, al despedirse, deseándoles que les fuera muy bien, que comieran mucho pescado, declaró que á él le gustaba mucho el pescado frito, sobre todo el mero...

—Y que parece mentira—añadió—el fósforo que tiene el pescado. Un domingo de estos me les presento allá; tendrán que darme de almorzar.

—No deje de avisarnos—le rogó Carmen Teresa, previendo los desastres de una sorpresa.

Y protestaron el placer tan grande que aquella visita les daría...

Estrechó las manos de todos; oprimió con más fuerza la de Josefina y viéndola con lealtad á los ojos murmuró:

—Haré lo posible por ir á la estación; si no...

Ella lo miró con tristeza infinita:

—¿Si no?

—¡Hasta el domingo!...

En "El Palito", al volver de un matorral, bajo la tarde gris, surgió un rumor solemne. Una llanura ceñida de cordones de espuma, volcaba en cambiantes su vasto hemiciclo de negro humo, plata y jaldes desteñidos.

¡El mar!

Algunos instantes se detuvo el tren frente á la caseta de la estación. Detrás, muy lejos, muy vagamente, en un horizonte de ceniza que era mar y era cielo, puntos más negros se destacaban: sin duda, alcatraces que regresaban de alta mar, hacia la línea brumosa de los peñascos... Uno de éstos, cercano á la orilla, asomaba un instante su desnudez negra y mutilada para cubrirse de nuevo como un moro bajo su albornoz de espuma.

Y luego, reanudada la marcha, ya la visión dilatadísima comienza á percibir la mezquindad de las montañas y la chatura de las habitaciones.

En la estación, un barullo sordo, un ir y venir de gente... rostros de personas conocidas quién sabe dónde; ojos curiosos; una lucha contra pacotilleros; reclamos; carreras inciertas á las portezuelas con un ticket en la mano, carretillas que descargan equipajes abriéndose camino entre los grupos. Y el traqueteo de un mal coche á través de calles fangosas, á lo largo de tabiques de madera, de barracas hechas con tablas de barril, de

algún edificio obscuro con ventanas de barrotes macizos que hacen recordar misteriosamente los sombríos depósitos de la Guipuzcoana. A veces un zaguán deja ver un patio. Huele á alquitrán. En el fondo hay rollos de cables, aparejos, estopa, un cromo-almanaque de una línea trasatlántica donde un vapor inmenso se aleja en la noche, reflejando sobre el agua negra sus faroles rojos...

Por detrás, encima de los techos, la línea gris del cielo y del agua se confunden... En las brumas que flotan sobre las aguas del puerto apenas se acusan líneas duras, opacas. Son las murallas del Castillo Libertador, en cuyo tope flamea una bandera que se ve de lejos como clavada en alta mar... A derecha é izquierda las montañas se perfilan, ascendiendo á medida que avanzan hacia el interior, y todas son verdes, á veces salpicadas de chozas en las faldas, á veces solitarias, flanqueadas por zonas de bosque con algo de friolento y de aborigen.

Llegaron. Era una casa estrecha, con dos habitaciones bajas, una de alto, espaciosa, rodeada por un balconcete de madera pintado de azul, á orillas del Manglar; la otra faz daba hacia los tejados de la ciudad; pero se divisaba también la mezquita del Hotel de los Baños, un pajarraco dorado sobre una columna y el reloj de los altos de la aduana, sobre el agua muerta y las cordelerías de la bahía.

Una escalerilla angosta trepaba vacilante desde el estrecho corredor de los bajos, donde las pulgas enflaquecidas saltan por miriadas hasta el piso alto.

La primera velada fué triste. En la pared leprosa del corredor una lámpara daba su luz á los cajones y baules amontonados. No habían querido llegar al hotel y comieron de pie. Después una vecina, mientras venían los muebles de la estación, les prestó sillas, una mesita, una pimpina con agua y dos vasos.

Carmen y Pepe abrieron los catres en la salita. La negra que hacía los honores, greñosa y activa, colgóle una hamaca en el alto. Allí dormiría la niña muy bien. Las dos sirvientes hicieron causa común en la cocina, aun cuando Petronila dábase por rebajada en compañía de aquella holandesa.

Al día siguiente, ya muy tarde, fué que enviaron de la estación los demás bultos; pero aquella primera noche, el pulguero, la excitación del viaje y esa desorientación de una nueva alcoba en un lugar desconocido, intranquilizaban á Josefina. Su inquietud bullíale en la sangre, pequeñas cóleras que exacerbaban las pulgas hacíanla extrañar el dormitorio en hamaca, y además un calor insoportable...

En la calle dos mujeres se insultaban en un *patois* absurdo, sin oirse una á la otra.

¡Dios mío! ¡Qué horrible todo aquello! ¡Qué

días la esperarían! Pensó con dolor en su mamá, en su hermanita, en su cuarto casa de Carmen; el espejo dorado, los cachivaches, la Virgen del Carmen con su mariposa encendida y el cromo de las "pílules orientales", aquella parisiense esbelta, bajo un sombrero de plumas inverosímiles, á quien envidiaba el cuerpo y los ojos claros... ¡Eran tan comunes los ojos negros! En fin, todas las pequeñas comodidades. Se le ocurrió que podría pasear en bote, ¡le habían hablado tanto de esos paseos!... Y él que vendría el domingo, almorzaría con ellos, le diría todas aquellas cosas que ofrecía decirle en sus cartas de llamada, "tengo que decirte muchas cosas"; ¿cuáles eran? El llegaría, y ella, como en otras ocasiones, se quedaría en silencio, y no sabría más que verlo intensamente hasta el fondo del alma, adorarlo, ser suya otra vez, ser por él, para él; así y todo, pero queriéndolo mucho... Por amor, lo que había ocurrido no la humillaba: no había sido ni por interés ni por locura. ¡Ah! no, eso no; era amor, amor purísimo, el primero, el único de su vida, el último tal vez.

¿Y aquel *otro* que debía venir? Así, sin nombre, sin nadie. No, sin nadie no, estaba ella, pero... ¿ella sola? Entonces, con energía creciente, ensayó el discurso que le diría, pese á quien pesare; unas reflexiones que no tendrían réplica de puro lógicas, terminantemente: *él debía* cumplir su palabra... Se sentía capaz para reclamarle el cumplimiento de cuanto le había ofrecido: era

su deber antes de confesarlo todo, todo á su madre; pero, ¿podría hacer á su madre tal confesión? ¡Qué idea! ¿Por qué no? Ella, ella la perdonaría... Contra su mismo amor de hija, reflexionó en todas aquellas ideas pequeñas de la señora, en todas las vulgares escenas que ella exhibiría: habría lágrimas, quejas, gritos, se arrodillaría ante los santos, sería capaz de ponerse de luto. ¡Qué horror! Ella no dudaba que después sería un consuelo para ellas; pero no se atrevía á atravesar hacia el corazón de su madre por una calle empedrada de vulgaridades mortificantes. ¿Carmen Teresa? Tan buena, tan dulce... ¡Dios mío, qué pena iba á causarle! ¡Luego... no reserva nada! Lo sabría Pepe... y las consecuencias... podía haber hasta una desgracia. ¡Como Pepe tenía tan mal carácter y era tan violento! Y en cuanto á Bella, ¿qué más daba que lo supiera ó no? Pobre hermana mayor, arrugada como una raíz que daba su savia al hogar común, ¿qué haría? se pondría á llorar y se le pasarían dos puntos de un sol.

Estaba sola... cada hora aproximaba más el día fatal; aquello debía conocerse al fin. Entonces pesó con amargura la situación angustiosa de aquella Juanita, que salió de su casa corrida por ella, escondiendo la cara avergonzada y llorosa en el delantal.

Sola en la habitación, entre pensamientos desesperados, sufría un malestar indefinible. De no-

che los incidentes más triviales, se agravan, se aumentan, se hacen amenazadores é insólitos.

Dos días después, ya instaladas, una tregua afable en ocupaciones, el aspecto nuevo de las cosas y aquella noción de una vida distinta que cada mudanza inspira, se dejó sentir. Las siestas muy calurosas adormecían la voluntad. En la mañana percibíanse los ruidos del puerto: crujían poleas, puntualizando su crujir gritos en lenguas extrañas; golpeaban los martinetes del dique astillero ó las sirenas anunciaban, junto con el humo negro, que se elevaba por encima de las casas, la entrada de algún vapor. Por las tardes, una languidez adormecida sobre las aguas invadía la ciudad lentamente; las últimas luces tocaban ángulos de arquitecturas distantes; un barco doraba sus velas en el azul profundo del horizonte; sombras verdosas corrían como estremecimientos por la superficie de los manglares, por los tejados, en un trecho de calle, sobre algún cocal de Goaigoaza. Un reflejo inusitado hacía más vagos aún el bermellón obscuro de los techos, la planta muerta del agua, el gris que extendía sus manchas inquietas en lejanías de boceto. Las nubes pesadas raramente dejaban ver una ceja de azul purísimo; avanzaban muy bajas, empujadas por el soplo de los terrales. Entonces Josefina, echada de codos en el balconcete, respiraba

aquel aire sano que traía aún su perfume selvático, y que la adormecía con una visión de vegetaciones soleadas entre aquel panorama de puerto en crepúsculo.

Ella no se distraía mucho, pero tampoco lo procuraba; en vez de pasear como se lo rogaba á veces su hermana, prefería las horas blancas del reposo, sin pensamientos.

Seis días más y él vendría... Tornaba á leer la tarjetica, escrita de carrera, con lápiz-tinta, sin fecha: "El domingo sin falta; perdona, pero antes me es imposible." Proyectó salir con su hermana á esperarlo en la estación; no, era una locura. Irían á pasear luego á la Alameda juntos. Carmen Teresa los complacería. Allí, frente al mar, allí, solos, le abriría su corazón; ¡estaba tan herido! ¡Qué de penas sordas le latían dentro! Quizás exteriorizándolas dejarían de mortificarla tanto... porque sí la mortificaba aquella situación delicada, y más que todo, si tenía el valor de exhibir su falta, ¿qué mucho que él le tendiera la mano, le prestara su apoyo y le diera su nombre para el pobre ser desconocido?... ¡No, no era por ella!; ya ante sí misma se consideraba... ¡como debía considerarse! Si al menos no hubiera resultado nada, nada... Lo amara siempre en silencio, resignada, abnegada, estimulándose con su vergüenza, como los crucificados con aquel brebaje amargo de la piedad antigua. ¡Pero no era ella... no era ella solamente!

Por fin, el sábado, en el tren de la tarde llegó. Una salva de cohetes y una música lejana así se lo anunciaron. Pepito corrió desolado hacia la estación.

Hora tras hora esperó ella en vano. Odió aquellos cohetes, aquella música, aquella recepción... ¡Qué fastidio! ¡Él estaba allí mismo, cerca, á algunas cuadras, y no podía venir! Josefina, á cada instante, se asomaba al balcón.

—Sjou Presidente taj llegá—gritaba una curazoleña desde la esquina á otras mujeres que se asomaban en los cuartuchos de enfrente.

Pasaron tres hombres: uno llevaba quitasol blanco y casco ruso de lienzo; el otro se enjugaba la calva aplicándose el pañuelo á manera de compresa: discutían con el que iba delante empeñado en acelerar el paso... "¡Qué indolencia! Verían cómo el hombre se les iba... Ya cesó el himno..."

—Pero ¡ándense, hombre, ándense!...

Y el mocetón apresurado, con aire de torero y de arribista, se esforzaba en apurar á los retardados.

Le llamaban precipitado, nervioso... Él tenia aspecto de primogénito gordo y sano, criado con sopas.

Josefina desahogó su malhumor contra aquellos infelices. Le hizo observar á Carmen Teresa aquella precipitación. Adulantes, buscadores, necios... En fin, todas las faltas que acusa un exasperado en los atentos porteños!

—¡Este Lope que nos urge!—pronunció el calvo en castellano de Rufino Cuervo.

Pero el otro, que era criollista, echó de paso un terno. Entonces le dieron con el codo. ¡Boca sucia! Arriba había una familia. Un poco cohibidos, saludaron los tres. Después habláronse á media voz. El del casco se volvió varias veces hacia el balcón.

La negra gritaba sus impresiones desde la esquina:

—¡Mainda mitaj pedí placa presidente, Mainda mitaj pedi placa! Taj poné pulpito sjon Cordido... sjon Cordido taj hablá... Bisame que ej un'home chiquito sjon Cordido; taj'ici su cosa. E'visti su levita.

Pandillas de chicos corrían hacia la estación. En los ventanucos, en las puertas, negras de tumusas con los pechos colgando bajo la rodada camisa, veían á lo lejos.

Se escuchaba el rumor de una gallera. A ciencia cierta, no se sabía si era una recepción oficial ó una pelea de compromiso.

Calle arriba, portando su barriga un buen señor con sus periódicos bajo el brazo, detuvo á un jovencito que en sentido inverso parecía huir, manifiestamente malhumorado, de aquel festival:

—Mira, ¿qué es lo que hay, chicharrones?

—No, sinvergüenzas, ¡este país se perdió!

Y con una cólera de lo más independiente calumnió al Ilustre Concejo Municipal y al país,

llamó estúpido á Carlos Brandt y dijo que iba á decir cuatro frescas por la prensa:

—Esto no tiene composición—añadió—; ahora escribe de arte, cualquiera.

El gordo se sonrió y continuó imperturbable.

Pasó la noche y Bebé no fué. Mandó recado con Pepito. Imposible. Estaba invitado á comer casa de Z, luego una velada literaria en donde se soportaría un drama de Linares. Se trataba de la regeneración del teatro nacional. La escena ocurría entre dos venezolanos que se encuentran en San Petersburgo. De lo más original. Terminaría tarde la recepción.

Ella se prometió verle muy temprano. A las seis ya estaba en pie. Los ojos brillantes, de muy buen color, peinada con gracia, vestida de muselina blanca; las mangas rasgadas dejaban ver casi enteros sus brazos redondos y blancos hasta la leve sombra de las axilas... Bajo la blusa abultaban redondos y fuertes los senos. Parecía estar envuelta en una onda cálida, en una voluptuosidad comunicativa. Fresca y apetitosa como fruta en sazón, Carmen Teresa no pudo menos de besarla en las mejillas encendidas; Pepe le dirigió un piropo cuando se desayunaban:

—*¡Cuñá!* Estás gorda y buena moza; te has cogido tú sola el temperamento. Con voz trasnochada relató las mil impertinencias de la comida, de la velada, de las conversaciones... ¡siete brindis! Una oda de Tejera "Al descubrimiento de

América", recitada por un jovenzuelo que estaba mudando la voz, cuatro composiciones más, en fin, ¡un horror! A él mismo le obligaron á sentarse á la derecha de Bebé, quien íntimamente le manifestó su contrariedad... Aquello no era republicano, ni restaurador, ni nada; mejor lo hubieran hecho bailando.

—¡Ay!, niña—interrumpió Carmen—¡cómo sería eso con aquel calor! A Pepe se le podía exprimir la camisa. Y le preguntaron que por qué no fuimos nosotras; ¡figúrate! Los tres sintieron un desdén valenciano, de civilización superior. ¡Despreciaban aquellas veladas cursis de cabecera de distrito!

Rieron. Josefina se sirvió dos tazas de café eon leche y acabó la mantequilla... Reprochaba todavía á aquella población de imbéciles, ¡como si nunca hubieran visto un presidente! Era feliz. Sentíase dichoso esa mañana. Ella también tenía la culpa de sus desazones, por la manía de mortificarse á sí misma y andar siempre con ideas tristes.

Tocaron á la puerta. De un salto fué á abrir. La negra Petronila entró aceleradamente; hablaba ahogándose:

—Ahí viene... ahí viene; lo dejé en la esquina... ¡está gordo y buen mozo!

—¡Sí, pero anda, quítate ese fustán tan sucio! ¡mira que das pena!

No tenía otro... Entonces Josefina subió corriendo y le trajo una bata de ella.

—Toma, ponte eso.

En ese instante él entraba sin llamar. Volvióse hacia la calle despidiéndose de alguien que le acompañaba.

—Hasta ahora.

—Hasta luego, mi docto—dijo desde afuera la voz conocidísima de Guillermo.

Bebé distribuyó media docena de frases afectuosas, hizo un chiste nuevo y á la media hora ya había afirmado que el dique era una gran cosa, que el doctor Valbuena tenía talento, que el puerto era menos caluroso de lo que él creía y que sólo sus deberes le impedían permanecer más tiempo en una población tan simpática.

Pepito se ausentó para ir á la estación. Un reclamo de unas naranjas de San Diego que tenían tres días en camino y no llegaban. Carmen Teresa fué á dar una vuelta á la cocina.

Los novios quedaron silenciosos unos instantes.

Ella respiraba con fuerza, agitada por las emociones de la mañana; su pecho hermoso y fresco se alzaba hinchiendo la muselina que muy cerca del cuello se entreabría dejando ver la piel blanquísima... Miraba á Bebé con enternecimiento; la línea de los ojos se alargaba dándole á su mirada una expresión de ebriedad.

Él arrimó su silla y la cogió por los codos atrayéndola á sí. Se besaron. Dejó que él le apartara los bucles para acariciarle con un mordisco de labios el lóbulo de la oreja; con las cosquillas de

aquella caricia lo tuvo oprimido sobre su hombro algunos instantes. Pero se volvía loca entre aquellos brazos; una onda cálida le ofuscaba la vista, y hubiera querido abandonarse ahí mismo, ser mordida, ser estrechada fuertemente. Besada en la boca, los labios se le abrían encendidos y húmedos como fruta mañanera. Ya no pensaba, y con presiones de mano accedía á todo lo que él le suplicaba, como abstraída en un sueño mucho tiempo esperado... Y él hablaba, á ratos severo, retorciéndose el bigote, á ratos amoroso y rendido, oprimiéndola dulcemente las manos que tenía asidas contra su pecho.

¿Qué decia? Lo de siempre: consejos vanos, frases de afecto, sinceridades de opereta; pero Josefina adoraba las palabras que le oía; las escuchaba con deleite, las hallaba nobles, generosas, llenas de amor, y se abandonaba á las nuevas promesas que él le hacía, con la dulzura inefable del enfermo cuando lo cambian de lecho. Un aire de intimidades amorosas les envolvía, y perdieron la noción del tiempo, de la hora, del lugar... Cuando Carmen Teresa entró, Bebé decía:

—Ya empezó el calor.

En efecto, debía ser caluroso aquel corredor: ambos tenían las mejillas encendidas. Pero hablaban con una frialdad desesperante.

Fué un día amable; las horas corrieron fugaces. A instancias de todos, él se cambió su paltó

de paño por una blusa fresca que Pepito le facilitara. Estaba alegre y familiar. Habló de su terruño, del clima que arrebola las mejillas á las mujeres y las hace adorables, de sus campañas cuando fué médico de un batallón, de las proezas del general Castro cuando estaba inédito, una de las cuales, la de caerle á tiros á un cura, impresionó vivamente al auditorio. A las cinco, una falúa de la Aduana los paseó por la bahía; quisieran ir hasta afuera, pero la vista de las líneas ondulantes de un azul más cetrino, causó miedo á las mujeres; ya comenzaban los vaivenes del bote. Un crepúsculo suave caía sobre las aguas entre ráfagas calurosas, la música de la charanga militar llegaba resonando. Del tope del Castillo, la bandera se abatió y entonces cesó la música con un redoble sordo. Desde la borda de una balandra pedían á tierra algo dando gritos; en otra se rasgueaba un *cuatro* con tonada triste y monótona que evocaba ocios de domingo. Las líneas del agua partían ensenadas distantes ó reflejaban el cielo en una infinita claridad de vacío; y se invertían en el agua masas grises, siluetas de objetos, mástiles que parecían punzar el fondo... Una luz del Hotel de los Baños trazó un camino de oro hacia alta mar. En un extremo distante, el cadáver de un vapor de hierro echado de proa, perfilaba su ruina lamentable. Ya no podían precisarse las murallas del dique flotante, la línea baja de los muelles y el panorama lejano

del puerto... Entonces regresaron, silenciosos, aletargados por el tinte desvanecido de las cosas y aquel aire que sabía un poco á marisco y un poco á brea.

En la noche, él se marchó después de comer. A duras penas se había eximido de visitas y cumplimientos. Al fin, ofreció volver á la siguiente semana. Estaba encantado, se tuvo que quedar hasta el lunes; pensaba irse en el primer tren por la mañana.

Josefina fué feliz. Apenas se dió cuenta de que él se iba. Confiaba verlo al siguiente día. Rendida por las emociones, durmió agitada de sueños: primero era una luz dulce, como de capilla, como de amanecer; en un bote, recostada en brazos de él, se deslizaba por un río muy ancho, y se oía un vals viejo lleno de cadencia, el vals de la serenata... Una orilla era la calle del Mercado. Pasaban dos curas bailando; el uno parecía ser Benítez; se sonreía y asomaba una pierna transparente y velluda... El otro iba de espaldas y entonaba el Morrongo, llevando el compás con las manos. Saludaron. La barca se deslizaba serena. Ella preguntó qué día era:—¡La Porciúncula!—gritó una voz desde la otra orilla... De pronto, Isolina, seguida de su familia, llegaba despeinada al borde del río... parecía desesperarse; vestía de amarillo canario; antes de que pudieran sujetarla, se lanzó al agua; ésta se coloreó de amarillo. El cielo estaba lívido... ella estrechaba

á Bebé... Una angustia espantosa la sobrecogía. Isolina venía á arrebatárselo y entonces se aferraba á él con fuerza: ¡No, no, nunca!... La otra nadaba, nadaba, nadaba hacia el bote que se había quedado inmóvil. Ella gritaba al remero que huyeran; pero al alzar la cabeza vió que Verdú permanecía extático, con el remo en una mano; con la otra leía un discurso: "... la diosa Razón, que al iluminarnos la senda del progreso, presta sus graciosos dones..." Isolina se acercaba con la cabeza fuera de agua... gritaba cosas atroces, se sofocaba. Al agitarse salpicaba ya á los del bote... Josefina clamó: —¡Verdú, por Dios! Verdú levantó los ojos de la lectura. La vió serenamente; él no creía en Dios. Y por fin, Isolina se asió al borde de la embarcación. Lucharon un rato. Desde la orilla las Montesillos gritaban. Misia Ana Josefa rezaba la Magnificat... Y el bote se volteó. Las dos, ahogándose, disputábanse á Bebé, cuya cabeza, convertida en un queso de Flandes, flotaba en una zona aceitosa. Ambas trataban de agarrarla, pero se les escapaba. La voz de Verdú decia desde el fondo: ¡Es una sustancia oleaginosa! Las dos, abrazadas en lucha, bajaban hacia el abismo... Sobrecogidas de horror, vieron en una caverna á un monstruo, mitad género blanco, mitad papel de cigarrillos... El monstruo se quitó los lentes, limpióselos con las escamas de una aleta y sonrió: "¿Ustedes por aquí?" Era Goenaga. Pero entonces se oyó

llorar un niño, y el monstruo, calándose los lentes, dió un rugido y desaparecío revolviendo el agua.

Josefina se despertó llorando y tuvo vergüenza de relatar aquel disparate.

X

—¿Y cuándo fué... santo Dios?—le preguntó la hermana cubriéndose la cara.

Josefina no podía contestar... Un sollozo alzaba el tumulto de su pecho; apoyada en un brazo del mecedor, después de confesarlo todo, escondía la cara sobre el hombro... Pero detalles, ¿para qué? Ya ella supondría. Aquello era terrible... aquello era espantoso. ¡Dios santo! Y qué harían, San Antonio bendito.

San Antonio no tuvo á bien responder. En cambio Josefina, dominando los sollozos que la ahogaban, exclamó lentamente:

—La única culpable soy yo... Me iré.

La voz le temblaba á flor de labios.

Carmen Teresa se abrazó á ella y lloraron juntas.

—Sí, me iré á cualquier parte.

—No, no.

—Sí, yo, yo tengo la culpa. Ustedes no deben cargar con eso. Dios no me abandonará.

—No, Finita, no. ¡Ni nosotros tampoco! ¡No digas más eso, no lo digas más! ¡Pero Dios mío! ¿por qué no avisaste antes?... ¡Cuando había remedio!...

Ella repuso con acento triste:

—Y antes, ¿para qué?... Siempre era lo mismo...

Ya no lloraba. Como aletargada por el esfuerzo de la confesión, admirada de una energía cuya posesión ignoraba, los ojos se le quedaron secos y apenas en los labios le temblaban las palabras, que nacían firmes en su alma...

Por fin, Carmen se atrevió á preguntarle:

—Y él... ¿lo sabe?

Ligeramente ruborizada contestó, que desde antes del viaje, hacía cinco meses, todo se lo había dicho; que de todas maneras trató de ocultárselo á ellos, pero que al fin, no pudiendo más disimular, abandonada de él — pues abandono era aquel silencio, en contestación á sus repetidas cartas y el no haber vuelto desde su segunda visita á Puerto Cabello—, resolvía confesárselo... No se atrevía á decírselo á su madre... le faltaba valor...

—Me da muchísima vergüenza—añadió—. Y tornó á esconder la cara en el hombro de su hermana, que le daba consuelos incoherentes, mitad censura, mitad compasión... ¡Qué conflicto! ¡Cómo decírselo á Pepe!...

Ante esta idea ella volvía á su manía de irse, de arrostrarlo todo, todo...

Pero su hermana, reponiéndose un poco, le habló con serenidad, tratando de calmar aquella desesperación que ya no lloraba, aconsejándole ardientemente que debía resignarse, que, primeramente Dios, todo se allanaría: ella se lo diría á su mamá, á Pepe, á quien fuera preciso, ¡pero sin dar un escándalo tan feo!... ¡Qué necesidad había de que se apercibiera nadie de una cuestión íntima! No, no; debía procederse con calma, con prudencia.

—Quizás así...—continuó sonriendo tristemente.

—¿Quizás así que?... Aquella palabra de "prudencia" le recordaba amarguras pasadas.

—Él mismo cumpliría con su deber, volvería sobre sus pasos... Yo misma le diría...

—¡No! eso nunca—exclamó orgullosamente—. Primero la muerte antes que suplicarle nada. ¡Oyelo: primero la muerte!

—Y pasando por ese pequeño orgullo, ¿prefieres un escándalo tan feo?

—Lo prefiero.

No hablaron más. Las dos hermanas se comprendieron... Y durante un instante la mujer estéril sintióse dominada por aquel aire de orgullo y de dualidad que parece envolver á la mujer fecunda.

Días angustiosos vinieron. Desde su cuarto, el oído en la cerradura, las mejillas encendidas, procuraba percibir lo que contestaría Pepe al referirle Carmen Teresa... Cada día ésta se proponía declarárselo, pero él llegaba y le faltaba valor.. Por fin un mediodía Josefina creyó oir... Sí, no había duda... Le decía todo... Poseída de angustia escuchaba... Las voces se mezclaban confusamente... Carmen parecía suplicar. Él respondía duramente, casi grosero, con aquel tono insultante que tanto le conocía.

"¡Ella no tiene la culpa!..." —gemía la voz suavísima. No había duda... Ya estaba lanzada la palabra fatal... Josefina sintió oprimírsele el pecho; una oleada de sangre le caldeó el rostro, y corriendo como una loca por el cuarto, recogiendo objetos, abrió el baul para arreglar un bojote y marcharse á la calle, lejos de aquella última humillación... donde no oyera aquellas censuras vergonzosas... Las voces resonaban más alto.

—¡Pero, Pepe, por Dios! Si ella no tiene la culpa... ¡Si ella no tiene ninguna culpa!...

Josefina corrió á la puerta para ir al encuentro de él y responder á todos los cargos; ella era la culpable; su hermanita no podía sufrir así por ella.

—¡No! la tengo yo—exclamó Pepito con sarcasmo—. ¡No hay un solo calzoncillo que no tenga una tronera atrás! Es que lavan con un hueso... Ya no me queda ropa...

Qué grotesco aquello. Hablaban de la lavandera.

Al fin, una mañana, estando todavía adormitada, Carmen entró..., se sentó en la cama junto á ella, y le dijo con resolución:

—Ya se lo confesé todo...

Josefina se incorporó con una pregunta muda en los ojos:

—... traerá á mamá; no tengas cuidado, que él no se dará por entendido; no te dé pena. Ahora, la participación á mamá hay que hacérsela. Me ha parecido lo mejor.

Josefina continuaba interrogándola con la mirada.

—¡El pobre Pepe! ¡El tiene sus cosas, pero es tan bueno! Me dió más bien valor... Me animó mucho... tú debes quererlo como lo merece... se manifestó conmovidísimo; me habló con tanta seguridad, que yo me tranquilicé por él... ¡Tú sabes el genio que tiene! Pero con mucho juicio, me estuvo diciendo su opinión. Estamos muy de acuerdo. ¡Antes que todo, no dar el escándalo!

—Lo veo tan difícil—dijo tristemente Josefina, y una lágrima se le quebró en los ojos.

Su hermana, en un acento tierno y ruboroso, le comunicó una idea; ¡era la salvación!... Ella estaba casada... nadie se fijaría viviendo como vivían... luego, nada más sencillo que...

No pudo terminar. No la dejó terminar Josefina... El amor entrañable que se tenían las hermanas estalló en mutuas caricias; las dos cabezas, una negrísima, la otra como una aleación de bronce y oro, confundían sus cabellos.

Cuando se besaron, Carmen le dijo:

—¡Ya ves, negra, no tengas miedo!

—¿Y Pepe?...

—¡El está en cuenta, Dios mío! ¡No sé cómo tuve valor para proponérselo!

El sábado de esa misma mañana resonaron en el zaguán los pasos vacilantes de misia Justina, á quien la obesidad obligaba á marchar como un marino de alto bordo.

Ya estaba ahí. Carmen Teresa salió á abrazarla, y Josefina, no pudiendo dominarse, se lanzó en los brazos de su madre.

—Estás gordísima, hija—exclamó con voz ahogada. En verdad se ahogaba. No encontraron coche en la estación y el trecho á pie era cosa larga... ¡y con aquel calor!

Un poco perpleja, sintió que su hija la estrechaba con fuerza y que lloraba copiosamente en su hombro... ¡Ah! lo comprendía: él se portaba mal, ella estaba resentida. A la pobre señora se le humedecieron los ojos, pero hizo un esfuerzo y trató de consolarla. Era una tontería, no debía llorar. ¡Los hombres son tan malos! Volvióse ha-

cia la otra hija, que inclinaba la frente, muy pálida, con una angustia mortal en los ojos...

—Yo que no sabía, niña..., agregó misia Justina en tono compasivo.

Pepito se metió en el cuarto so pretexto de mudarse de ropa.

La mañana transcurrió sin otra novedad. Se percibía una atmósfera tirante, insostenible. Cada palabra pensábase mucho... Josefina se quejó de dolor de cabeza. Su madre la encontraba un poco ojerosa pero muy repuesta. Respiraba salud. En cambio Carmen estaba más delgada. La casita era muy simpática. La cocinera parecía muy buena. Eso sí, ¡qué calorón!...

Desvestíase en el cuarto de Carmen Teresa mientras daba á ésta noticias de todo...: la casa siempre visitada, á pesar de no estar ellas. Bella era la que siempre estaba recibiendo visitas... de lo que estaba pasando nada sabía... Bebé siempre la saludaba. Verdad que no fué allá sino unas tres veces después que ellas se habían venido; pero le había parecido que siempre era el mismo... En fin, hija, ¡qué de cosas! Decían que él tenía amores con la hija de Cruz, que está en Antímano, como ya sabían. Sin embargo, no lo creía, no lo creía. ¡Aunque los hombres están tan perdidos de Crespo para acá! Mi pobre muchacha...—exclamó con tristeza desajustándose el fustán.—¡Dios es muy grande!

Arriba no se oía nada. Josefina aguzaba el oído

á la conversación... y percibió que Carmen Teresa decía muy pasito algo que repetía muchas veces:

—Virgen del Socorro — exclamó la señora desesperada—...Y cuando corría hacia el alto, ella se precipitó á su encuentro. Madre é hija se abrazaron entre un mar de lágrimas. Doña Justina, con las manos en la cabeza, se arrancó de los brazos de la hija y se echó de rodillas ante los Santos. Carmen, atribuladísima, se había llevado á Josefina. Pepito trataba de calmar á su suegra. Las sirvientes se asomaron al corredor. La casita retemblaba con los lamentos que misia Justina daba á grito herido, tomando por testigos los Santos más connotados, las Vírgenes que han dado menos que decir, Nuestro Señor en el Huerto, Nuestro Señor en la Columna, Nuestro Señor Crucificado, los doce Apóstoles, Santa Rita de Casia, los ojos de Santa Lucía... Era una gritería espantosa.

Sin acabar de vestirse, en fustán y cotilla, clamaba ante el altarcito donde media docena de cromos mostraban una delegación de la Corte celestial: Santos varones de símbolos complicadísimos, que llevan una ciudad en un plato y con la otra mano bendicen á un tullido; Vírgenes que recuerdan el rey de naipes ó ángeles que se asoman al Purgatorio para informarse si queda allí algún ánima de la familia.

—¡Por Dios, misia Justina! ¡Está dando un escándalo!

—¡Ay, Pepe, hijo—gritaba con la cotilla abierta—, qué golpe tan grande!

—Pero, cálmese, misia Justina, cálmese!

—No, hijo; esto es una desgracia inmensa. ¡Si Belzares estuviera vivo, gran poder de Dios!

Por otra parte, Carmen Teresa, oyendo los gritos, no se resolvía á abandonar á su hermana, que juraba, mesándose los cabellos, ir á tirarse al muelle.

Los alaridos fueron cediendo... Pepe, como en el puente de un barco que naufraga, tomaba providencias rápidas: cerrar las ventanas, mandar para su cocina á las sirvientes, hacer callar á su suegra que, enronquecida, como loca, se estrechaba contra un Niño de Atocha maneto que conservaba desde su matrimonio.

—¡Gran poder de Dios!—repitió—. ¡Si Belzares estuviera vivo!

—Entonces, Pepito, irguiéndose, le dijo con tono severo:

—Eso no, misia Justina; ¡aquí estoy yo!

—Usted no sirve para nada. ¡Aquél sí era un hombre!

Pepito se violentó. Con voz colérica que fué disolviendo en tono de profundo resentimiento, reclamó su derecho en el asunto. Se le ofendía. A él tocaba pedir cuenta de aquello, poner las cosas en su lugar... "Las mujeres no saben sino gritar..." "los hombres tenemos que dar el frente, y como se da el frente". Había que recordar que

él era Salcedo Gutiérrez... ¡Que á él no lo chivateaba nadie!

Y con violencias verbales, creyéndose ya frente á su ofensor, paseándose á grandes trancos, dijo que donde él se paraba quedaba el tierrero, que á él no se le arrastraban cueros! Y, ¡qué caray! Se iba ya para Valencia á meterle una bala á ese vagabundo!...

Entonces cambió el cuadro. Las mujeres lo rodeaban sosteniéndolo; Carmen Teresa dejó á Josefina con peligro de que fuera y se tirara al agua: él quería zafarse, pero no podía; jadeaba; pedía á gritos su revólver. Las mujeres, aferradas á él, no le dejaban.

—¡Ves, mamá; ves qué imprudencia la tuya!—gritaba Carmen Teresa.

Misia Justina, alarmadísima, le abrazaba llamándole hijo, haciéndole reflexiones, suplicándole.

Entonces, vencido, pálido de ira, se echó en una silla, y con un tono de lo más sombrío, rugió entre dientes:

—¡Bueno... bueno... dejémoslo de ese tamaño!

—Qué desgracia, ¡Dios mío!—sollozaba la señora á media voz.

A todas estas, hubo que atajar á Josefina, que estaba empeñada en tirarse al agua y que buscaba entre los frascos de elixir y bicarbonato un tóxico.

Por prudencia, la negra Petronila escondió el jarabe de Fellow.

XI

Ya al salir para la estación, misia Justina y Carmen Teresa le hacían súplicas encarecidas: nada de violencias; ¡por ti, por nosotras mismas, que quedaríamos sin apoyo!

Misia Justina tenía mucha fe en el escapulario de Nuestra Señora del Carmen; se lo había hecho prender sobre la guardacamisa para ir á hablar "con ese hombre desalmado".

—Yo tengo mucha fe—repetía.—En verdad, aquel escapulario, ya venerable en los fastos de la familia, era el mismo con que Belzares visitara á Andueza para conseguir un puesto. ¡Ah! si hubiera seguido su consejo y lo hubiera llevado cuando fué á hablar con Crespo, ¡qué distinta cosa!

Suspiró hondamente. Pertenecía á esa clase de seres que encadenan las cosas triviales de la existencia, siguiendo un orden absurdo.

Pepito prometía contenerse. Era mucho lograr de su carácter; pero la vida presenta exigencias

indeclinables; había que someterse á las imposiciones humanas, á las consideraciones sociales, á las circunstancias...

—Recuerde, hijo, á nuestro Señor delante de Pilatos—le decía su suegra poniéndosele por delante.

Él se inmutaba y prometia recordarlo.

Cuando besuqueado y haciéndole cruces en la frente, en los hombros con el pañuelo, se marchó de prisa porque podía dejarlo el tren, empezaron ellas á rezar "Los Quince Misterios."

A las diez y media bajó, en Camoruco. De allí fué directamente casa de Bebé. Tanto en Puerto Cabello como en el trayecto tuvo que soportar recados afectuosos. Un mozalbete intelectual que aspiraba á figurar lo llevó aparte y le recomendó con tono enigmático:

—Oye, chico, méteme un canoazo; mira que yo quiero ser persona con el hombre.

Él, vagamente, aunque todavía orgulloso de su privanza, así se lo prometió.

—Dile muchas cosas al *doctor* en mi nombre; que aquí estamos sus amigos. El sabe; nada tengo que decirle. El sabe que nosotros no somos bailadores de cuadrilla sino de los momentos difíciles. Esto lo añadía desde el andén, en alta voz.

No estaba Bebé en casa; pero resolvió aguardarle. Queria regresar esa misma tarde con la razón definitiva. Sus asuntos debían ser así, ca-

racterizados. Los policías porteros lo saludaron cariñosamente, con esa servilitud subalterna propia de los pueblos militarizados.—¡Que dice el coronel!—¡Siempre á la orden del jefe!—Es una jerga de campamento, muy venezolana, muy sinvergüenza.

En esto entró un señor calvo, bonachón, con leontina como un ancla de buque. Llamábase Abutarda. Estaba muy contento de hallar al amigo Gutiérrez. Por costumbre afectuosa, casi siempre suprimía á sus conocidos el apellido paterno. No era ironista, sino un sujeto todo almíbares. Un hombre de negocios, con buena posición. Nunca se metía en política. Adulaba por hábito: desde el turco á quien comenzó por servir en un mostrador, hasta el presidente que tuvo *negocios* con él. No era malo; sostenía una larga familia. Capaz de cualquier infamia, tenía un corazón excelente. Dió á Pepito una palmada en la pierna:

—¿Y ese puerto, cómo está?

—Bueno...

—Las muchachas deben de estar gordazas.

—Sí, están repuestas.

—A ti también te ha ido bien.

—Por lo conforme.

—Oye: es que con un gobierno como éste, chico, no le puede ir mal á nadie... ¡Digan lo que digan, este hombre es lo mejor que hemos tenido! Sales Pérez no se portó mal, no, señor; yo soy amigo de Pancho, pero no hay comparación,

no hay comparación... —En su inconsciencia servil, comparaba á aquel epiceno, á aquel sér neutro de político y maestro de ceremonias, que llegó aquí arruinado y se fué llevándose unos reales, con Sales Pérez, lo único que de mucho tiempo á entonces hemos tenido como administrador.— Y lo que es el general Castro no tiene de qué quejarse: muy pocas recepciones se le han hecho como la de aquí... nadie se negó... fué una cosa espontánea, cariñosa... costó un platal... nuestras señoras fueron á recibir á los esposos... El mismo padre Arocha, con aquello del continuismo, ¡siempre tan oportuno!

Pepe oía fastidiado aquella enumeración que escuchaban complacidos los policías á quienes se volvía sonriente el admirador de las puras glorias de *Valencia social.*

Después, inquiriendo la hora, Abutarda añadió:

—Mira, chico, ¿se tardará mucho *el doctor?*

—No sé.

—Digo, como tú eres de la casa...

—Puede venir ahora—contestó más afablemente...—A las once, si no está muy ocupado.

—Yo no vengo sino á saludarlo; me voy de madrugada para Los Tres Ñames.

Bajó la cabeza, se enjugó el sudor y viendo un "cuerpo entero" de Castro—era aquel recorte de cartón que andaba incorporando la menguada figura del Restaurador en las oficinas públicas y en algunas casas particulares, en actitud

de estadista, de levita gris, la mano apoyada en una columna—, Abutarda exclamó:

—¡Miren al hombrecito, tan chiquito y todo lo que ha hecho! Aquí en Valencia debíamos haberle cogido cría con una buena muchacha.

Tenía gracia la especie. Verdaderamente, quizá Bebé adelantándose á tan justos deseos, ya había tratado el punto.

Un coche paró á la puerta. El presidente de Carabobo entraba. Los policías se pusieron de pie.

Por fortuna venía solo. Al ver á Pepito lo saludó alegremente:

—¡Hola, chico, qué tal! ¿Cómo están allá?

Reparando en el otro, agregó:

—¿Amigo Abutarda, usted también por aquí?

Mandó servir brandy. Brindaron y encendieron cigarros. Charlaron de todo. Pepito, reconfortado por el licor, contestó discretamente. El otro hacía el gasto de la conversación.

Observaba Pepito el aplomo risueño de Bebé, su desenfado, su soltura, y sentía no tener valor para hablar de aquel asunto tan enojoso. Por un momento hubiera querido que aquello no fuera cierto, que las cosas se quedaran sin consecuencias. ¡Era tan duro perder un amigo como aquel! ¡A cualquiera lo ponía él en su caso!... ¡Su posición, su importancia, quizás la libertad, acaso la vida! Había oído decir que los andinos son malos enemigos; tuvo un instante de debilidad, pen-

sando en lo serias que se le estaban poniendo las cosas. Imaginóse insultado, foeteado, perforado por la barriga, retorciéndose en el suelo como una iguana herida... la inmunidad del otro... O lo que era peor, zurrado de madrugada, en la cárcel, por don Simeón el alcaide.

Abutarda en aquel momento ponderaba las energías de Bebé con motivo de la prisión de Velazco Tapia.

Un miedo de muchacho que va á tomar un purgante le ponía tembloroso y sudado. Pero al llevarse la mano al bolsillo para sacar su pañuelo tocó el escapulario. Vióse en la casa: su mujer llorando, su suegra con las manos en la cabeza dando gritos, su cuñada queriéndose envenenar con bicarbonato, y se recuperó no obstante, ofreciéndose á sí mismo proceder con serenidad. Quizá él no se daba cuenta que para la serenidad deseada, la mejor válvula era aquel miedo tan importuno, que nunca le había empezado así, tan de repente, tan de terciana, tan pegado á los huesos...

Abutarda se despedía. Bebé le acompañó hasta la puerta; y cuando regresó, mandó á Pepito que pasara á su pieza.

Pepito se sentó en una mecedora. Con toda confianza, el presidente, luego de quedarse en mangas de camisa, dándole la espalda, púsose á orinar, hablándole en tanto de cosas diversas:

—De modo que les ha ido bien en la casa...

las muchachas están contentas... ¿Tú te llevaste á misia Justina?... Bien hecho; á su edad... ese viaje le va á hacer mucho provecho...

¡Aquel hombre que hablaba con tanta naturalidad, acaso creía engañarle! Debía ser un bribón por los cuatro costados para poder aparentar tan bien. Sin embargo, contestó vagamente á las preguntas que le hacía, y asintió con monosílabos á sus excusas por no haber podido ser puntual en sus visitas como se lo prometiera.

—Pero, tú ves—agregó—cómo vive uno aquí con tantas calamidades encima...—bostezó.

Entonces Pepito se atrevió á decirle:

—Misia Justina lo espera hace días para hablarle muy seriamente, porque hasta allá ha llegado el rumor de que usted tiene otra novia, aquí, en Valencia.

Manifiestamente contrariado repuso:

—No hay tal; y además, caso de que hubiera, no sería motivo para que esa señora hablara seriamente conmigo, como dice usted...

—Estoy en cuenta de que misia Justina puede hablar á usted de ese modo, pues ya no es un secreto en la casa la desgracia que le ha sucedido á Josefina con usted. Y precisamente he venido á Valencia á ver qué consigo de su generosidad en ese sentido, á ver cómo se remedia eso. Porque usted comprenderá, doctor, que cae sobre esa pobre familia una gran desgracia; ellas son de la primera sociedad de Valencia, y si usted no

repara el daño, se verán apartadas y despreciadas. Usted sabe cómo es la gente.

Bebé, incorporándose, un poco sorprendido, le interrumpió colérico:

—Tantas palabras de usted, ¿son para significarme, según eso, que estoy obligado á casarme? Yo no veo quién me obligue á tal. Lo que ha sucedido es, como dice usted, realmente una desgracia; pero yo no estoy en condiciones de repararla, casándome. Comprenda usted que yo estoy muy por encima de las intrigas de ustedes; mi situación política me coloca en lugar excepcional. El general Castro es, no sólo mi jefe, sino mi protector. Ninguno más que usted lo sabe. Entonces ¿quién puede obligarme? Su gestión ante mí debe ser otra, pues esa desgraciada criatura al fín es hija mía y yo debo, naturalmente ver por ella y por su madre.

—Pero, doctor, si yo...

—Nada, joven; usted se expone, no sólo á perder su puesto y la estimación mía, sino también á que lo pase al Castillo por irrespetuoso. ¿Cómo se atreve usted á venirme á proponer que me case?

Paseábase agitadamente. Pepito, con la cabeza gacha, como un falderillo regañado, había perdido el hilo del discurso preparado, algo así como una loa al Decoro, situándose entre el Pudor y la Sociedad; pero las últimas palabras lo llenaban de terror, y anhelante, deseaba hablar, conven-

cerlo de su pasividad, de su sometimiento. Era cuestión de disciplina. Él era el jefe. En Venezuela, para estos casos, hay mucha disciplina.

Bebé no le daba tiempo; una á una fluían de sus labios las locuciones heroicas: expuso su actitud, sus gestos en los momentos difíciles, sus haberes en la causa, su importancia política y social en el país, su dinero, su intelectualidad: todo lo que la época y las circunstancias hicieron valer á aquel hombre!

Pepito, abrumado, no hallaba como protestarle sumisión. No se le daba tiempo; pero sus intenciones se hacían palpables.

Deteniéndose de pronto en su paseo, le interrogó:

—¿De modo que usted viene de Puerto Cabello á llevarse bajo mi firma, como si dijéramos, el compromiso de casarme con su cuñada? ¡Es gracioso!

—No, mi doctor; yo he venido á recordarle un deber, á insinuarle... pues.—Su tono descendía, se hizo sordo y abyecto.—Porque viéndolo bien, yo antes que todo soy justo; esa niña es más culpable que usted en lo que ha sucedido.

Bebé, sin oirlo, comenzaba á despojarse de su ropa:

—Usted tiene razón. Doctor, yo no puedo medirme con usted; yo le debo atenciones, le debo servicios. Usted es mi jefe. Lo que yo valgo en Valencia se lo debo á usted; el pan mío y de mi

familia se lo debo á usted; no me crea tan ingrato, doctor, no me crea tan ingrato!...

Bebé, asomándose á la puerta, llamó á uno de los policías:

—¡Gumersindo!

Pepito sintió que se le abría la tierra. Como un gamo corrió á asirse del brazo del doctor. La voz y las quijadas le temblaban:

—Pero venga acá, mi doctor. ¡Oiga, yo soy su amigo, créalo, doctor, yo soy amigo suyo!

Bebé se volvió diciéndole bruscamente:

—¡Un momento, joven, déjeme hablar!

Y dirigiéndose al policía le ordenó:

—Hágame llenar el baño—y tornando hacia Pepito, le dijo:

—Bien, mi amigo, ahora voy á bañarme, y luego á almorzar. Cualquier cosa que tenga que decirme, venga esta tarde.

—Doctor, ¡por Dios! ¡No se vaya á bañar ahora; mire que se ha molestado y le puede hacer daño!

Dejándolo solo, repitió desde la otra habitación donde se desnudaba:

—Vuelva á la tarde.

Sombrero en mano, las guías del bigote caídas, trémulo, se marchaba. Estuvo un instante irresoluto; luego, con voz suavísima, asomándose á la puerta del cuarto le dijo:

—Bueno, doctor, eso lo arreglaremos do otro modo. Á la tarde vuelvo, ¿sabe?

Se iba; pero devolviéndose, preguntó:

—¿Á qué hora vengo?

Bebé salió con la toalla en la mano:

—Véngase de tres á cuatro.

Pepito se marchó. Al salir, varios amigos lo saludaron:

—¡Guá, chico, nosotros buscándote! Vimos en *La Lucha* que habías llegado hoy. Te saludan con un suelto cojonudo.

—¡Qué tal!

—Ahí, esperando que nos metas un canoazo.

—Desde que llegué estuve hablando con el doctor un asunto; por eso no he ido ni á ver á la vieja.

—¡Siempre chivateando!

Con optimismo de tercer servicio de brandy, en animada charla, requerido, halagado, brindando cigarrillos de contrabando, exclamó:

—Es que el doctor es muy buen tipo, chico. Con hombres así se puede ir á todas partes. Por eso es que los jóvenes dignos debemos rodearlo.

En la tarde, ya más confiado, oyó cuanto Bebé le expuso, no sin antes protestarle su adhesión y llamarse su amigo incondicional. Aquél le hizo nuevas reflexiones y terminó insinuándole que todo se allanaría.

—Usted tiene razón; hay muchas formas de arreglar eso.

—Sí, doctor, cómo no; tratándose de usted y de mí... ¡no faltaba más!

De súbito Bebé le explanó su idea:

—Mire, yo le voy á dar unos reales. ¿Tendrá con trescientos pesos?

—Eso es cosa suya, doctor—y se le encendió una oreja.

—Bueno; yo le voy á dar trescientos pesos. Usted se va por aquí mismo para embarcarse por La Guaira. En Caracas se consigue una partera, persona reservada, eso sí; allí las hay como la necesitamos. Yo las conozco desde que era estudiante.

—Pero es que...

—Esa es la única forma...

—No, si yo lo que digo...—repuso Pepito algo perplejo.

—¿Qué?

—Digo que yo había pensado otra cosa; es decir, en mi concepto, salvo su mejor opinión.

—¿Cuál?

—Que como mi señora no ha tenido hijos...

Bebé asentía gravemente.

— ... y, como las fechas casi coinciden...

—¡Oh, magnífico! ¡Magnífico, chico, has tenido una idea feliz!

—Usted sabe que entre usted y yo...

—¡Sí, chico, ya lo creo!

—Basta que sea hijo suyo. Un hijo suyo es hijo mío también.

Sonriente, feliz, con extremada afabilidad, se puso de pie... Le dió una palmada en el hombro:

—Bueno, chico, ya verá cómo esto es cuestión de nada; de nada... Uno las cosas las ve siempre más grandes de lo que son... Yo daré la orden esta tarde, y mañana mismo te vas. Ya sabes, nada tengo que decirte. Cualquier cosa, cualquier inconveniente, aquí estoy yo. Está de más repetírtelo. ¡Esa muchacha, la pobre! la salvamos de cualquier modo. ¡¡Pobrecita!!

Hablaron largo; hubo detalles cordialísimos. Él le comunicó muy reservadamente que *el general* pensaba visitarlos pronto. Salieron juntos en coche. Por el camino Pepito le decía:

—¿Usted comprende? lo que he hecho es más bien como por buenos oficios: una obra de caridad; pues no se trata de mi señora, sino de una cuñada que tiene su madre que la represente.

Esa tarde fué un solo *trueno*.

Al siguiente día Pepito tomó el tren de las once. Llevaba carriel grueso mac-ferlane y gorra de viaje. Iba en comisión del doctor. Éste le encareció que no participara nada á la familia hasta no tener todo arreglado. —"Tú sabes cómo son las mujeres" —añadió.—Vaya que si sabía; por algo las conocía tan á fondo. Puso á su mujer un telegrama breve, inexpresivo: "Asunto arreglado. Salgo Caracas comisión privada doctor. Avisaréte. Abrázolas. Pepe." Diez palabras, justamente.

Un grupo de amigos le despidió.

—¡Feliz tú, que te vas á la civilización!

—¡Te acomodaste, chico!

—No dejes de escribir. ¡Acuérdate de los que quedamos en esta parroquia hedionda!

—*Au revoir!*—gritó desde el estribo batiendo un número de *El Cronista,* en que se le despedía: "*Parte hoy con rumbo á la capital de la República, en asuntos del servicio, nuestro querido amigo y compañero el inteligente coronel José Salcedo Gutiérrez, alma exquisita, elemento joven y liberal, decidido sostenedor de la causa restauradora. Deseamos á nuestro querido Pepe días prósperos y un feliz éxito en la Sultana del Avila.*"

XII

Un poco de tiempo como un poco de vitriolo desfiguró las formas del asunto.

Los trescientos pesos y las amenazas acallaron escrúpulos en el ánimo de Pepito; también los acallaron en el de la familia, por esa prolongación de opiniones que ramifica las vértebras de una misma clase moral.

A Josefina, como tenía "su genio", le ocultaron aquel detalle, que misia Justina, llorando, tildó de odioso. Había que conformarse. Y como dijo Pepito:

—¡Déjense de necedades! ¡Peor es nada! Así siquiera hay real con que taparle la boca á la gente.

La muchacha sufría en silencio su vergüenza. Apenas bastaba á mitigar sus penas los cuidados de que la rodeaban.

Ya no salían. Se inventó un mes antes "un tío que vive en Charallave"; semanas después recibieron el funesto telegrama: "se murió el tío"!

Hubo luto; ¡era tan querido aquel tío! La casa permaneció de ventanas cerradas. A fuerza de retraimiento las pocas amistades se resistieron, dejaron de visitarlas, y una mañana la señora Casamassé desembarcó, de monte-carlo, con dos canastas, una irrigadora y un perrito de bolsillo. Pepito la condujo á la casa.

Bella, muy en reserva, hizo la canastilla. Enternecida bordó escarpines, gorritos, culeros, etc...

La señora de Casamassé no podía comer sino legumbres; acaso ostras, huevos tibios, tortillas; no era precisamente vegetariana; pero prefería una ensalada rusa á las albóndigas. Además, sin vino de dos pesos botella, no digería. Era una cosa tremenda estar así; pero era que, materialmente, no digería.

La comedia se desenvolvía. Más de una vez misia Justina metió la pata.

Otro día la señora de Casamassé tuvo que hacerse la sueca, cuando sorprendió al señor Salcedo y á la señorita Carmen Teresa besuqueándose. No se escandalizó, pero se propuso observar y vió que él se metía á media noche, en calzoncillos, en el cuarto de la cuñada. Sin darse por entendida se puso peor del estómago; ya no soportaba sino croquetas de ostión. Había que complacerla. Usaba equívocos. Manifestó que era madre de familia: ¡sus hijas daban gusto! Y ese día no dejó arroz. Por deferencia, comía á la mesa común.

Pepito á veces se amoscaba. Era el colmo; el perrito *Fritz* parecía no querer tampoco digerir... Si no le daban sopas de leche, chillaba toda la noche como un demonio. Dos días antes del alumbramiento, hubo un conflicto. Pepito le dió un pisotón al perrillo y éste escandalizó tanto, que la partera estuvo á punto de marcharse; ¡no faltaba más! Un animalito tan bien educado, que no ensuciaba sino en el corredor, y misia Justina barriendo, le atizaba escobazos á escondidas, llamándolo puerco.

Por fin, torcida, bañada en sudor frío, con el mismo espasmo del placer que ya observó un psicólogo en la maternidad, Josefina fué madre de una rapaza rolliza, bien constituída, linda como todo hijo del amor.

Ese día, la emoción de la abuela por tris lo echa á rodar; afortunadamente las expansiones no pasaron á mayores. Todo se redujo á lágrimas. Pepito, muy serio, hacía su papel. Carmen Teresa, húmedos los ojos, besaba al retoño. Sólo la madre, estrechando la niña contra su pecho, queriendo criarla ella misma, permanecía largos ratos viéndola, muy pálida, sin derramar una lágrima y con una sonrisa triste á flor de labios... La llamaría Dolores, Angela ó Refugio; pero la pusieron Eduvigis: nació el 17 de Octubre. ¡Era una promesa!

Veinte días después la partera se embarcó para La Guaira, con su monte-carlo, sus canastas, la

irrigadora, el perrillo y cuatrocientos bolívares. Iba mal de la digestión, pero ya se curaría en Caracas—según Pepito—, donde la gente pare por semestres... —Grandísima bribona. ¡Tener la desfachatez de ofrecerse "para otro caso semejante!"

La familia pensó regresar á Valencia. Podían estarse unos dos meses más, esperar que pasaran las fiestas del viaje de Castro y luego regresar.

El matrimonio recibió felicitaciones. Bebé puso telegrama á Pepito cuando éste lo notificó del feliz suceso.

Petronila, encantada, cargaba á la niña como un objeto precioso; fiel y callada, tenía esa bondad filosófica de las mujeres humildes.

La primera vez que Josefina abandonó la cama, fué á sentarse en una mecedora, en el balconcete desteñido por las lluvias. A poco Petronila le llevó la niña. Ante aquel pequeño sér, cuyos ojos le hablaban hasta el alma y cuyas manecitas, todavía en incertidumbre medular, ya se tendían hacia su seno, un consuelo intenso parecía envolverla. Con voluptuosidad de convaleciente, besándola muy pasito, le decía secretos infantiles, y contemplándola en su regazo, ya no pensaba tanto en sus penas. Todo lo veía lejano, como entre una niebla, como entre un humo denso.

Sola, bañada por las últimas luces de la tarde,

aspirando esa brisa de Diciembre tan de alegría, tan de años felices, la larva femenina formada de mezquindad orgánica, apegada á ridículos moldes de magnitud, volaba hacia la piedad humana, serenamente.

XIII

Con el sombrero apabullado, un cuello de repuesto en la mano, jadeante, custodiado por la policía, ya casi al salir el tren, se metió en el vagón con urgencia de *water closset*. Muchos días antes en las paredes del Capitolio se leían letreros escandalosos. Algunos de una ironía burda rezaban en letra desfigurada: "Jesús con tú, Macutorio"; otros expresaban frases directas y obscenas. Aquel carbón anónimo fijaba en la pared blanca cuanto desde su llegada á Carabobo se había rumorado en corrillos de esquina y cuanto los independientes de última hora tuvieron la cobardía de enrostrarle! ¿Una calumnia? De todos modos, era una calumnia persistente.

Y así, una mañana, empujado por una ola reaccionaria, lívido de miedo, sin un solo bermellón de vergüenza en las orejas, se metió en un vagón alemán como quien se mete á un "reservado".

Así terminó aquel infeliz...

....

Sin embargo, la excitación duró todavía muchos días. Una pequeña avalancha de pequeñas ambicionzuelas se abatía alrededor de la nueva ley de presupuesto. Todos eran víctimas de Castro. Nunca, ni en los mejores días de Tiberio, ni en los muy felices de la conquista española, vióse tal número de víctimas. Era una verdadera lástima: había víctimas en los ministerios, había víctimas en los consulados, gemían víctimas en las aduanas; y no faltaba un sujeto martirizado horriblemente en la secretaría de la corte federal y de casación; todas víctimas de primera magnitud, porque había también una miriada de pequeñas víctimas que partían el alma. En la historia no se ha visto un país tan martirizado, tan sacrificado, tan catatumba. Y para hacer macabro aquel momento de vida nacional, como dicen los oradores cursis, algunos periódicos comenzaban á asomar de sus cuevas de nueve años las antenas reaccionarias, como esos cangrejos que, en los basureros, esperan que se marche el hombre para devorar su ración fecal.

A Pepito, cuando apenas comenzaba á ensayarse para víctima, le quitaron el puesto porque lo necesitaba otro Pepito, y á los quince meses de cesantía, se le habían torcido los tacones, las camisas comenzaban á deshilachársele y le había caído caspa. ¡Aquel estado lamentable le daba, sin embargo, el aire decoroso de un oposicionista! Del "¿chico, tú tienes ahí diez pesos?"

había llegado al "dame un cigarro", previo el tanteo para buscar en los bolsillos un cigarro imposible, y daba la coincidencia de dejarse en casa los fósforos cada vez que salía.

Les quitaron también las dos escuelas; Verdú dijo en la esquina del Mercado que "se habían apagado dos antorchas"; pero lo que en realidad se había apagado era la estrella de Pepito. Pasaba días enteros en las jugadas; íbase al puente Morillo á ver correr el río, á las barberías á leer los periódicos, ó á la estación para saber quién venía de Caracas.

La ociosidad le trajo sus antiguos gustos literarios. Aquellas cóleras contra los "clásicos en desuso", resucitaban en él con más furor. Todavía Valencia no era decadente y en literatura juzgaba más borracho á Rubén Darío que á Julio Flores. Pero á Pepito le atraían las cosas tétricas: los versos de Flores, más llenos de gusanos, que no había por dónde cogerlos, le hablaban "algo íntimo, algo suyo".

Sus opiniones eran esa mezcla incoherente y superficial con aquello de "hermanos en Arte" y "desprecio á la turba".

El amargo de cidra le hacía olímpico; abajo, en el comercio vil, entre baratijas, huacales y madapolanes, bullían los burgueses sórdidos, enemigos del Arte, de panzas redondas. A él le exasperaba que aquellos señores hicieran sus tres comidas y que se les diera una higa la literatu-

ra, inclusive Julio Flores. Eran despreciables; trabajaban como negros. "El Arte es una aristocracia".

En cambio las mujeres de su casa madrugaban; primero hicieron empanadas para la venta. Era un comercio exiguo y triste; con un capital de veintiocho reales, mitad de las costuras de Bella, mitad de un corte sin hacer que había vendido Josefina, trabajaron un mes. Apenas comían. La leche de Eduvigis no podía faltar. Primero fueron las joyas á las vidrieras de Mirlin; otro día unos muebles todavía nuevos, aparecieron casa de Nevero; se vendieron prendas; se rifó el reloj de Belzares en cincuenta acciones. Petronila desde muy temprano gemía en los zaguanes: "biscochuelos, papitas de leche, torrejas de las niñas Belzares"; pero ni las torrejas, ni las papitas de leche, ni los bizcochuelos, se vendieron al fin; y un día misia Justina, calándose la gorra, fué á hablar con Goenaga para conseguir tareas de cigarrillos. A las dos regresó á su casa; no habían almorzado; pero él le ofreció que al regresar Corao de Europa y al rematar el "negocio", "vería á ver" si les conseguía.

Cuando no hubo qué rifar, cuando no hubo qué vender, ante el problema diario de la comida, pues para deudas ya habían recorrido la escala de las mortificaciones, — el dependiente principiante, que muy ruborizado ante las muchachas, busca el legajo de recibos diciendo: "aquí

hay una cuentecita", el lechero que caracolea el burro y el panadero que golpeando las tapas de los barriles cobra á gritos desde el medio de la calle, y el cobrador ducho de mirada hosca que dice proceder de "otro modo si no le pagan"— ante la miseria multiforme cayó sobre ellas esa resignación tardía, mezcla de cinismo doloroso que hace burla de su propio estado y de apariencia lamentablemente presentada, en que se incluye el *santo* de las amigas, los sandwiches atrapados en el pañuelo ó el plato de un manjar especial que las vecinas envían para que prueben.

En el fondo de aquel cuadro grotesco, como borrada por esfuminos, Bella desapareció, consiguiendo pasaje gratis en una peregrinación y una plaza de sierva del Santísimo Sacramento. Allí continuaría bordando soles y rezando por el alma del padre Benítez. Como una fruta horra, como uno de esos productos vegetales que ni maduran ni florecen, se secó para los demás secándose para sí misma. En la comedia de su casa no fué sino un testigo ocular.

Un día á las diez Eduvigis lloraba. A esa hora Petronila logró "como cosa de ella" que un vendedor le regalara media botella de leche; al otro no hubo ese recurso, y cuando Pepito entraba de la calle recitando:

En esa hora gris, en esa hora
muda y sombría en que el dolor embriaga...

notó asombrado el aire de consternación que había en la casa. Quedóse un rato perplejo, fué hasta la cocina para encender un cigarro. Ronroneando, despreciativo y filósofo, el gato dormía en la ceniza. Sintió rabia por aquel animal, rabia de ser inútil hacia la bestia rapaz y valiente. La casa era vieja y llena de ratas: Togo se dedicaba á la caza como un gran señor y con gesto de sibarita se aislaba de aquella angustia, de aquel hambre silenciosa. Regresó silbando, paróse en la puerta del cuarto donde Josefina mecía á su hija tratando de acallarle el llanto. En el otro cuarto Carmen Teresa dejaba escapar de tiempo en tiempo un lamento, mezcla de bostezo y quejido por su eterna jaqueca. La voz de su suegra se oía desmenuzando rogativas. Una cólera súbita se le vino á los labios, no podía menos; aquella chiquita era una sinfonía, y todo era por mala crianza.

—Pero, niño, qué ocurriencia: ¿tú no ves que lo que tiene es hambre?—le gritó su suegra indignada.

—¡Qué hambre! Ustedes que no sirven para nada: las mujeres son siempre muy cobardes, y lo peor de todo es que con sus ridiculeces anulan á los hombres de acción y les cortan su carrera política. Á mí no me pesa el matrimonio, porque

Carmen es buena; pero si no me hubiera casado hoy sería una alta figura en el Estado; y para colmo de desgracias, tener que cargar con un muchacho que no es hijo mío, que con sus lloros no me deja dormir de noche.—Decía todo aquello queriendo desahogar un odio sordo que le latía adentro, contra algo que lo hostilizaba, contra algo que lo humillaba en aquella muda consternación de la casa; sentíase reo de su nulidad y trataba de devolver en palabras insolentes lo que aquel mutismo tenía de acusador.

Josefina ya no era la muchacha soberbia de otros días; ahora se callaba y lloraba; no como antes á gritos, porque la niña podía despertarse; las lágrimas fluían á sus ojos silenciosamente ó se le rompían en las pestañas, con la inmovilidad dolorosa de los moribundos. Herida en las propias fuentes de la vida, su corazón se había hecho dulce y resignado. Hablaba á media voz como las madres jóvenes, y en la cara pálida, desde el fondo de unas ojeras muy hondas, su mirada se suavizaba en una expresión de tristeza.

Ya misia Justina desde la puerta, manoteando, desaforada le gritaba:

—Usted es el que menos derecho tiene á levantar la voz en esta casa; si no fuera por nosotras, estaría en el hospital. Qué desgracia la de mi hija, haberse casado con un mequetrefe, que no sirve para nada, que en vez de buscar trabajo para mantener su familia, tiene valor de presen-

tarse aquí cuando le da la gana, á amargarnos más la vida. ¡Si usted tuviera vergüenza no vendría ni por aquí para presenciar lo que está viendo!

Pepito sonrió con cinismo:

—Usted es loca, señora; lo que usted me está diciendo á mí, se lo digo yo á usted; esta casa es mía; yo no tengo hijos de su tamaño.

—¡Usted lo que es, es un grosero!

Él se encogía de hombros:

—Usted es loca, señora.

—Un canalla.

Enfurecida, le manoteaba en la cara.

Él continuaba impasible:

—Usted me hace cargos porque yo no voy á coger un pico. Usted es loca. Usted, ¿qué se ha figurado? Esta es mi casa. ¡Ojalá me metieran en la cárcel, á ver qué van á hacer ustedes! Además, ya le digo, esta es mi casa.

Empujado por sus reflexiones, el antiguo vozarrón de las discusiones con su mamá atronaba la casa. En aquellas frases violentas se traslucía el proceso indecoroso de la familia: tuvo sátiras amargas para la "bromita" que había tenido que soportar cargando con un muchacho que no era hijo suyo, por estar de *juambimbe* tapando vagabunderías ajenas; pero estaba resuelto: aquello no podía seguir así. Á él, porque les tenía lástima lo creían zoquete, y ahora, como no tenía qué darles para que malbarataran, le salían con sinvergüenzuras!

—¡Y últimamente!—bramó en el corredor sofocando todas las voces—. ¡Yo no soy alcahuete de nadie; se van ya de mi casa con su muchacho y todos sus corotos! ¡No me dejen ni el gato!

Carmen Teresa se abrazó de él:—Pepe, ¡por la Virgen Santísima!

Oscurecía. Voces coléricas, voces llorosas, llanto de niño, formaban en la penumbra de los cuartos con el liar de los bojotes y el volcarse de los canastos un rumor angustioso de casa que se acaba, de hogar que se desmorona. A veces el cromo de un santo se venía guarda abajo y rompía unos frascos. Misia Justina vociferaba arreglando una cestica donde se llevaba los teteros y frascos vacíos de Agua Divina. Nada podía contener la cólera desaforada de Pepito. De un empujón tiró á su mujer contra la cómoda y se paró frente al zaguán gritando de voz en cuello:

—¡Que cada palo aguante su vela! ¡A mí me da vergüenza cargar con hijos ajenos!

En la acera de enfrente, en mitad de la calle, se agolpaban los curiosos y las sirvientes del vecindario. Los vecinos comenzaban á asomarse. Desde la esquina se oía el escándalo. Y Petronila, mezclada al grupo de la calle, trataba de aplacar las conjeturas o entraba y salía muy angustiada.

Entre dos luces, cuando la mariposa de los focos parpadeaba á trechos, ya casi anocheciendo, madre é hija salieron de la casa. Misia Justina

llevaba envuelta en su pañolón á la niña dormida, cuyo bracito colgaba, marcando la marcha vacilante de la señora. Su hija delante, la cara casi escondida en la serenera, el paso apresurado, se llevaba el pañuelo á los ojos. Petronila iba detrás de las dos mujeres con un bojote en la cabeza.

Y entonces, en la hora angustiosa, cruzando calles donde gentes desconocidas las seguían con una mirada curiosa sin darles la acera, por un instante Josefina recordó hondamente la expresión de aquella Juanita que ella corriera de su casa y que se fué asimismo, una tarde, con su niño entre los brazos y la cara encendida de vergüenza...

Calabozo, 1911-12.

FIN

BIBLIOTECA AYACUCHO

(HISTORIA DE AMÉRICA)

I-II. Memorias de O'Leary: Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas.

III. Memorias de O'Connor: Independencia Americana.—5,00 pesetas.

IV. Memorias del general José Antonio Páez: Autobiografía.—7,50 pesetas.

V. Memorias de un capitán del Ejército Español, por el capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII. Memorias del general García Camba. Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú.—7,50 pesetas.

VIII. Memorias de un oficial de la Legión británica: Campañas y Cruceros.—4 pesetas.

IX. Memorias del general O'Leary: Ultimos años de la vida pública de Bolívar.—7,50 pesetas.

X. María Graham: Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823). Trata de San Martín. Cochrane. O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI. Memorias del regente Heredia: Monteverde. Bolívar. Boves. Morillo.—4,50 pesetas.

XII. Memorias del general Rafael Urdaneta.—7,50 pesetas.

XIII. Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV. Memorias de Urquinaona.—7 pesetas.

XV. Memorias de William Bennet Stevenson.—5,50 pesetas.

XVI. Memorias póstumas del general José María Paz.—8 pesetas.

XVII. Memorias de Fray Servando Teresa de Mier.—8 pesetas.

XVIII. La creación de Bolivia, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX. La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX. Cuadros de la Historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI. Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri.—8 pesetas.

XXII-XXIII. Vida de Don Francisco de Miranda, General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra.—Dos volúmenes, á 8 pesetas cada uno.

XXIV. Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV. El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII. Memorias del general Miller.—Dos volúmenes, á 8,50 cada uno.

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—Soren Kierkegaard: *Prosas.*
Con análisis de Kierkegaard por el profesor danés Harald Hoffding y un estudio crítico del mismo por H. Delacroix.
Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—Precio: 3,50 pesetas.

II.—Enrique Heine: *El Cancionero.* (Das Buch der Lieder.) *Intermezzo lírico. Baladas. El regreso...*
Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde.
Con un comentario sobre Heine por Josué Carducci.—Precio: 3,50 pesetas.

III.—Eça de Queiros: *París.*
Traducción y prólogo de A. González-Blanco (obra inédita en castellano).—Precio: 3,50 ptas.

IV.—Eugenio de Castro: *Belkis.*
Traducción de Luis Berisso.

V.—Josué Carducci: *La vida es sueño, Don Quijote y otros ensayos...* Traducción y prólogo de J. Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 ptas.

VI.—Lafcadio Hearn: *Fantasmas de la China y del Japón.*
Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—Precio: 4 pesetas.

VII.—Edgardo A. Poe: *Cuentos de lo arabesco y lo grotesco.*
Traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega (obra inédita en castellano).—4 ptas

VIII.—Giovanni Papini: *El crepúsculo de los filósofos.*
Traducción y prólogo de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(**Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.**)

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clío.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3.50 pesetas.

VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)